

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. FLACSO Ecuador

Departamento de Sociología y Estudios de Género

Convocatoria 2020-2022

Tesis para obtener el título de Maestría en Ciencias Sociales con mención en Género y
Desarrollo

La construcción de masculinidades en un grupo de migrantes trabajadores ambulantes en el
Centro Histórico de Quito, durante el año 2022

Luis Eduardo Llumipanta Panchi

Asesora: Sofía Arguello

Lectores: Edison Hurtado y Cristina Cielo

Quito, septiembre de 2024

Dedicatoria

A mí mismo, por la entrega y compromiso con esta investigación, y a Laura, por supuesto.

Índice de contenidos

Resumen	6
Agradecimientos.....	8
Introducción	9
Capítulo 1. Crisis capitalista y reestructuración global del trabajo.....	20
1.1. Reestructuración del trabajo: hacia un concepto amplio del trabajo.....	22
1.3. Formalidad - Informalidad y la idealización del mundo de trabajo	26
1.4. La venta ambulante con un modo de ser de la informalidad.....	30
1.5. Una aproximación al trabajo y la construcción de subjetividades	33
1.9. La situación formal de la “informalidad” en Ecuador.....	45
1.10. Migración y marginalidad laboral	51
Capítulo 2. Migración y marginalidad laboral: un acercamiento a las dinámicas de vida de los trabajadores ambulante migrantes del centro histórico de Quito.	58
2.1. Hombres migrantes: trabajo, fuerza y miedo	58
2.2. El grupo: hombres migrantes	59
2.3. El viaje: ilusión y miedo.....	63
2.4. La llegada: competencia laboral y xenofobia.....	68
2.5. El trabajo ambulante: de la fuera al miedo.....	73
2.6. Condiciones laborales: nosotros estamos aquí siempre, llueva o haga sol	78
Capítulo 3. Trabajo y masculinidad: una nueva realidad de las relaciones de poder.....	83
3.1. Migración, trabajo e identidad masculina	84
3.2. Vulnerabilidad y construcción de un nuevo hogar.....	89
3.3. Trabajo ambulante y estrategias de reproducción	92
3.4. Homosocialidad: complicidad y redes de apoyo.....	98
Conclusiones	102
Referencias	106

Lista de ilustraciones

Fotos

Foto 2.1 Taller grupo focal, 2022.....	62
Foto 2.2. Taller grupo focal, 2022.....	64
Foto 2.3. Taller grupo focal, 2022.....	65
Foto 2.4. Taller grupo focal, 2022.....	66

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Luis Eduardo Llumipanta Panchi, autora de la tesis titulada “La construcción de masculinidades en un grupo de migrantes trabajadores ambulantes en el Centro Histórico de Quito, durante el año 2022”, declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de magister en Ciencias de la Investigación, con mención en género y desarrollo concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, septiembre del 2024



Firma

Luis Eduardo Llumipanta Panchi

Resumen

Es común que la masculinidad se cuestione en la vida de los hombres y no en la historia de las relaciones de producción. Por ello, a través de las historias de vida de ocho hombres migrantes, dedicados al trabajo ambulante en el centro histórico de Quito, se propone la necesidad de re-pensar si es la masculinidad en sí misma, un problema para las relaciones de género o si son las instituciones que representan al capitalismo las que justifican su abuso de poder y violencia en la masculinidad.

Se parte de la hipótesis de que estos hombres (como muchos otros), construyen su masculinidad no solamente por su práctica de género en concreto, sino que, también, por el lugar que ocupan socialmente, es decir, su procedencia de clase, auto identificación étnica, edad e incluso por su condición migratoria. Es decir, la construcción de las masculinidades se define por algo más que los cuerpos y las prácticas que de estos derivan. En el caso de este grupo de hombres, sus relaciones sociales están condicionadas también por los discursos que han marcado especialmente a la migración venezolana, donde la delincuencia y la competencia laboral con el trabajador nacional son, entre otros, los imaginarios que han calado en los países donde estas personas han decidido residir.

Las narrativas construidas en torno a la población migrante en general, deja a este grupo de hombres, excluidos de varios servicios sociales, por ejemplo, del trabajo. Estos imaginarios, en principio, desmerecen la mano de obra migrante para después, en un segundo momento, integrarlas al mercado laboral local desde la marginalidad, muchas veces en condiciones de explotación y vulnerabilidad.

Esto resulta importante para los estudios de las masculinidades, ya que el lugar que ocupa la mano de obra migrante en el capitalismo moderno, provocara variaciones en las relaciones de poder y con ello, alteraciones en los roles, estereotipos y patrones que conforman la identidad y los modos de vida de las personas. En el caso de los hombres de este estudio, se puede notar como la relación entre ellos y su comunidad más cercana, se construye desde una posición subordinada, puesto que no pueden cumplir con lo que socialmente se les es exigido, por ejemplo: trabajar, proveer al hogar, respaldar económicamente a la familia.

Esto deriva en una constante impotencia y frustración a nivel personal, por no llegar a cumplir con algunos de los roles que socialmente se son exigidos a los hombres. Esto se corrobora con la idea de masculinidades marginadas y un nuevo orden de las relaciones de poder. Sin embargo, no se puede afirmar que la construcción de masculinidades sin autoridad social y

subordinadas por el mismo régimen masculino, cuestione o impida el acceso de estos hombres, a todos los beneficios sociales de la autoridad hegemónica masculina.

Desde esta paradoja, se busca reflexionar respecto a los distintos campos del capitalismo que se encuentran relacionados con el ejercicio del poder en la construcción de las masculinidades y de las propias relaciones de género. Reconociendo que, para ello es necesario definir las masculinidades en contexto, espacios y relaciones específicas.

Agradecimientos

A Laura, por su ciega confianza hacia mi persona y por su apoyo incondicional en los momentos más complicados de mis estudios.

A cada uno de los amigos y amigas con quienes discutimos hasta el cansancio los argumentos de esta investigación.

Introducción

Para comenzar, a continuación, se recogen algunas de las ideas de la teoría sociológica clásica, relacionadas con el trabajo, la producción de subjetividades y las relaciones sociales. Esto con la intención de comprender cómo es que los procesos de producción social pueden estar vinculados con aquellas formas en que las personas organizan y realizan sus vidas, tanto a nivel individual como colectivo.

Marx y Engels (1845,12) mencionan que, “al producir los medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material”. Es decir que, al generar bienes y servicios para satisfacer las necesidades que demanda la permanencia y continuidad de las personas en el mundo, se construye, de manera simultánea, el entorno material y simbólico más próximo de los individuos. Esto sugiere pensar que las actividades laborales, cualesquiera que sean sus características, producen en las personas efectos subjetivos que se corresponden con todo aquello que da sentido al mundo inmediato que los rodean. Continúan: “Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con lo *que* producen como con el modo de *cómo* producen” (Marx y Engels 1845, 12). Para estos autores, lo que se produce y cómo se lo producen, está profundamente relacionado con la “existencia de los individuos” en tanto que el producir posibilita los medios de vida, pero, también las formas en como las vidas de estas personas se manifiestan en el mundo.

Estas primeras ideas planteadas por Marx y Engels (1845), se convierten en argumentos apropiados para abordar la investigación que a continuación se desarrolla. Ya que el ejercicio analítico que se quiere emprender, reúne dos grandes conceptos como lo son: el trabajo y la experiencia de vida; entendiendo por ahora a este primero, como la posibilidad para generar bienes y servicios para satisfacer necesidades y, al segundo concepto, como el ámbito que percibe la experiencia personal y los modos de vida, a lo largo del tiempo.

La combinación de ambos aspectos conceptuales resultar importantes para esta investigación, en la medida que posibilitan acercarse a configuraciones relacionales más específicas, como, por ejemplo, las dinámicas masculinas y las de producción. Es decir, indagar la experiencia personal, los modos de vida, la subjetividad y de más ámbitos por los cuales se perciben las estructuras sociales, podría brindar elementos clarificadores respecto a las condiciones en las que surge determinado sistema de género y las condiciones que de ella se producen.

Con esa intención y el deseo de realizar un ejercicio analítico que pueda ayudar a comprender la masculinidad más allá de las formas que adquieren su práctica de género empírica, se plantea la siguiente pregunta que guiará esta investigación:

¿Cómo se relacionan las condiciones laborales con las experiencias de vida y construcción de masculinidades en los hombres trabajadores ambulantes, en el centro histórico de Quito?

Objetivo General

Analizar la relación entre las condiciones laborales, experiencias de vida y éticas de género en los trabajadores ambulantes de la calle, en el centro histórico de Quito.

Objetivos Específicos

- Identificar la organización moderna del trabajo y de la producción social sobre la cuales emergen los modelos relacionales de masculinidades y de las poblaciones marginales.
- Indagar en las condiciones laborales y dinámicas de masculinización de un grupo de hombres migrantes dedicados al trabajo ambulante en el Centro Histórico de Quito.
- Analizar las subjetividades que subyacen de las estrategias de vida y reproducción de las personas migrantes vinculadas al trabajo ambulante en el centro histórico de Quito.

La comprensión del *qué* y *cómo* se produce, no puede omitir las condiciones históricas por las que atraviesan los diferentes grupos humanos. Dado que la realización de la producción de vida, la producción de modos de vida y la misma producción social son posibles únicamente en el trato entre individuos, es imposible desatender a las implicaciones relacionales y diferenciales que existen entre hombres y mujeres (Federici 2010); incluso con diferenciaciones y contradicciones al interno de estos mismos grupos (Connell 2015), asunto no menor en las dinámicas de producción. Estas primeras asociaciones apuntan a precisar la comunicación y la correspondencia entre individuos y como esta deriva en una multiplicidad de relaciones donde se activan los capitales diferenciadores, heredados históricamente y resumidos a lo que hoy se reconoce como masculino y lo femenino.

Lo mencionado hasta aquí, supone que la producción de los medios de vida y la experiencia subjetiva que de ella resulta será distinta entre los individuos y los diferentes grupos humanos. No solo por la naturaleza de estas (de los modos de vida), como lo advierte Marx y Engels (1845), sino que, además, por la organización histórica de subordinación que han atravesado los cuerpos. De ahí que el interés analítico de esta investigación busque indagar en las

dinámicas masculinas y la construcción de identidades en un grupo de hombres dedicados a la venta ambulante, en el centro histórico de Quito. Pues, solo en la comprensión amplia y concienzuda de sus actividades laborales, sus condiciones de vida y la experiencia personal (percibida a través de las subjetividades), se puede esclarecer las relaciones de poder que incide en la construcción de sus masculinidades.

Apuntes para la construcción del problema

Aproximarse al trabajo ambulante conlleva en un primer momento repensar los esquemas del trabajo clásico; que han sido caracterizados comúnmente desde la economía, sobre la base del salario, la productividad, horas de trabajo, prestaciones, valores producidos, entre otros (De la Garza 2009), pero, además, aquellas nociones construidas por los estudios empresariales, donde el trabajo no clásico o “informal” ha significado una suerte de creación de actores visionarios, optimistas, patronos de sí mismos y dueños de los medios de producción (Unda 1995), y que, sin embargo, no son estandarizados en el mercado laboral.

La reflexión sobre estas ideas sugiere, como lo sostiene De la Garza (2009), realizar una comprensión amplia del trabajo: donde sean tomados en cuenta no solo los procesos de transformación de las materias primas en productos de intercambio para el mercado, sino también, aquellos elementos subjetivos de quienes crean estas mercancías y que son partes de los procesos de producción y acumulación. A lo que se debería sumar lo que Unda (1995) denomina como la reproducción material de la fuerza de trabajo y las lógicas de subsistencia de estos sujetos; haciendo referencias a los grupos sociofamiliares y vecinales que en muchos casos sostiene la vida de los y las trabajadores.

Este primer conjunto de ideas posibilita abordar la problemática del trabajo ambulante más allá de las posiciones economicistas y reduccionistas. En muchas ocasiones estas últimas, como lo señala Cueva (1988, 128), reducen lo social a lo folklore, donde “el pobre vendedor ambulante de frutas y el mayor capitalista [...] aparecen así hermanados por su doble condición de empresario y propietarios”. Ideas sostenidas mayormente por el enfoque del trabajo formal e informal, se ha convertido en uno de los principales enfoques para el análisis del ámbito laboral, como lo advierte De la Garza (2009, 6), latente “desde cuando estaba de moda hablar del trabajo atípico, como aquel en el que no se cumplen los estándares laborales contenidos en la regulación de un país determinado”.

Si bien el trabajo ambulante se relaciona con la industria mercantil en determinados momentos de la producción, este no se vincula bajo la forma asalariada o tradicional del

trabajo, siendo esta una de sus principales distinciones para caracterizar esta actividad económica como “informal”. Es en este punto del debate donde toma sentido las unidades domésticas y las distintas estrategias de reproducción, ya que el sujeto del trabajo informal parece estar muy cerca de los sectores populares donde la dinámica barrial, comunal, “las familias, hacen parte de una variedad de redes de apoyo y solidaridad vecinales, de amistad, compadrazgo o parentesco a través de las cuales movilizan una serie de recursos, [...] que les permiten complementar su subsistencia.” (Unda 1995, 106). Lo que, en suma, Cueva (1988, 121) denominaría como “una cultura de la informalidad que se trasmite de vecino a vecino, de paisano a paisano, de generación en generación”. Para De la Garza (2009), los sujetos del trabajo informal comúnmente están apegados a la marginalidad y a la informalidad del trabajo, y necesitan ser explicados de forma analítica “por género, estratos de edad, de escolaridad, de región, de ingreso, estados civiles, etc.” (De la Garza 2009, 116). De tal manera que permita entender y analizar la reproducción de las relaciones laborales no asalariadas (Sáinz 1991) o, dicho de otro modo, los trabajos no clásicos y atípicos (De la Garza 2009).

Por su lado, la Organización Internacional del Trabajo - OIT, ha definido el trabajo informal y las formas atípicas de empleo de la siguiente manera:

Incluye todo trabajo remunerado (p.ej. tanto autoempleo como empleo asalariado) que no está registrado, regulado o protegido por marcos legales o normativos, así como también trabajo no remunerado llevado a cabo en una empresa generadora de ingresos. Los trabajadores informales no cuentan con contratos de empleo seguros, prestaciones laborales, protección social o representación de los trabajadores (OIT s.f., 13).

Aunque esta definición reconoce las situaciones de asalariamiento no formal e incluso el autoempleo (emprendurismo y trabajo propio), la definición es limitada para comprender la problemática que atraviesa América Latina. Como señala Thomsen (1981) en la *Informalidad Urbana de América Latina*, el desarrollo capitalista en América Latina ha supuesto una proletarización sin salarización, siendo esto fruto del “desarrollo histórico en el que la tecnología del capitalismo tardío ha cumplido la meta del desarrollo de las fuerzas productivas [...] y en el que se ha bloqueado y se hace imposible la vuelta a la producción de subsistencia fuera de la economía de mercancías” (Sáinz 1991, 17). De esta manera, hace notar la necesidad de identificar y precisar la discusión del trabajo en función de los contextos y ubicaciones geográficas concretas, con énfasis en las características propias de la historia de América Latina, en ese sentido, hay una gran necesidad de comprender como los trabajadores

masculinos, incorporados marginalmente a la producción capitalista, generan sus recursos básicos de vida: lo que Bennholdt-Thomsen (1981) denomina la “producción de la subsistencia” o lo que Unda (1995) llamará “estrategias de reproducción”.

Tanto Bennholdt-Thomsen (1981), Sáinz (1991), De la Garza (2009) y Unda (1995) coinciden en que la informalidad del trabajo está cerca de los temas relacionados con las identidades populares y aquellas que ocupan el trabajo inadecuado, no decente, la precariedad y la exclusión. De la Garza (2009) considera que el debate de lo informal en América Latina, ha prosperado sobre la comprensión y disputa de los conceptos antes mencionados. Avances que serán profundizados más adelante, pero que por el momento resulta importante nombrarlo brevemente para estructurar un debate más amplio, retomando los argumentos apuntados hasta aquí de Marx y Engels (1845), con relación a todo aquello que los individuos generan entre sí; es decir, las relaciones interpersonales y las subjetividades.

Si bien Marx y Engels (1845) reflexionaron siempre sobre el modelo clásico del trabajo industrial, brindan elementos importantes para considerar que el trabajo, y sus distintas fases de desarrollo, están relacionadas con las subjetividades de los individuos: “lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción” (Marx y Engels 1845). Para el caso de los trabajadores ambulantes ocurre lo mismo, sus subjetividades e identidad estarían en cierta medida configuradas por las lógicas y prácticas económicas de sus trabajos, es decir, en las construcciones, en los talleres, en los puestos de venta o en la calle (Unda 1995).

En este punto, las configuraciones de género llegan a ser importantes al momento de caracterizar a los actores del trabajo ambulante. No obstante, el género no puede ser pensado meramente como una opción identitaria, ni como una condición que organiza los cuerpos basándose en su ámbito reproductivo. Como lo apunta Connell (2015), existen instituciones como el Estado y el trabajo, de las cuales resultan organizaciones de géneros específicas y, a través de esta, normas concretas de relacionarse con el entorno. Retomando el concepto de género planteado por Paulson (2013, 90), quien sostiene que este es “un sistema sociocultural que organiza la percepción y la práctica de los actores, junto con la distribución y aplicación de capitales [...] que da sentido y poder a una diversidad de actividades, conocimientos y visiones”, permitiría construir un puente entre las ideas planteadas anteriormente y las dinámicas de género. Hay que notar que esta distribución de capitales de las que nos habla Paulson (2013), no son equilibradas entre hombres y mujeres, debido a la distribución social del trabajo. De ahí que Connell (2015) sostenga que los procesos de acumulación han

dependido, históricamente, de sistemas de género específicos: “una economía capitalista que se desarrolla a través de la división del trabajo basada en el género es, necesariamente, un proceso de acumulación que también depende del género” (Connell 2015, 109), en ese sentido, la construcción social de la masculinidad y feminidad, se organizarían en función de la acumulación de la riqueza social, vinculada necesariamente a la organización del trabajo.

El análisis de las relaciones de género y de trabajo, acarrea en sí mismo la necesidad de comprender las dinámicas relacionales de los actores sociales en cuestión, lo que implica no solamente explorar sus dinámicas de parentesco, sino que también aquella relación que se establece con el espacio, en ese sentido, es necesario tomar en cuenta la moral sobre la que han sido construidas las ciudades andinas como Quito, una ciudad marcada por profundas fronteras sociales y étnicas (Kingman 2008).

Demostrando con ello que es inevitable pensar los sujetos sin una geografía concreta y la construcción de un espacio donde ocurren distintas relaciones y de las cuales emergen distintas identidades: laborales y personales. Es decir que, se hace imposible pensar el trabajo ambulante sin aquellos imaginarios que estructuran los espacios de ciudades como Quito, sobre las bases de jerarquías de las clases sociales y sus castas.

Para Kingman (2008) estas nociones espaciales y poblacionales tendrán sus bases en el ornato y el salubrismo, como principales recursos de representaciones y de clasificación de lo social, además de las ideas relacionadas con “el progreso y modernidad urbana, así como de civilización, distinción y diferenciación social y étnica, en un contexto en el que había dominado las relaciones personalizadas, el racismo y la masculinidad” (Kingman 2008, 38).

Acerca de los estudios de masculinidades

Los estudios respecto a las masculinidades en el Ecuador, que surgen a inicios de los años 2000, se sostienen principalmente en el relato etnográfico, con investigaciones que buscan mostrar las diferentes experiencias de poder que se viven a través de las representaciones corpóreas y subjetivas de la práctica masculina en diferentes contextos. Uno de los trabajos más representativos es el realizado por Xavier Andrade y Gioconda Herrera, publicado en el 2001; trabajo que cuenta con una vasta recopilación de experiencias de masculinidad, que sugieren, ante todo, comprender las dinámicas de género y construcción de imaginarios sociales, en un nivel más local y nacional.

La discusión es relativamente nueva. Si bien se han planteado estrategias de sensibilización e inclusión, por parte de varios actores sociales; principalmente Organizaciones no

Gubernamentales, enfocándose en temas, como: violencia intrafamiliar, salud y sexualidad; y aunque los sectores alternativos y progresistas de las grandes ciudades del país construyan espacios de reflexión para que, por medio de métodos como: el cine-foro, grupos de lectura y contención emocional, se opte por “nuevas masculinidades”, no es suficiente para la construcción de una reflexión propia con relación a las masculinidades y las relaciones de género que se viven en la actualidad.

En ese sentido, se propone analizar la construcción de las masculinidades desde la estructura organizada del trabajo, ya que la mayoría de acciones y esfuerzos realizados en torno a los estudios de las masculinidades, se han concentrado principalmente en la deconstrucción de las prácticas de poder, la construcción de “nuevas masculinidades” y el apoyo al movimiento feministas. Lo cual representa serios inconvenientes al abordar esta problemática, puesto que al ser estos los temas mayormente difundidos, se deja de lado la importancia de asumir modelos analíticos más complejos como, por ejemplo: su relación con las clases sociales y los procesos económicos; las dinámicas de género del campo y la ruralidad; el mundo del trabajo y las condiciones materiales para sostener la vida.

Una de las problemáticas importantes de asumir y de la cual se cuenta con muy poca información, es la concerniente a la construcción de masculinidades y éticas de género de las personas vinculadas al trabajo ambulante en las calles. Situación de la que se tiene pocos datos estadísticos y empíricos y de la cual urge tener conocimiento; debido a la crisis mundial, ocasionada por la pandemia de la COVID-19, que ha afectado a las clases medias y de más sectores empobrecidos y marginados, orillándolos a crear estrategias para la reproducción de la vida, siendo una de ellas, el trabajo de venta ambulante.

Las lógicas de subsistencias y de reproducción de la vida, como las denomina Unda (1995), están profundamente marcadas por las dinámicas históricas de género como, por ejemplo: la división sexual del trabajo, pero, además, por la subjetividad que deriva de la acción de dichas estrategias y de la lucha constante por atender las condiciones materiales de vida. Un ejemplo de esto es, quizá, el honor masculino que se consigue por medio del trabajo y de proveer de bienes de consumo a sus familias y con esto adjudicarse a sí mismo la capacidad de mando y control sobre sus parejas e hijos e hijas.

Esto lleva a pensar un modelo relacional de análisis, donde sea posible acercarnos a la dinámica del trabajo, desde un enfoque amplio, como lo propone De la Garza (2009), donde sean tomados en cuenta no solo los procesos de transformación de las materias primas en productos de intercambio para el mercado, ni únicamente las variables económicas que han

definido históricamente al trabajo clásico, tales como: el salario, ingresos, productividad, horas de trabajo, prestaciones, valores producidos, etc. Si no que, además, ponga énfasis en aquellos elementos subjetivos de quienes son parte de los procesos de producción y acumulación. Solo en la medida en que el enfoque del trabajo sea mucho más abarcativo y tome en cuenta aquellas formas y relaciones que se escapan del modelo clásico del trabajo, se podrá dar cuenta de que existe un “ser social” (Unda 1995, 104), por fuera de las relaciones entre capital-trabajo.

Estructura Capitular

En el primer capítulo de esta investigación, denominado “Crisis capitalista y reestructuración global del trabajo”, se brindan elementos para comprender los cambios y la fuerte tendencia hacia la precarización del trabajo a nivel global. Para ello, se hace una revisión breve de lo que ha implicado la reestructuración global del capitalismo a través de la neoliberal. Se argumenta, además, como la precarización del trabajo conlleva una precarización de la vida misma, por los efectos del neoliberalismo en la organización moderna del trabajo.

Se propone el debate del enfoque de análisis que prima en los estudios respecto al trabajo: trabajo formal e informal, así como los diferentes modos que adquiere la informalidad. Por otro lado, utilizando la denominación de “venta ambulante” como uno de los modos de ser de la informalidad, se analiza los tipos de escenarios a los que se ven enfrentados los trabajadores para optar por aquellas actividades económicas relacionadas con la venta ambulante en las calles.

Se concluye este capítulo con un análisis de la situación formal de la informalidad en el país, estudiando principalmente a dos de los instrumentos que rigen los datos y normativas del trabajo informal en Ecuador: la Encuesta Nacional de Empleos, Desempleos y Subempleo – ENEMDU y el reglamento metropolitano Nro. 0280 del Municipio de Quito, que regula el trabajo autónomo.

En el segundo capítulo, “Migración y marginalidad laboral”, se realiza el acercamiento a uno de los conceptos que serán desarrollados en esta investigación, es decir, el trabajo migrante. Esto debido a que el grupo de análisis está conformado principalmente por migrantes trabajadores ambulantes, en el centro histórico de Quito. Se busca con esto comprender las relaciones que esta población tiene con el mercado e industria nacional y en qué condiciones se insertan en el mercado laboral.

Tanto el capítulo dos y tres, muestran el trabajo empírico que se realizó con el grupo de hombres migrantes trabajadores ambulantes, aquí se presentan los resultados de la mesa de trabajo colectiva, las entrevistas semiestructuradas y la observación realizada durante tres meses. Todo esto en contraste con algunos apuntes teóricos que ayudan a comprender de mejor manera el mundo relacional en distintos ámbitos de las vidas de estos hombres.

Por último, se realiza un apartado comprendiendo las diferentes posiciones que ocupa la masculinidad en una estructura de poder mucho más amplia. Con lo recogido en los ejercicios empíricos y el acompañamiento a estos hombres, se hace un acercamiento a los diferentes modos de vida, la producción familiar y de complicidad que gira en torno a la masculinidad.

Metodología de investigación

Una de las primeras precisiones metodológicas que es necesario hacer, es que en un primer momento, esta investigación se pensó en ser realizada con vendedores ambulantes nacionales. Sin embargo, por razones que dificultaron el acercamiento a estos hombres, se ha conformado un grupo de trabajo con personas migrantes, ocho (8) hombres: siete (7) venezolanos y un (1) colombiano. De ahí que esta investigación se desarrolle sobre tres grandes ejes conceptuales, como los son: el trabajo, la migración y la masculinidad (género).

El grupo, que se conforma con la ayuda de un primer informante clave, quien por medio del muestreo de bola de nieve, facilita la comunicación con un total de quince hombres trabajadores ambulantes del centro histórico de Quito, de varias nacionalidades: venezolanos, ecuatorianos, colombianos y cubanos. De los cuales, solamente ocho de ellos han decidido participar y brindar información personal y de sus familias de manera constante y activa, para esta investigación.

Si bien la información se centra en estos ocho hombres, todos han permitido y facilitado el acceso a sus familias y sus hogares, lo cual ha sido muy útil para comprender y rastrear aquellas ideas y acciones que no son explícitas con claridad en los trabajos grupales o entrevistas personales. Así mismo, todos han estado de acuerdo en que a lo largo de esta investigación se use sus nombres, sin embargo, por cuidado de estas personas y sus familias, durante los capítulos siguientes se los identificará a cada uno por su nombre propio, más no por sus apellidos.

Etnografía de los trabajadores ambulantes

La revisión teórica que se realice a lo largo de la investigación, será contrastada con el ejercicio empírico de una mesa de trabajo colectiva, reunión que, a manera de grupo focal,

busca indagar en las razones por las que viajaron estos hombres; las condiciones de su trabajo; los riesgos; los espacios de masculinización; y espacios de conflicto y socialización. Este ejercicio permite documentar como los sujetos perciben las estructuras sociales e instituciones que de alguna manera norman sus vidas. No se trata de una “fenomenología de la vida cotidiana” (Kingman 2008, 39), sino más bien, de observar como el poder se introduce en las relaciones cotidianas de estas personas.

Es importante mencionar que el trabajo con este grupo de hombres tendrá tres momentos diferentes: una mesa de trabajo, entrevistas personales y el acompañamiento en sus actividades. Se plantea que la observación a este conjunto de trabajadores ambulantes de la calle sea un trabajo dinámico y participativo. El trabajo con este grupo se concentrará sobre todo en las entrevistas, conversaciones y acompañamiento en sus actividades cotidianas debido a lo difícil que es poderlos reunir para realizar trabajos colectivos.

Por ello, por un lado, se propone una mesa de trabajo colectivo para indagar en las dinámicas de masculinidades que se construyen en sus espacios de trabajo y, por otro lado, entrevistas semiestructuradas, aplicadas de forma individual y en algunos casos de manera conjunta con sus familias, con la intención de recoger información a nivel subjetivo. En la aplicación de estas técnicas de levantamiento de información se busca contrastar teóricamente la información, así como también, con lo que sea posible recogen de la observación participativa.

Una de las aclaraciones importantes en la conformación del grupo es que, si bien se ha buscado a trabajadores ambulantes diversos: de distinta edad, de diferente etnia y nacionalidad, los trabajadores locales, fueron los que más dificultades mostraron al momento de colaborar con esta investigación. La desconfianza por parte de los vendedores ambulantes ecuatorianos contactados hacia una persona externa a su rutina y dinámica laboral, han orientado a que esta investigación se centre en la población migrante.

De ahí que el componente de migración sea uno de los puntos álgidos de esta investigación, y una de las categorías a problematizar y desarrollar a lo largo de estas páginas, pues, en la construcción del grupo de observación, la población migrante ha sido la más accesible para realizar el presente trabajo.

Tabla 1. El grupo

	Nombre	Edad	Nacionalidad	Año de llegada	Ocupación	Producto	Profesión
1	Joel	47	Venezolano	2018	Venta Ambulante	Aguas, energizantes.	Soldador petrolero
2	Williams	77	Venezolano	2018	Venta Ambulante	Esferos, tabacos, fosforeras.	Ingeniero Petrolero
3	Brayan	27	Colombiano	2021	Venta Ambulante, cargador	Caramelos.	Técnico Electricista, mecánico
4	Carlos	44	Venezolano	2017	Venta Ambulante	Ropa, gorros.	Atención al cliente
5	William A.	29	Venezolano	2021	Venta Ambulante	Aguas, energizantes.	Técnico Electricista
6	Jesús	35	Venezolano	2021	Venta Ambulante	Tabaco, paraguas, productos varios.	Atención al cliente
7	Fernando	31	Venezolano	2018	Venta Ambulante	Tecnología celular.	Militar
8	Edison	21	Venezolano	2016	Venta Ambulante	Tecnología celular.	Policía Nacional.

Capítulo 1. Crisis capitalista y reestructuración global del trabajo

Señala Antunes (2005) que en el inicio de los años setenta el capitalismo dio señales de estar atravesando un cuadro crítico. Los signos más evidentes de ello eran el agotamiento del patrón de acumulación taylorista-fordista en la producción; la caída de la tasa de ganancia debido a las luchas sociales en favor del aumento del precio de la fuerza de trabajo; la necesidad de ajustar el gasto público y con ello la crisis del Estado de bienestar; y la exacerbada privatización de lo público. Dicha crisis, se encauzaría en una reestructuración del capitalismo a nivel ideológico y político, sostenido y orientado por los principales países capitalistas, como Estados Unidos, Alemania y Japón (Antunes 2005), cuyo resultado fue el advenimiento del neoliberalismo, y consistía en una estrategia de expansión capitalista (Antunes 2005; Márquez 2010).

Esta recomposición orgánica del capitalismo se fundamentaría, entre otras cosas, en la privatización del Estado, la desarticulación del sector productivo estatal, pero, sobre todo, apuntaría hacia los patrones de producción; provocando así, una ofensiva hacia los derechos del trabajo y la desregulación y flexibilización de los diferentes procesos productivos (Antunes 2005; Márquez 2010). El nuevo rumbo que continuó el capitalismo no cuestionaría el sistema económico como tal, sino su funcionamiento y las formas de extracción de valor. Es así que, por medio de las teorías neoliberales, se busca la expansión de los capitales, de la tecnología y el comercio (Antunes 2005). Cómo lo declara Márquez (2010), estas teorías fueron una estrategia de acumulación a nivel global. No obstante, los países que no estaban en el centro de la economía capitalista, asumirían estos cambios desde una condición desigual y subordinada o desde la “subalternidad”, como lo denomina Antunes (2005, 18):

Y cuanto más se avanza en la competencia intercapitalista, cuanto más se desarrolla la tecnología competitiva en una determinada región o conjunto de países, cuanto más se expanden los capitales financieros de los países imperialistas, mayor es la destrucción y desestructuración de aquellos que están subordinados o, incluso, excluidos de este proceso (Antunes 2005, 18).

De ahí que Espinosa (2013) sostenga que, en los países latinoamericanos, la desigualdad social haya crecido en la década de los ochenta y noventa. Contrariamente a lo que sostenían los defensores de la globalización neoliberal (Castles 2013; Márquez 2010), quienes defendían que el neoliberalismo llevaría a un “crecimiento económico más rápido en los países pobres y, de esa forma, en el largo plazo, a la reducción de la pobreza y a la convergencia con los países más ricos” (Castles 2013, 22). Esta última afirmación también la

comparte Antunes (2005), para este autor ocurrió todo lo contrario de lo que se tenía previsto con la teoría neoliberal: en la medida que aplicaban estos ajustes de corte neoliberal y que intentaban a su vez incluir a los países subalternos o, como suelen llamar las organizaciones internacionales, “países en vías de desarrollo”,¹ en el sistema global del mercado, crecía la desigualdad y la dependencia global, dejando todo un contingente de precarizados, además de grandes afectaciones a los recursos naturales; “el desempleo en una dimensión estructural, la precarización del trabajo de manera ampliada y la destrucción de la naturaleza a escala globalizada se convierten en los trazos constitutivos de esta fase de reestructuración productiva del capital” (Antunes 2005, 20).

En gran medida, esto ocurre debido al casi nulo desarrollo de las tecnologías y el poco crecimiento industrial en los países latinoamericanos, de esa manera se establecerán lazos dependientes hacia los países del centro capitalista; ya que, al no poder competir o acompañar dicho proceso de desarrollo productivo serán integrados únicamente desde la subalternidad e interdependencia (Antunes 2005). Esta integración subordinada acarrearía muchos inconvenientes, debido a que la participación en mercados internacionales significaría escenarios más complejos para las economías de América Latina, como lo explica Useche (2002) a continuación:

La libre competencia, funcionar en un mercado, el libre cambio, incremento de exportaciones de bienes y servicios, entre otros, tiene como objetivo [...] el aumento de la competitividad mediante la integración y expansión de las actividades internacionales [...] impulsando la implementación de estrategias de modernización procurando expandir sus actividades, aprovechando las economías de escala para aumentar su competitividad global. (Useche 2002, 69).

La integración en el mercado internacional tendrá muchas restricciones para las economías de Latinoamérica, debido al atraso tecnológico, la baja productividad del trabajo y una tendencia de llevar la inversión a la especulación antes que a la innovación de las cadenas productivas. Esto deja como única o primera alternativa para adaptarse a las condiciones de competitividad y apertura comercial por medio de la liberación de las relaciones de trabajo (Useche 2002). Esto supone cambios en la organización del trabajo y las relaciones laborales, a todo nivel, por ejemplo: en el ámbito jurídico y contractual se observa el paso del contrato colectivo a

¹ Como clasifican a los países dependientes inspirados en los enfoques del Banco Mundial, panorama que tiende a la "independencia" y a la "soberanía" de las naciones y de la fuerza de trabajo” (Castles 2013).

contratos individuales, lo mismo ocurre con la profesionalización de la mano de obra, que es llevada a una “descualificación” de los trabajadores, relacionada con la idea de crear trabajadores multifuncionales, capaces de adaptarse a las nuevas exigencias del mercado mundial (Useche 2002). La distribución de las cadenas de producción a nivel global por parte de los países de mayor consolidación capitalista y el débil desarrollo de las economías Latinoamericanas, generan el escenario apropiado para una organización del trabajo: servicios y renta, basada en la precarización, pérdida de derechos laborales, extensión de la jornada de trabajo, en suma, sistemas flexibles y ligeros que se adecuen a los imperativos de acumulación globales (Useche 2002). De tal manera que la nueva organización capitalista neoliberal se concentra en la explotación de la fuerza de trabajo y, entre otras cosas, la depredación del medio ambiente (Márquez 2010).

1.1.Reestructuración del trabajo: hacia un concepto amplio del trabajo

La reestructuración productiva que se impuso después de la crisis capitalista de los años setenta, dejó una fuerte tendencia hacia “la reducción del proletariado industrial, fabril, tradicional, manual, estable y especializado, heredado de la era de la industria verticalizada” (Antunes 2005, 94). Decisiones como la de sustituir la fuerza de trabajo por el desarrollo de la tecnología y la introducción de maquinaria automatizada en los procesos de producción, ocasionaría, entre otras cosas, la desvinculación de una gran parte de empleados industriales (Pellegino 1995). Estos son, entre otros, los cambios que se experimentan a partir de la organización del patrón de acumulación los cuales, para De la Garza (2009), exige una comprensión distinta del trabajo.

El trabajo comúnmente se ha caracterizado por las variables económicas como el salario, ingresos, productividad, horas de trabajo, prestaciones, valores producidos, además de otras variables demográficas como la edad, estado civil, educación, entre otras (De la Garza 2009). Sin embargo, la reorganización del ciclo productivo, basada en los fundamentos esenciales del capital, y marcada por la desregulación y expansión del comercio, deja daños sociales graves, entre los cuales uno de ellos, señala Antunes (2005, 20), “es la destrucción o precarización, sin parangón en toda la era moderna, de la fuerza humana que trabaja”.

De La Garza (2009) explica que esto ocurre debido a que, al alejar a los obreros de las fábricas, lugar donde se definía claramente el tiempo de trabajo (jornada laboral) y el espacio de trabajo (la fábrica), aumenta, por otro lado, la demanda de servicios; un nuevo mercado de trabajo desconectado del pleno empleo y la regularización laboral. Esto deviene en un mercado de la fuerza de trabajo donde proliferan las actividades no asalariadas, así como de

los trabajos informales, precarios, vulnerables, riesgosos, flexibles, no estructurados, atípicos, no estándar, no decente (De la Garza 2009). Creando así, un escenario mucho más complejo respecto a la comprensión social, colectiva e individual del trabajo, sobre todo en América Latina, donde el desarrollo industrial es casi inexistente en varios países. De ahí que se desarrollen conceptos como el del trabajo no clásico, por parte de la Garza (2013) o el de *clase-que-vive-del-trabajo*, por Antunes (2005), con la intención de comprender y precisar los distintos cambios y mutaciones que ha tenido el mundo del trabajo y la realidad contemporánea de los trabajadores y las trabajadoras. Ambos conceptos comprenden que los obreros no solo están subsumidos únicamente por el capital, sino que también por la organización y control del trabajo (De la Garza 2013). Con esto, ambos autores buscan penetrar en la realidad que hay más allá de los trabajadores asalariados y aquellas actividades que son reconocidas y ubicadas como parte de las “economías formales”.

Señala de la Garza (2009) que, en América Latina, los primeros conceptos que pretendieron dar cuentas de los cambios y las “anomalías” del mundo de trabajo fueron, el de marginalidad e informalidad, conceptos que, como se apunta más adelante son profundizados por las teorías de la dependencia y el marxismo latinoamericano y el segundo concepto, será desarrollado por las visiones más positivistas del trabajo. El segundo término, sobre todo, deriva en un enfoque limitado para el análisis del trabajo. El enfoque del “sector informal” se reduce al análisis de datos sociales, demográficos y económicos, propios de cualquier trabajo (De la Garza 2013); como, por ejemplo: la edad, nivel educativo, duración de la jornada laboral, antigüedad, salario, entre otro, excluyendo así producción inmaterial, subjetiva y simbólica que se da en diversas actividades laborales. Para De la Garza (2013), el concepto de lo “informal” se apega a la norma, a lo que dice la ley, independientemente del tipo de trabajo. De ahí la importancia de conceptos o enfoques de análisis como el de trabajo no clásico, desarrollado por De la Garza (2009; 2013), pues, parte importante de este desarrollo teórico, es tomar en cuentas toda “la producción e intercambios de símbolos (cognitivos, emocionales, morales, estéticos)” (De la Garza 2013, 319), que suceden dentro de las distintas ramas laborales.

Aunque el enfoque del trabajo no clásico sea utilizado por De la Garza (2013) mayormente para el estudio del trabajo de servicios, es útil, además, para pensar lo planteado por Antunes (2005) en relación con su análisis de *clase-que-vive-del-trabajo*. El enfoque que este último autor da a los trabajadores posibilita entender que dentro de este grupo están incluidos “los expulsados del proceso productivo y del mercado de trabajo por la reestructuración del capital

y que hipertrofian el ejército industrial de reserva en la fase de expansión del desempleo estructural” (Antunes 2005, 94).

En ese sentido, y para los fines de esta investigación, se propone que ambos enfoques se complementan en la medida que el concepto amplio de la clase trabajadora propuesto por Antunes (2005) comprende a los sectores más marginales y empobrecidos por la expulsión de la cadena de producción y el mercado laboral, mismos que puede ser estudiado por aquellas nociones que componen el trabajo no clásico, explicado por de la Garza (2013), es decir, por aquellas formas no asalariadas y no clásicas del trabajo. Un concepto amplio del trabajo supone distinguir y analizar, las distintas formas que se escapan del modelo clásico del trabajo y de la organización productiva del capital. Por ello, se pone énfasis en aquellos oficios o empleos donde la fuerza de trabajo, en primera instancia, no forman parte del elemento vivo del proceso de valorización del capital y de la creación de plusvalía (Antunes 2005), resaltando la importancia de la dimensión subjetiva del trabajo como otro de los componentes claves para una comprensión de la organización moderna del trabajo:

Podríamos decir que en toda relación social hay códigos cognitivos, emocionales, estéticos, morales y que la relación entre estos es a través de la lógica formal o el concepto científico, pero también a través de formas de razonamiento cotidiano –por ejemplo, la metáfora, la analogía, la regla práctica, la hipergeneralización, etc. [...] Por este camino se trata de arribar a una teoría generalizada del trabajo: la relación de trabajo es una forma de relación social, con dimensiones, económicas, políticas y culturales; implica acciones e interacciones, las interacciones suponen intercambio de significados, estos pueden ser negociados, impuestos o rechazados, generar cooperación o conflicto (De la Garza 2017, 10).

En suma, las nuevas formas del trabajo y las subjetividades que se crean en torno a este, se conseguiría, como lo supone Antunes (2005) y de la Garza (2009, 2013), una comprensión amplia del trabajo: donde sean tomados en cuenta los nuevos procesos de transformación de las materias primas en productos de intercambio para el mercado o la venta de la fuerza de trabajo a través de los servicios, así como también, aquellos elementos subjetivos de quienes crean y hacen circular determinadas mercancías y que de alguna manera forman partes de los procesos de producción y acumulación.

1.2.Precarización del trabajo y la vida

El análisis de las dinámicas económicas y políticas actuales, tanto a nivel regional como global, son necesarias para abordar las temáticas relacionadas con el trabajo y la producción de subjetividades. Como se ha señalado anteriormente, el neoliberalismo como patrón de

acumulación ha traído serios cambios al campo del trabajo: la privatización de los activos públicos, la apertura de los recursos naturales (la industria pesquera y la maderera, entre otras) a la explotación privada y desregulada, la privatización de la seguridad social y la inversión extranjera con mayor libertad de comercio (Harvey 2015), son, entre otras cosas, medidas que han afectado la disminución de la oferta de trabajo de calidad a nivel regional y global.

Estos cambios han llevado como patente la precarización de las condiciones laborales, resumida a la discontinuidad de la contratación y la imprecisión contractual que conllevan la inestabilidad, pero, sobre todo, a la separación de los medios de producción de los más desprotegidos y desposeídos (Denning 2011). Proceso que, como fenómeno social, económico y político (Gómez y Restrepo 2013), se refleja en varios ámbitos de las vidas de las personas. La separación de los medios necesarios para la reproducción de la vida, por ejemplo, una vida sin salario, provoca en las personas la imposibilidad de plantearse un proyecto de vida, además de ser orillados a asumir trabajos riesgosos y sin garantías.

Autoras como Cabanas y Illouz (2019), sugieren que el neoliberalismo debe ser comprendido como algo más que una teoría económica, ya que se caracteriza, entre otras cosas, por la extensión de la economía a todas las esferas de la sociedad, el aumento exponencial de la incertidumbre laboral y, sobre todo, en la toma de riesgos. Sucintamente, la precariedad, como realidad social, genera una pérdida de bienestar y calidad de vida en las personas (Gómez y Restrepo 2013), de tal manera que llega a representar no solo un problema individual; que recae sobre cada una de las personas (el trabajador o el obrero), sino que afecta en gran medida a las familias y demás redes de apoyo. Las nuevas formas de organización del trabajo agudizan la situación de inestabilidad, ilegalidad y desprotección (Gómez y Restrepo 2013), ya que separa de la producción, y por consiguiente de los medios de vida, a los sectores más marginados y vulnerables de la sociedad; como lo afirmaría Dennin (2011, 77), “desde comienzos de la economía del trabajo asalariado, la vida sin salario ha sido una calamidad para aquellos desposeídos”. Entonces, para aquellos desposeídos de tierras, herramientas y medios de subsistencias, la separación y exclusión de la producción resulta mortal. Para Denning (2011, 77), al estar regidos bajo un sistema de producción capitalista, “la única cosa peor a ser explotado es no estar explotado”. El no estar explotado supondría la separación definitiva de los medios de subsistencia existentes y posibles para mantenerse en vida, además de ser parte de la reproducción social. Por ello, para este autor, el mundo del trabajo en la actualidad no puede ser explicado únicamente desde el fechismo del salario, mucho menos cuando la mayoría de las poblaciones en el mundo no pueden acceder a

este: “las interpretaciones construidas sobre el trabajo asalariado no pueden explicar la realidad vivida por la parte más numerosa y desdichada de la población mundial” (Denning 2011, 77).

Por otro lado, Denning (2011) advierte que denominaciones como el ejército industrial de reserva o el lumpenproletariado, conceptos clásicos del marxismo, no logran recoger la experiencia de los más olvidados y desposeídos, ya que en muchos casos responden a la organización clásica del trabajo, es decir, la fábrica. Para el autor, esto supondría pensar el trabajo desde la óptica de quienes tienen ganado ese derecho (Denning 2011), es decir, el derecho al trabajo.

Estas precisiones realizadas por Denning (2011) conlleva a pensar el “modelo disciplinario y despótico de la organización del trabajo” (Vejar 2017) Tanto la desprotección social y la flexibilización laboral son fenómenos en los que toma forma el proyecto neoliberal y lleva consigo la desocupación, la inestabilidad laboral, la precarización de la vida misma y, sobre todo, la normalización de nuevas formas disciplinarias del trabajo basadas en el riesgo y la explotación humana. De ahí que Vejar (2017) proponga la necesidad de leer e interpretar de manera atenta a las condiciones de explotación, más que la explotación en sí misma. La institucionalización de nuevas políticas laborales dentro de la acumulación capitalista tiende a normalizar la desprotección social, la precarización (De la Garza 2017), y la destrucción del bienestar social; de este modo, el proyecto neoliberal se asegura de producir una población superflua a disposición del capital. Es decir, trabajadores y trabajadoras que pasan a ser fácilmente descartables y desempleados, lo que ejerce presión sobre los y las trabajadoras, volviendo más precaria su existencia, “especialmente para la venta de su fuerza de trabajo” (Denning 2011, 94). Sin embargo, esta superfluidad, no será equivalente a una visión fatalista o simplista del devenir de los trabajadores en un desecho material o desecho humano, más bien Denning (2011), cuestionando estas posiciones, afirma que la característica superflua del trabajo se entendería mejor desde las propias intenciones y lógicas de acumulación capitalista, ya que para extraer el plusvalor, el capitalismo necesita crear oficios marginados que, organizados en grupos, garanticen la extracción de un mayor valor y plusvalor. Más adelante, a lo largo de esta investigación, se observa como estas condiciones estructurales se imponen en la vida de un grupo de hombres y en las de sus redes sociales más cercanas.

1.3. Formalidad - Informalidad y la idealización del mundo de trabajo

El análisis de las relaciones laborales, han tenido varias perspectivas a lo largo de la historia del capitalismo (De la Garza 2017). Sin duda, una de ellas, y de las que ha definido una fuerte tendencia a nivel global, es el enfoque de trabajo formal e informal; dos grandes conceptos

que han marcado los límites del “deber ser” respecto al mundo del trabajo o, dicho de otro modo, “la normalidad” del mismo. El primero, acuña una idealización de los salarios, prestaciones, derechos colectivos y el segundo, lo informal, atañido a todo lo que se ubica por debajo o fuera de las protecciones señaladas en el primero (De la Garza 2017).

Desde esta primera aproximación se podría señalar con facilidad aquellos límites que corresponde tanto al trabajo formal como al informal; parecería ser un enfoque del “todo o nada” (De la Garza 2017), determinado por el mercado de trabajo: oferta y demanda, y definida en gran medida por el salario. Sin embargo, el comportamiento de la economía, que ha demostrado ser bastante dinámico, pone en tela de juicio este enfoque dualista ya que ha ignorado la realidad de las personas asalariadas por cuenta propia, comisiones, honorarios, entre otras situaciones económicas que:

Funcionan con escasos recursos; de propiedad familiar; en pequeña escala; que utilizan mano de obra intensiva y tecnologías adaptadas; en los que la calificación de la mano de obra no se adquiere en el sistema educativo formal sino en la práctica; funcionando en mercados no regulados y no competitivos. [...] el concepto tenía la desventaja para aquellos que buscan solo definiciones operacionales, que, según la propuesta positivista, deberían ser directamente observables y cuantificables, implicaba ambigüedades en las variables definitorias del fenómeno: pequeña escala, mercados no regulados, escasos recursos, facilidad de acceso, etc (De la Garza 2017, 54).

Por otro lado, la forma operacional en la que este tipo de análisis se presentan (hasta la actualidad), es por medio de los estudios sociodemográficos que, como se ha señalado anteriormente, expresan las relaciones de trabajo por medio de variables como, por ejemplo: la edad, estado civil, género, miembros del hogar, salario. Concepción que impide profundizar el cambio de las relaciones de producción y las reduce a transformaciones de tipo cuantitativo (De la Garza 2017)

Denning (2011) sostiene que el discurso oficial respecto a lo que se ha denominado como “sector informal” (otro de los conceptos relacionados con la informalidad), se remonta a la década de 1970; desarrollada principalmente en un contexto británico. Para este autor, la definición de este enfoque es el resumen de las relaciones de trabajo que existen por fuera del empleo salarial y será, desde entonces, recogida y desarrollada por la Organización Internacional del Trabajo - OIT (Denning 2011). Entonces, la informalidad sería definida en un principio por la relación directa con ingresos económicos asalariados y en la actualidad, incluye modalidades como, por ejemplo: “el autoempleo, trabajo a tiempo parcial y trabajo

temporal” (Denning 2011, 86), “trabajo decente, trabajo atípico, inestable, de exclusión, trabajo no estructurado, trabajo precario” (De la Garza 2017, 58).

Por su lado, la Organización Internacional del Trabajo – OIT, define el trabajo informal y las formas atípicas de empleo de la siguiente manera:

Incluye todo trabajo remunerado (p.ej. tanto autoempleo como empleo asalariado) que no está registrado, regulado o protegido por marcos legales o normativos, así como también trabajo no remunerado llevado a cabo en una empresa generadora de ingresos. Los trabajadores informales no cuentan con contratos de empleo seguros, prestaciones laborales, protección social o representación de los trabajadores. (OIT s.f., 16).²

Esta definición hace énfasis en al menos dos puntos ya cuestionados hasta el momento: en primer lugar, la informalidad estaría definida por la declaración de impuestos al fisco por parte de los negocios creadores de bienes o servicios (De la Garza 2017) y, en segundo lugar, están las recomendaciones idealizadas respecto al “trabajo decente”, olvidando que cada país tiene su propia legislación laboral y por lo tanto sus propias nociones respecto de lo que este puede representar. En todo caso, esta definición no deja de ser reduccionista en la medida que la informalidad podría reducirse a todos los negocios: pequeños y grandes, que no sean parte de los registros económicos de un país, además que refuerza la idea de una definición medible y orientada hacia la precisión estadística (De la Garza 2017). Entre otras deficiencias que han señalado ya, es importante también reconocer que este enfoque naturaliza las relaciones sociales de producción, es decir, la hace ver como naturales, como si en verdad existiera un estado “normal” y “natural” de las relaciones laborales, ideas que sostienen a la legislación laboral moderna donde se designan los tipos de salarios y garantías en este ámbito.

Antunes (2012) realiza un aporte importante en esta discusión, este autor reconoce de igual manera que los cambios realizados en el patrón de acumulación por medio de la teoría neoliberal informalizan el trabajo. No obstante, sugiere ampliar la forma de lo que tradicionalmente se ha conocido como trabajo informal, planteando la necesidad de realizar una fenomenología de la informalidad, como requisito para comprender lo que ocurre en las diferentes esferas del mundo laboral.

Tomando en cuenta que en América Latina y en general en los países “subdesarrollados”, el trabajo atípico o informal ha sido la regla (De la Garza 2017), es de suponer que en la

² Consulta realizada en <https://www.ilo.org/global/topics/employment-promotion/informal-economy/lang-es/index.htm>

actualidad la informalización del trabajo ha ampliado sus formas y que va mucho más allá de aquellos negocios que no reportan sus ingresos en los registros oficiales de la economía de cada país. En ese sentido, sugiere comprender, entre otras formas de trabajo, aquellas modalidades de trabajo donde las personas están “insertas en actividades que requieren baja capitalización orientada a la obtención de una renta para consumo individual y familiar” (Antunes 2012, 49).

En su empresa, Antunes (2012) busca abordar los diferentes niveles de informalidad que pueden existir debido a las múltiples formas de contratación, el autor señala al menos tres modos de comprensión de la informalidad:

Primer modo de ser de la informalidad está presente en la figura de los trabajadores informales tradicionales, [...] Dentro de este universo encontramos a los trabajadores menos inestables, que poseen un mínimo conocimiento profesional y los medios de trabajo. En la mayoría de los casos, desarrollan sus actividades en el sector de los servicios. Es el caso de las costureras, los albañiles, los jardineros, los vendedores ambulantes de artículos de consumo más inmediato (alimentos, vestuario, calzados) y de artículos de consumo personal, los camelôs (vendedores informales de la calle), los empleados domésticos, los zapateros y los talleres de reparación (Antunes 2012, 50).

Un segundo modo de ser de la informalidad se corresponde con los trabajadores informales asalariados y no declarados, que trabajan al margen de la legislación laboral, tras perder el estatuto de contratados y pasar de tener una condición de asalariados [...] Se ven así excluidos del acceso a las resoluciones presentes en los acuerdos colectivos de su categoría profesional, quedando desprovistos de los derechos vigentes para quienes tienen un contrato formal de trabajo (Antunes 2012, 51).

Un tercer modo de ser de la informalidad lo encontramos en los trabajadores informales autónomos, que se pueden definir como una variante de los pequeños productores de mercancías y que cuentan con su propia fuerza de trabajo o con la de familiares, pudiendo llegar incluso a subcontratar fuerza de trabajo asalariada (Antunes 2012, 51).

Estas tres formas de pensar la informalidad tienen en común la disolución y ausencia de cualquier tipo de relación contractual que garantice sus derechos, que es la base donde se sostienen los “rasgos evidentes de precarización” (Antunes 2012, 51). Para los propósitos de esta investigación resulta importante distinguir que las nociones que Antunes (2012) nos entrega respecto de cada uno de los modos de informalidad, incluye a los sectores más marginados de la economía, como, por ejemplo: la venta ambulante, vendedores informales de la calle y otros como los trabajadores informales autónomos.

Si bien Antunes (2012, 52) se acerca de alguna manera a la definición clásica de informalidad, por así decirlo, donde “la informalidad se produce cuando hay una ruptura entre los lazos formales de contratación y de regulación de la fuerza de trabajo”, comprende también que la discusión respecto al trabajo formal/informal, legal/ilegal, no pueden resumirse a una binariedad que envuelve, en sí misma, una realidad compleja y cambiante que desborda a este tipo de definiciones. No se podría limitar ni comprender el trabajo ni las economías entre lo formal y lo informal, precisamente porque lo que interesa es comprender la dinámica social que constituyen estas dos formas económicas que constantemente generan una relación de inclusión y exclusión como lo afirma Denining (2011, 94): “una mayor atracción de trabajadores por parte del capital está acompañada por su gran rechazo”. La problemática entonces no se limita en comprender que hay dos tipos de trabajadores: empleados o desempleados, sino de comprender las decisiones y acciones que marcan la dinámica social del trabajo y sus conexiones con el mercado.

La propuesta hecha por Antunes (2012) respecto a los modos de informalidad permite evidenciar la relación directa que existe entre esta forma económica y los sectores más precarios y marginales. Mostrándolos como otros de los tantos modos de informalidad, donde la lucha constante por el sustento diario que impide generar ahorro o incluso cubrir las necesidades más básicas para sostener la vida. Autores como de la Garza (2009), Sáinz (1991) y Unda (1995) coinciden en que la informalidad en el trabajo, se acerca mucho a temas relacionados con las identidades populares, comunales, barriales ya que son estas poblaciones, en su mayoría, quienes ocupan los espacios más precarios y de exclusión.

Hasta el momento es claro que el enfoque informalidad abarca un sin número de denominaciones que tendrán que ser aclaradas no solo por variables cuantitativas, sino que, sobre todo, por las actividades económicas realizadas por cada grupo social en un contexto histórico específico (De la Garza 2017). En el siguiente apartado se explica uno de los modos de la “informalidad” que se ha de profundizar a lo largo de esta investigación.

1.4. La venta ambulante con un modo de ser de la informalidad

La venta ambulante callejera es una de las formas de trabajo que se ha relacionado tradicionalmente con el trabajo informal. Se podría decir, para comenzar de algún modo, que este es uno de los conceptos que pertenece al enfoque de análisis del trabajo formal - informal, tal como lo han sido el trabajo no estructurado, atípico, precario, inseguro, entre otras denominaciones que ya se ha apuntado a lo largo de este capítulo. Visto desde Antunes (2012), este tipo de actividades económicas, la venta ambulante, sería uno de los tantos

modos de la informalidad, no obstante, Unda (1995) advierte que, más allá de las denominaciones económicas que se le puedan dar a este tipo de actividades, existe un “ser social” determinado por hechos que transcurren al margen de la economía.

Unda (1995) señala que los estudios críticos de la informalidad proponen una perspectiva más amplia, donde se resalte “la necesidad de situar la informalidad no solamente en relación con la estructura económica, sino también con los procesos de reproducción material de la fuerza de trabajo y las lógicas de subsistencia de los sectores populares” (Unda 1995, 104). Es decir, el autor propone dos momentos de análisis: el primero de estos, está ligado a la razón económica que los ubica en algún lugar dentro de la división social del trabajo (siempre mediada por el mercado laboral, aunque en este caso, sin una relación asalariada de por medio) y, el segundo, hace referencia a las dinámicas de subsistencias de “los informales”, es decir, a todo aquello relacionado con las redes de apoyo y solidaridad, donde se incluyen aquellas formas que se articulan con la posibilidad de conectar con diferentes mercado laboral y los medios que sean necesarios para complementar su subsistencia.

Esta relación que se entabla entre informalidad y las estrategias de subsistencias pueden ayudar a comprender las situaciones por las que atraviesan los trabajadores ambulantes; pues estos, no pueden estar resumidos meramente a un agente económico que habita en la ilegalidad, que actúa al margen de las normas tributarias y está apartado de todos los beneficios sociales que el trabajo formal a idealizado, todo lo contrario. La atención en las relaciones de subsistencia, hace notar las complejas relaciones que las personas dedicadas a esta actividad económica atraviesan, con el único fin de su sostenimiento más vital.

Unda (1995, 107) sostiene que “el proceso de proletarización incompleta (es decir, la inexistencia de un salario familiar) que se verifica en nuestras sociedades obliga a las familias trabajadoras a recurrir a una diversidad de estrategias reproductivas”, y sin duda, una de esas tantas estrategias es la venta ambulante. Como se lo planteo anteriormente, una vida sin salario resulta fatal para quienes no poseen más que su fuerza de trabajo, dejando como única opción para vincularse con el mercado, el uso de su propia fuerza de trabajo y la de su familia para comercializar productos o mercancías de consumo inmediato (Antunes 2012). Aquí, la vida sin un salario, sin derechos y sin reconocimiento social, marca diferencias notables en relación a otros modos de ser de la informalidad.

Desde la óptica de Vejar (2017), el enfoque planteado por Unda (1995) permitiría una comprensión de los niveles subjetivos de las personas vinculadas a esta actividad:

Permite el análisis de disposiciones y valoraciones subjetivas; de la relación de los escenarios políticos y las disposiciones institucionales, vinculados a la lógica de conflicto social/laboral y la acción colectiva, o de los cambios productivos y económicos en relación con las perspectivas y representaciones culturales y sociales del trabajo (Vejar 2017, 37)

Es decir, el reconocimiento de las redes sociales más cercanas a la actividad del trabajo ambulante permite indagar en las percepciones que se tienen respecto al trabajo, como, por ejemplo: la carga moral de lo que pueda significar acceder a un trabajo decente y digno, como un imperativo social que ha creado un ideal del “sujeto normal del trabajo”, valorando como “anormal” o “informal”, todo lo que quede fuera de este. Estas condicionantes moralistas del trabajo resultan importantes ya que, sin duda, tienen consecuencias y efectos en la vida de las personas y en la dimensión subjetiva en el conjunto de trabajadores y trabajadoras, así como también lo tendrán en la legislación y normativa del trabajo.

Como se ha citado anteriormente, Antunes (2012) sustenta que, en su mayoría, los modos del trabajo informal, en el que se incluye la venta ambulante, están relacionados con aquellos trabajadores inestables; que poseen un conocimiento profesional mínimo (o en otros casos hasta un conocimiento especializado), que les permite vender o usar su fuerza de trabajo como medio de vida. Costureras, albañiles, vendedores de artículos de consumo inmediato y artículos de uso personal, entre otras actividades económicas, son las que quedan al margen de las economías dominantes, y que, al ser relegados del sistema de producción y vivir en la marginalidad, no les queda más que generar sus propias estrategias de subsistencia (Cueva 1988).

Cueva (1988) asegura que ningún grupo de los “informales” opta por deambular por las calles y plazas sin antes sopesar un conjunto de factores económicos y políticos (e incluso familiares). Sobre todo, nadie se tomaría tan en serio el trabajo de la venta ambulante cuando, a estas alturas de las relaciones de producción, hay toda una “cultura de informalidad” transmitida de vecino a vecino y de generación en generación. Con esto, Cueva (1988) busca refutar las ideas de quienes afirman que la elección del trabajo ambulante y las decisiones tomadas por los grupos “informales”, son elecciones arbitrarias o improvisadas y hasta casuales. De hecho, Cueva (1988) afirma que esto no ocurriría si las clases dominantes y el Estado les permitiera realizar sus aspiraciones.

A continuación, se realiza una aproximación hacia uno de los elementos claves que los autores citados en este último apartado han planteado, es decir, la estrecha relación que tiene el trabajo y las subjetividades de las personas. Se considera que, tanto las relaciones las redes

vecinales por fuera de la economía (Unda 1995), la valoración moral del trabajo (Denning 2011) y la misma cultura de la “informalidad” planteada por Cueva (1988), apelan a este vínculo relacional entre trabajo y subjetividad.

1.5. Una aproximación al trabajo y la construcción de subjetividades

En primer momento, se proponen algunas de las ideas generales respecto al trabajo y la producción humana y social, para ello se recogen algunas nociones planteadas en los primeros escritos de Marx y Engels. Estos dos autores han desarrollado de manera exhaustiva el concepto: trabajo, demostrando que, de las acciones concretas de los individuos en el ámbito de la producción, derivan múltiples determinaciones y relaciones, donde aparece su pensamiento e ideas que toman forma de expresiones más vitales (Heller 1977), o modos de vida que vienen a ser una síntesis concreta de una determinada organización social.

Marx y Engels (1845, 12) mencionan en la Ideología Alemana que “al producir los medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material”. Es decir que, al generar bienes y servicios para satisfacer las necesidades que demanda nuestra permanencia en el mundo, construimos, de manera simultánea, nuestro entorno material y simbólico. Esto sugiere pensar que las actividades laborales, tengan las características que estas tenga, produce en las personas efectos subjetivos que los conecta de alguna manera con el mundo concreto que los rodean. Así mismo, ambos autores proponer que “Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción, tanto con lo que producen como con el modo de *cómo* producen” (Marx y Engels 1845, 12). Para ellos, Marx y Engels (1845), el que producen y cómo lo producen, está profundamente relacionado con la “existencia de los individuos” pero, no de un modo físico ni esencialista, todo lo contrario. Apuntan hacia los modos de vida y las formas en cómo estos (las y los trabajadores), manifiestan sus vidas. De ahí que concluyan contundentemente que se refieren a un “determinado modo de vida de los mismos” (Marx y Engels 1845, 12).

Las ideas planteadas por Marx y Engels (1845) se convierten en argumentos acertados para los propósitos que se han planteado en esta investigación y el ejercicio analítico que se quiere emprender, ya que propicia la conexión de dos grandes conceptos de la sociología, tales como el trabajo y la subjetividad; entendiendo por ahora al primero, como la posibilidad de generar bienes y servicios para satisfacer necesidades básicas que exige el sostenimiento de la vida y, al segundo concepto, como el ámbito que percibe la experiencia personal y por el cual se construye determinados modos y formas de vida, a lo largo del tiempo y donde, más adelante,

con el grupo de observación, se pondrá énfasis en las dinámicas de género y de masculinidades.

Se podría afirmar entonces, que la producción de vida y la producción de modos de vida no son hechos que las personas realicen de manera individual o muchos menos de forma casual, como ya lo había advertido Cueva (1988). Marx (2007) lo afirma también en *Los elementos fundamentales para la crítica de la economía política (1857 - 1858)*, argumentando que la producción no es un hecho aislado ni particular, “por el contrario, es siempre un organismo social determinado, un sujeto social que actúa en un conjunto más o menos grande, [...] de ramas de producción” (Marx 2007, 6). Y, retomando la idea de la producción de subjetividades planteada anteriormente, se puede sostener que los medios de vida se posibilitarían en la medida que se puede vender la fuerza de trabajo en una de las partes organizadas de la producción y que los modos de vida también se dan de forma colectiva y más no de manera individual y mucho menos de forma “natural”. En ese sentido, se podría también valer de la afirmación hecha por Antunes (2005), respecto a su comprensión de la categoría trabajo, para este autor, el trabajo es la fuente originaria y primaria, de la realización del ser social.

Para Marx (2007), hablar de producción, es hablar siempre de producción de un estado determinado del desarrollo social y de la producción de individuos de la sociedad, no solamente como una noción abstracta, si no de una estructura social donde converge siempre lo social y lo individual:

La estructura social y el Estado brotan del proceso de vida de determinados individuos; pero de estos individuos, no como puedan presentarse ante la imaginación propia y ajena, sino tal y como realmente son; es decir, tal y como actúan y como producen materialmente y, por tanto, tal y como desarrollan sus actividades bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientemente de su voluntad (Marx y Engels 1845, 17).

Esto supone que la producción de la vida y de los modos de vida solo puede ocurrir en el trato, la comunicación y la correspondencia entre individuos; derivando de ello, una multiplicación de relaciones conectadas, con la voluntad de los individuos. En ese sentido, la observación de como las personas producen sus condiciones materiales y las actividades que están hagan en determinadas condiciones, permitiría comprender y dar cuenta de “la relación existente entre la estructura social y política y la producción” (Marx y Engels 1845, 17).

Dicho en palabras de la Garza (2000), observar el comportamiento material conlleva, de

alguna manera y entre otras cosas, a entender el sentido a la ideas, emociones y pensamientos de los diferentes actores sociales, ideas compartidas también por Antunes (2005)

El trabajo es, por lo tanto, un momento de efectivo de exposición de finalidades humanas, dotado de una dimensión intrínseca teleológica, Y, en cuanto tal, se muestra como una experiencia elemental de la vida cotidiana, en las respuestas que ofrece a las carencias y necesidades sociales (Antunes 2005, 162).

En resumidas cuentas, para que el trabajo (en cualquiera de sus formas, asalariadas o no) constituya la base de la sociedad, no sólo depende de las relaciones mercantiles posibles, hace falta, pues, que “penetre en todas las manifestaciones vitales de la sociedad y las transforme a su imagen y semejanza [...] orientados a la producción de valores de uso” (Lukács 1985). Condición que resulta importantísima para comprender algunas de las dimensional indispensables del ser social, como, por ejemplo: las subjetividades, la vida cotidiana y su conexión con el trabajo y la reproducción social.

El interés de esta investigación es observar precisamente con detenimiento cómo un grupo de hombres vinculados con la venta ambulante en las calles, hacen uso de su fuerza de trabajo para responder a la reproducción de ellos y sus familias; poniendo énfasis en los recursos que este utiliza, las redes de apoyo y la construcción de una subjetividad que emerge en relación a sí mismo y tu entorno más inmediato.

1.6. Género y trabajo: la masculinidad como un resultado de los procesos de acumulación y expansión productiva del capital

Sin duda, las conexiones que se puedan realizar entre género y trabajo resultan importantísimas para el estudio en cuestión, pues estas van dando más elementos para el análisis que se propone en esta investigación. Todo trabajo social compromete a hombres y mujeres por igual, aunque no necesariamente de manera recíproca. Las personas se ven insertos de algún modo en los modelos económicos actuales y la reproducción ampliada del capital, aunque existan diferencias notables entre estos dos grupos organizados por su base reproductiva.

Connell (2015) sostiene que los procesos de acumulación capitalista dependen de una determinada organización de género, más o menos estable. Dicha organización estaría basada en gran medida en la división sexual del trabajo, obedeciendo y correspondiéndose con los intereses de los modelos económicos. Una estructura compleja, pero que ha supuesto diferencias tanto para hombres como para mujeres:

Lo que quiero decir es algo mucho más profundo: las prácticas de organización [...] se estructuran en relación con el ámbito reproductivo. La abrumadora mayoría de funcionarios de alto nivel son hombres porque existe una configuración de género en la contratación y promoción; una configuración de género en la división interna del trabajo y los sistemas de control; una configuración de género en el diseño de políticas, de las rutinas prácticas y de las formas de movilizar el placer y el consentimiento (Connell, Masculinidades 2015, 108).

Para Badinter (1993, 19), la división social del trabajo, basadas en las diferencias corporales, solo es posibles cuando “la biología se convierte en el fundamento epistemológico de las prescripciones sociales”. Es decir, cuando las diferencias corporales: pene / vagina, se traducen en diferenciaciones sociales: Hombre trabajador y mujer ama de casa, como uno de los ejemplos más clásicos de esta división reproductiva. De tal manera, se asigna sobre estos (los cuerpos), un orden jerárquico donde el hombre se define como un ser privilegiado, “dotado de algo de más que las mujeres ignoraban: Se considera más fuerte, más inteligente, más valiente, más responsable, más creador, o más racional. Y ese más justificaba su relación jerárquica con las mujeres” (Badinter 1993, 20).

Esta visión autoritaria de lo natural, como lo denominaría Bourdieu (1999), trascenderá a la organización social global, asumiendo en primer lugar, al hombre como ser universal y, por otro lado, a todo lo relacionado con lo masculino como fuente de poder, prestigio y reconocimiento, justificando de esa manera, su dominación sobre la mujer y todo aquello que sea socialmente relacionado con lo femenino. Dicha organización social del género, basada en la heterogeneidad de los sexos impone destinos y diferencias en lo que respecta a derechos (Badinter 1993).

Paulson (2013, 90), se referirá como “un sistema sociocultural que organiza la percepción y la práctica de los actores, junto con la distribución y aplicación de capitales [...] que da sentido y poder a una diversidad de actividades, conocimientos y visiones”. Estos primeros argumentos permitirían construir, por ahora, un puente lógico para comprender las conexiones existentes entre las dinámicas de género y el trabajo. En el marco de estas ideas, hay que poner énfasis en la comprensión de la distribución de capitales de las que habla Paulson (2013), pues estas están marcadas por profundas desigualdades, es decir, no son asignaciones equilibradas entre hombres y mujeres, debido a la distribución social de las tareas en varios ámbitos. De ahí que Connell (2015, 109) sostenga que los procesos de acumulación han dependido, históricamente, de sistemas de género específicos: “una economía capitalista que se desarrolla a través de la división del trabajo basada en el género es, necesariamente, un

proceso de acumulación que también depende del género”. Entonces, la construcción social de la masculinidad y feminidad, se organizarían en función de la acumulación de la riqueza social, vinculada necesariamente a la organización del trabajo.

Uno de los capitales diferenciadores que más visibles a lo largo de la historia es el acceso al trabajo por parte de las mujeres y la diferencia salarial de estas en comparación con los grupos de hombres. Sin embargo, al estar sostenidos los procesos de producción sobre la base de la organización de género, se generan una serie de tensiones y desigualdades incluso al interno de ambos grupos: masculinos y femeninos, como, por ejemplo: algunos hombres son excluidos de los beneficios del trabajo precisamente por estar desempleado, mientras otros pueden beneficiarse de las relaciones laborales, construyendo o accediendo a espacios con nuevas tecnologías y relaciones sociales mucho más extensas y sostenidas en el tiempo.

El trabajo, en tanto sea una relación socialmente reconocida e institucionalizada, resulta ser un espacio donde lo masculino construye su identidad, no totalmente, pero sí una buena parte de ella; como se ha planteado anteriormente, el trabajo no solo comprende una relación económica sino también subjetiva. Pero, de esta manera la masculinidad también se construye en una paradoja, o como una relación ilógica, donde el dominante es dominado por su dominación (Badinter 1993). En este punto de la discusión, las configuraciones de género específicas llegan a ser importantes al momento de caracterizar lo masculino porque resalta la importancia de precisar el tipo de grupo masculino al que se pretende abarcar, en este caso, hombres que se dedican a la actividad económica de la venta ambulante en las calles. Es importante por ello, comprender que los sistemas de género resultan “patrones locales, pero que llevan de las fuerzas que hacen a una sociedad global” (Connell 2015, 23).

Connell (2015) señala que existe instituciones como el Estado y el trabajo, de las cuales resultan organizaciones de géneros específicas y, a través de estas, se concretan diferentes tipos de relaciones: económicas, de poder, subjetivas, entre otras. De hecho, al acercarse a un grupo de hombres trabajadores ambulantes, no quiere decir que se va a dar cuenta de todos los hombres o todo lo relacionado con lo masculino, ni de la totalidad de actividades “informales”; lo que se pretende es justamente entender como un grupo de hombres específicos, entablan sus relaciones económicas, afectivas, familiares y de subsistencia, tomando como principal escenario el trabajo. Por ello es que se hace necesario comprender las nuevas morfologías del trabajo, los cambios que ha tenido el mismo para posibilitar la comprensión de las condiciones sobre las cuales emergen determinados tipos de masculinidad y las relaciones sociales que de esta se emergen.

Aquí yace la importante entender las nuevas formas y prácticas masculinas que emergen de situaciones sociales complejas: el desarrollo de las formas económicas y la política de precarización, ayudaría a comprender de mejor manera la situación de muchos hombres que hoy en día se ven enfrentados a situaciones de exclusión de uno de los lugares y ámbitos, quizá, más significativo para su identidad que es el trabajo.

1.7. La formalidad de lo “informal”

Los estudios respecto a la “informalidad” han venido evolucionando desde los años setenta hasta la actualidad. Varios son los usos que se le ha dado a dicho enfoque, así como múltiples han sido sus contenidos y conceptualizaciones. Lo que se propone a continuación es un acercamiento al desarrollo teórico y técnico-metodológico de dicho concepto, con el objetivo de precisar la comprensión de la “informalidad” moderna y su relación con los sectores más precarizados de la sociedad y sobre todo con oficios como los de la venta ambulante callejera.

Para cumplir con este propósito, es necesario retomar las discusiones y corrientes que precedieron a lo que actualmente se conoce como el enfoque del trabajo “formal” e “informal” (Connolly 2015). En ese sentido, corresponde realizar un acercamiento al debate respecto a la marginalidad; pues esta discusión es un antecedente importante para el análisis de la estructura social latinoamericana, así como para la comprensión amplia del lugar y el rol que esta ocupará en la región y en la organización del trabajo a nivel global.

Profundizar la discusión en este sentido, ayuda a comprender como es que el enfoque de trabajo formal/informal a caracterizados los análisis del trabajo y delimitar sobre todo aquellas actividades económicas realizadas desde la marginalidad social, por parte de aquellos trabajadores por cuenta propia.

1.8. De la marginalidad a la informalidad

Las discusiones respecto a la marginalidad, son promovidas en los años cincuenta del siglo pasado (Saraví 1996; Bennholdt-Thomsen y Garrido 1981), el término fue utilizado para denotar las condiciones que trae consigo una gran parte de la sociedad, asociada siempre al hambre, a la falta de recursos, la desocupación, y todos aquellos aspectos que describían una situación de pobreza (Bennholdt-Thomsen y Garrido, 1981); “atributo central de la situación de los países latinoamericanos en aquellos años” (Saraví 1996, 437). Fue hasta los años sesenta que se cristalizó una corriente de pensamiento llamada “teoría de la marginalidad” y buscaba entender no solo una realidad nacional o regional, sino que también una explicación de la estructura social a nivel global.

De ahí que los principales precursores de la llamada “teoría de la marginalidad” sean principalmente los teóricos de la dependencia, quienes argumentaban que la marginalidad era el reflejo del desarrollo dependiente de la región latinoamericana (Bennholdt-Thomsen y Garrido 1981). Bennholdt-Thomsen (1981) menciona que el concepto de marginalidad, en primera instancia, fue meramente descriptivo para lo que ocurría en las ciudades de Latinoamérica:

Desde fines de los años 40, junto a todas las ciudades más grandes de América Latina, nacen villas miseria, que se denominan sugestivamente “barrios marginales”. Muy pronto, este calificativo también se usa para los habitantes de los barrios pobres a orillas o dentro de las ciudades, se habla de “población marginal”. Finalmente, también se califica la situación de miseria de la población rural pobre como marginalidad, con base a su posición al margen de la “modernidad urbana (Bennholdt-Thomsen y Garrido 1981, 1507).

En este punto, tanto los teóricos de la modernización como los dependentistas coincidían que una característica común de los países de la región, era la referida a que estos estaban viviendo un proceso de transformación y dinamismo (Saraví 1996). No obstante, las diferencias eran mayores a las coincidencias. Mientras los desarrollistas asumían a este periodo como un ciclo de crecimiento, modernización y desarrollo, los dependentistas, por su lado, ponían en cuestión la incorporación del grueso de la población al dicho proceso de desarrollo y la posibilidad real de la integración de amplios sectores de la sociedad a los modelos que se aspiraban (Saraví 1996).

La exclusión y la pasividad eran las características de la sociedad latinoamericana cuya integración al sector moderno se producía con dificultades (Saraví 1996). Esta exclusión, que unos (los desarrollistas) sostenían que era transitoria, y los otros (los dependentistas) que era permanente, reconocía el espacio de la marginalidad como característica principal y común en el análisis. Saraví (1996) registra en su obra que los acuerdos implícitos que había en los debates eran: la no incorporación, la no participación, la no integración al espacio dominante y dinámico que impulsa el proceso de transformación política, económica y social.

Connolly (2015) sostiene que los pensadores críticos latinoamericanos superaron las nociones de marginalidad descriptiva e identitaria antes mencionadas, llevando la discusión a un plano mucho más complejo, donde la principal preocupación radica en la incapacidad del sector moderno de absorber la fuerza de trabajo disponible, lo cual suponía un desarrollo distorsionado y lo que se conocería como “marginación social”. La marginalidad, hasta entonces, suponía un afuera, un estar al margen de los asuntos sociales, políticos y

económicos por parte de los países desarrollados, sin embargo, este enfoque fue cuestionado con el pasar de los años. Pérez (1991) recoge cuatro ideas centrales planteadas por Bennholdt-Thomsen, que cuestionaron el “mito de la marginalidad”, sostenía principalmente por la visión dependentista:

En primer lugar, se oponía a la idea de determinación del ejército industrial de reserva en términos de su funcionalidad al sistema capitalista y, en especial, respecto del capital monopolista. Esta crítica estaba destinada a autores como Nun y Quijano [...]. Una segunda idea combatida por Bennholdt-Thomsen era que la existencia de sectores precapitalistas, o simplemente no capitalistas, suponían un freno al desarrollo de las fuerzas productivas y, por ende, eran la causa de la limitada absorción de fuerza de trabajo en contextos como los latinoamericanos [...]. El tercer postulado cuestionado, [...] era que la explotación por el capital sólo tenía lugar en relación con el trabajo asalariado. [...] Así, por un lado, afirmaba la contribución mínima de la fuerza de trabajo marginal al excedente mientras que, por otro, realizaba el aporte de este tipo de capacidad laboral al proceso de reproducción de la clase obrera. Para Bennholdt-Thomsen, esta contradicción, remitía a problemas fundamentales de la teoría marxista: cómo explicar la explotación que sufren los trabajadores incorporados marginalmente a la producción capitalista y cómo analizar la reproducción de las relaciones laborales no asalariadas a partir del propio vínculo con el capital. Finalmente, el cuarto postulado criticado era que la lucha de clases en el capitalismo tenía una naturaleza proletaria, por lo que ciertos autores, [...] habían propuesto entender a los marginados no como explotados, sino como excluidos. Para la autora germana esta caracterización es fruto de una visión limitada del concepto de explotación, lo que remite a sus anteriores cuestionamientos (Pérez 1991, 16 -17).

Basándose en este conjunto de ideas, Bennholdt-Thomsen (1981) sostenía que la elección de la palabra marginalidad era insuficiente para caracterizar la situación de la mayoría de la población. Por otro lado, cuestionó contundentemente dos criterios importantes en la discusión de los dependentistas: desocupación y subocupación, lo que derivó en pensar la marginalidad no como un estado, sino como un proceso histórico que deviene de las leyes de acumulación capitalista: “el concepto hasta ahora sólo consistía en catalogar elementos aislados, ahora se hace posible analizar las causas” (Bennholdt-Thomsen y Garrido 1981).

Sin que el debate se haya agotado al respecto de la marginalidad, ni el concepto sea inapropiado en los tiempos modernos del capital; todo lo contrario, Bennholdt-Thomsen (1981) propone que el concepto es apropiado para pensar el subdesarrollo con mayor profundidad. Por ello, otra de las posibilidades para esta autora es que, a través de una

comprensión distinta y profunda de la marginalidad, se podría comprender como en Latinoamérica el desarrollo capitalista ha supuesto una proletarización sin salarización, así como también nuevas formas de pauperización de los mismos (Bennholdt-Thomsen y Garrido 1981).

Unas de las ideas sugeridas por Bennholdt-Thomsen (1981) para superar los impases teóricos de la teoría a la marginalidad es el de la “producción de subsistencia”. Esta idea emerge de la comprensión de que existe una fuerza de trabajo no remunerada, o incluso pagada a nivel mínimos, pero que es parte de la estructura del capital. Idea que además reconoce como requisito previo la capacidad laboral:

Aunque aquellos que se denominan marginales no tengan nada (Gonzalez Casanova 1965), siempre tienen su fuerza de trabajo, y el hecho que no puedan venderla -por ser campesinos sin tierra suficiente u obreros sin lugar de trabajo- los transforma en marginales en todos los aspectos sociales. Si hasta entonces solo se había dado importancia al aspecto del consumo, ahora se vislumbra su requisito previo, el aspecto de la producción. Si algunos sectores de la población no encuentran los medios de producción que necesitan y que les permitan hacer uso de su fuerza de trabajo, será difícil que dispongan de ingresos que les proporcionen poder de compra, y tampoco tendrán acceso a las instituciones sociales ni participaran en los procesos de decisión (Bennholdt-Thomsen y Garrido 1981, 1508).

Para esta autora, tener las capacidades para trabajar y la imposibilidad de venderlas conlleva a diversas formas de ocupación autocreada, como, por ejemplo: pequeño campesino, artesanos y hasta el mismo vendedor ambulante, actividades que por lo general son ejecutadas indistintamente y hasta de forma combinada con otros oficios ocasionales, a lo largo de la experiencia laboral de estas personas:

Se trata de un trabajo casero, de prestaciones de servicio en el ámbito privado, de trabajo asalariado sumamente esporádico y constantemente cambiante, que, por su carácter no permanente, no es lo mismo que lo que clásicamente se denomina trabajo asalariado (Bennholdt-Thomsen y Garrido 1981, 1530).

Pese a estas últimas ideas y aportes que se desarrollarían para comprender la realidad social de la región latinoamericana de manera crítica, desde organizaciones internacionales como la Organización Internacional del Trabajo - OIT, se elaboraba el correlato a la teoría crítica de la marginalidad, este fue el de la “informalidad”; termino que se utilizó por primera vez en un estudio de empleo realizado en Kenia (Connolly 2015). Según esta última autora, el término

“informalidad” o “sector informal” fue pregonado por la nueva derecha en el marco de las políticas neoliberales.

Pero, no se trataba simplemente de una renovación terminológica, el “sector informal” o “la informalidad” y todos sus homólogos: sectores sumergidos, subterráneos, clandestino, paralelo, negro, entre otros, se definía por lo que deja de ser el sector “formal” o el sector moderno (Connolly 2015). El concepto se sustenta sobre el modelo ideal de la sociedad (lo formal) y se define fundamentalmente en términos legales, es decir, hace referencias a las actividades económicas no registradas y el no pago de impuestos. Unda (1995) sostiene que, en su mayoría, la acción de esta corriente apuntaba hacia la política pública, siempre en términos económicos y deslindada de los comportamientos culturales, políticos y sociales, de sus actores.

Unda (1995) refiriéndose al enfoque de “informalidad”, menciona que la inexistencia de mediaciones entre la definición de lo “formal” y lo “informal” y las esferas económicas y los comportamientos individuales y colectivos, representan una seria complicación; pues esto deja solo la posibilidad de que sea un concepto meramente descriptivo (Unda, 1995); operacional (De la Garza 2017); y generalizante (Connolly 2015). A fin de cuentas, el concepto olvida que no hay solo un actor o sujeto económico, todo lo contrario, son varios: “pequeños patronos -y unos más capitalizados que otros, por añadidura-, trabajadores no remunerados, asalariados, cuentapropistas” (Unda 1995, 109).

De la Garza (2017) sostiene que la misión de la OIT en Kenia, acuña el desarrollo de un concepto positivista, donde aquellos negocios con facilidad de acceso, que funcionan con escasos recursos, en pequeña escala y, en muchas ocasiones, de propiedad familiar, puedan ser medibles y cuantificables. Para este autor, esta tendencia orienta al enfoque de la informalidad, hacia la socio-demografía, donde destacan (como ya se apuntado), variables explicativas como, la edad, el género, el estado civil, el número de miembros de la familia, estar inscrito en la seguridad social o no, mismas que intentan definir el trabajo más no el tipo de relación de producción.

La falta de coherencia interna y la ausencia de una estructura teórica congruente, impide que “la informalidad” o “sector informal”, como resulte conveniente llamarlo, sea utilizado como categoría conceptual para realizar observaciones empíricas; en muchas ocasiones, ninguna de las múltiples definiciones de la categoría se ajusta a las formas de empleo de las familias estudiadas (Connolly 2015). Esto concuerda como lo que se ha apuntado ya, donde De la

Garza (2017) sostiene que, este enfoque tiene una posición conceptual positivista y una inclinación netamente estadística.

Empero, aun teniendo este enfoque poca utilidad, su vigencia y utilización es sorprendente ya que se ha convertido en la herramienta por excelencia para los análisis oficialistas y estadistas del trabajo; para Connolly (2015), esto solo podría entenderse por qué el enfoque en cuestión sirve, además, para posicionar una u otra interpretación ideológico-política, basada muchas veces en una “ruptura ideológica” (Unda 1995), que produce a su vez una ley y una moral respecto de lo “formal” e “informal”, lo legal y lo ilegal.

Proponer esta discusión es relevante ya que en ella se encuentran argumentos importantes para poder construir y comprender al grupo de estudio. Las ideas que hasta aquí se han presentado brinda argumentos de sobra para pensar la situación del trabajo ambulante desde otra perspectiva que no sea el del enfoque de trabajo “formal” e “informal”, como principal marco analítico de las relaciones de producción que se dan en este tipo de actividades económicas; ya que resulta de mayor importancia en este caso, detenerse en las dinámicas sociales que emergen de las condiciones marginales de vida y la economía.

En suma, los argumentos señalados hasta aquí, facilitan una comprensión crítica a uno de los principales conceptos y enfoques que hasta el momento prevalece, y hasta se podría decir que domina, los análisis oficialistas del trabajo. Sin embargo, las explicaciones aquí apuntadas muestran también el proyecto político que se oculta en el enfoque del trabajo formal/informal, que no es más que las nuevas organizaciones del trabajo que están orientadas hacia la precarización de las vidas de los trabajadores y, a su vez, deslegitimar toda forma de actividad económica que emerja por fuera de las relaciones laborales convencionales. De ahí que se ponga más atención en las relaciones de producción que existen en actividades como el trabajo ambulante para caracterizarlo y comprenderlo, dejando de lado el enfoque de trabajo formal/informal.

En ese sentido, Antunes (2012) es quien más se acerca a una definición del grupo de estudio en cuestión. El autor propone cómo uno de los primeros modos de informalidad y quizá los más tradicionales, sean los vendedores ambulantes; quienes se dedican al comercio de artículos de consumo más inmediato (alimentos, tecnología, vestuario, calzados) y de artículos de consumo personal. Sin embargo, esta primera definición no brinda mayor profundidad. No ocurre lo mismo con el debate que se antepone al de “informalidad” o “sector informal”. Es decir, aquellos debates sobre la marginalidad, ya esta discusión ubica el debate con mayor profundidad y comprensión respecto a la ocupación en la venta ambulante,

por ejemplo, Bennholdt-Thomsen (1981) que realiza una crítica a la “teoría de la marginalidad” argumenta (por hacer un resumen de sus ideas), que este trabajo (el ambulante) no es una forma pura de trabajo asalariado, sino de una ocupación muy diversa, pagada a nivel mínimo, de carácter no permanente y autocreada.

Podría haber algunas coincidencias entre Bennholdt-Thomsen (1981) y Antunes (2012), pero el modo de enfocar el problema marca notablemente la discusión. Analizar el trabajo ambulante desde la “informalidad” y su concepción idealizada del trabajo borra las características y diferencias de clase de los sectores marginales, precarios y empobrecidos que Bennholdt-Thomsen (1981) ha hecho notar. Como se ha visto, este enfoque (el de “informalidad”) se sostiene sobre una visión desarrollista, apegada a la norma tributaria, el pago de impuestos y la política pública basada en los datos sociodemográficos; como lo plantea también Cueva (1988):

Se trata, en síntesis, de definir la informalidad en términos esencialmente jurídicos (más que empíricos): hay informalidad cuando, por las razones aducidas, se actúa al margen de las disposiciones legales vigentes. Llegamos así, paradójicamente, a una definición estrictamente formal de la informalidad, sabiamente calculada para abolir, ya desde el plano teórico, todas las diferencias de clases y reunir, en un único concepto (o “noción” que para el caso poco importa) al conjunto de propietarios del país (Cueva 1988, 126).

En ese sentido, la teoría crítica de la marginalidad posibilita pensar el trabajo ambulante desde las experiencias mismas de las personas, desde sus condiciones objetivas y subjetivas y sobre todo desde la capacidad vital del trabajo que, como forma no asalariada, produce lo básico para el autoconsumo y la subsistencia; que no se rige por meros impulsos individuales, sino en función de la sobrevivencia individual y de todo el grupo familiar (Unda 1995). La imposibilidad de vender su fuerza de trabajo y conectar de alguna manera con el sector “formal” obliga a estas personas a que tengan que arreglárselas obviamente por cuenta propia (Cueva 1988). Para Bennholdt-Thomsen (1981), las condiciones importantes para el desarrollo de estas nuevas relaciones de producción son:

Por un lado, es lo superfluo de amplios sectores de la población para el trabajo asalariado industrial, más por otro lado, la imposibilidad de reproducirse fuera de la economía capitalista de mercancías. Para la población urbana pobre está totalmente claro que si no logran vender su fuerza de trabajo en forma de trabajo asalariado, están obligados a hacerlo en otra forma, como prestación de servicios o mediante bienes producidos por cuenta propia. Lo mismo vale para la población rural sin tierra. (Bennholdt-Thomsen y Garrido 1981, 1535).

Es por esto que no se puede encasillar a todas las formas no asalariadas bajo el concepto de informalidad, ya que muchas de estas formas de trabajo, y principalmente el de la venta ambulante, son actividades que están motivadas desde la imposibilidad de vender la fuerza de trabajo de cualquier forma. Pero, por otro lado, esto tampoco puede ser visto como una acción individual o aislada de la producción capitalista, sino como parte de los resultados del proceso de generalización de la producción de mercancías, como lo afirma Bennholdt-Thomsen (1981). Hace sentido, entonces, retomar la pregunta planteada por Cueva (1988, 130) cuestionando precisamente el enfoque formal de la “informalidad” ¿qué tipo de sociedad es esta que se ha convertido en una máquina de fabricar marginados?

1.9. La situación formal de la “informalidad” en Ecuador

Como se ha mencionado, el enfoque de trabajo “formal” e “informal” es uno de los más utilizados para comprender la realidad laboral en la región latinoamericana. Al menos en Ecuador, los estudios relacionados con el trabajo parten de la primicia estadística. Olmedo (2018) en su análisis de la situación del mercado laboral, apunta una serie de hecho que hace pensar que, de manera oficial e institucional, los estudios del mercado laboral y del trabajo en general, son relativamente nuevos:

Las mediciones sobre empleo, desempleo y subempleo en el Ecuador iniciaron en 1987 con el lanzamiento de encuestas específicas para reflejar el estado del mercado laboral nacional, que estuvieron a cargo del Instituto Nacional de Empleo, INEM, del Ministerio de Trabajo. A partir de 1993, el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, INEC, asume esta responsabilidad y realiza las mediciones del volumen de trabajo acogiendo las recomendaciones metodológicas y conceptuales provenientes de la OIT, encargada de realizar las recomendaciones internacionales para el estudio y análisis de los mercados laborales a través de su grupo de expertos estadísticos que trabajan periódicamente en las Conferencias Internacionales de Estadísticos de Trabajo, CIET. Es seis años más tarde, en 1999, cuando el INEC adapta las mediciones del mercado laboral a las recomendaciones del CIET de 1993, y asume formalmente las definiciones de mercado laboral (Olmedo 2018, 7).

Es decir, es hasta 1999 que el país asume la normativa internacional que hasta hoy es usada; en un proceso evolutivo, si se quiere entender así, desde finales de los años ochenta. Esta combinación metodológica mantuvo algunas definiciones propias y necesarias para el contexto ecuatoriano, aunque con problemas que no permitían la homologación de la información nacional con datos internacionales (Olmedo 2018). No obstante, uno de los

principales criterios que se admitió en el nuevo modelo, fue el de medición del “sector informal”.

Hasta entonces, la economía “informal” se definía como un conjunto de unidades dedicadas a la producción de bienes o la prestación de servicios con la finalidad primordial de crear empleos y generar ingresos para las personas que participan en esa actividad, y según la Conferencia Internacional de Estadísticas del Trabajo de la OIT en el año 1993, cumplía las siguientes características:

- Estas unidades funcionan típicamente en pequeña escala, con una organización rudimentaria, en la que hay muy poca o ninguna distinción entre el trabajo y el capital como factores de producción.
- Las relaciones de empleo se basan más bien en el empleo ocasional, el parentesco o las relaciones personales y sociales, y no en acuerdos contractuales que supongan garantías formales.
- Las unidades de producción de la economía informal presentan los rasgos característicos de las empresas de hogares.
- El activo fijo y otros valores no pertenecen a la empresa en sí, sino a sus propietarios.
- Las unidades como tales no pueden efectuar transacciones o celebrar contratos con otras unidades, ni contraer obligaciones en su propio nombre.
- Los propietarios tienen que reunir los fondos necesarios por su cuenta y riesgo y deben responder personalmente, de manera ilimitada, de todas las deudas u obligaciones que hayan contraído en el proceso de producción (Marín, Maldonado y Olmedo 2020, 18).

Sin embargo, para fines estadísticos “este concepto pone el énfasis en que se trata de unidades que pertenecen a individuos u hogares y que no están constituidas como sociedades comerciales cumpliendo aspectos formales” (Marín, Maldonado y Olmedo 2020, 20). Esta última afirmación resulta importante ya que, a fin de cuentas, es la orientación que han de tener los estudios oficiales de empleo en el país.

Nuevamente, al concepto que se le escapa la comprensión de las relaciones de producción. Para Olmedo (2018, 9), las recomendaciones de la OIT “consistían en adaptar las mediciones del mercado laboral a una nueva conceptualización y metodología, estas recomendaciones implican una ruptura en las mediciones estadísticas históricas nacionales del mercado laboral

nacional”. Esto con el fin de obtener una comparabilidad de información a nivel internacional y regional, así como facilitar la toma de decisiones comparadas.

El concepto se olvida de las relaciones colectivas e individuales, poniendo énfasis en las condiciones operativas de los establecimientos de trabajo como el número de trabajadores y la existencia de registros de ley (Registro Único de Contribuyente -RUC, así como llevar contabilidad) y, además, Tamaño de la empresa del trabajador: menos de 5 personas (Marín, Maldonado y Olmedo 2020).

Cabe retomar algunas de las preguntas que se plantea Unda (1995), al respecto de la conceptualización adoptada para el análisis del trabajo en Ecuador:

¿Qué nos dice al respecto que un taller tenga dos o cinco trabajadores y que ellos sean familiares o no del dueño del kiosko?, ¿qué nos dices que la productividad sea baja o que no puedan materialmente acceder a los créditos del sistema bancario y financiero, que sean comerciantes con puesto fijo, o que carezcan de él y deban realizar sus actividades como ambulantes? (Unda 1995, 109).

Las mismas preguntas podrías tener sentido hoy, ya que muchas de las ideas que se han desarrollado acerca de enfoque dualista de la “informalidad”, se reflejan en la Encuesta Nacional de Empleos, Desempleos y Subempleo - ENEMDU, realizada trimestralmente por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos - INEC. Misma que utiliza “el marco conceptual descrito en las conferencias de Estadísticos del Trabajo - CIET, recomendadas por la Organización Internacional del trabajo (OIT)” (Instituto Nacional de Estadística y Censos 2014, 11).

Ahora bien, lejos de querer realizar un análisis de los datos de la Encuesta Nacional de Empleos, Desempleos y Subempleo - ENEMDU, lo que se propone a continuación es un acercamiento a sus fundamentos, en contraste con los argumentos que hasta aquí se han desarrollado. Y, siguiendo con este propósito, a continuación, se cita de manera textual la definición usada por esta herramienta estadística, respecto a lo que se comprende como sector informal”:

Sector informal: el sector informal corresponde a establecimientos económicos que no tienen RUC. Se considera el sector informal como un grupo de unidades de producción que, según definiciones y clasificaciones del Sistema de Cuentas Nacionales de las Naciones Unidas, forman parte del sector de los hogares como empresas de hogares; es decir, como empresas que pertenecen a los hogares y que no están constituidas en sociedad. Dentro del sector de hogares, el sector informal comprende: i) las “empresas informales de personas que trabajan

por cuenta propia”, ii) un componente adicional, constituido por las “empresas de empleadores informales (OIT 1993b, 4) (Instituto Nacional de Estadística y Censo 2014, 51).

Y, en un segundo momento, se plantea lo siguiente:

El sector informal queda definido con independencia de la índole del lugar de trabajo donde se lleva a cabo la actividad productiva, del grado de utilización de activos de capital fijo; la duración de la actividad de la empresa (indefinida, estacional u ocasional) (Instituto Nacional de Estadística y Censos 2014, 51).

Sin duda, estas definiciones conceptuales de la Encuesta Nacional de Empleos, Desempleos y Subempleo - ENEMDU, imposibilita precisar las relaciones económicas a las que pueden estar vinculados cada uno de los actores sociales, pues, como lo menciona Unda (1995):

Hay diferencias de productividad y posibilidades de acumulación, de ingresos y ganancias, tanto al interior del sector tomado en su conjunto, cuanto, dentro de cada rama, etc.; y, en fin, de cuantas, en la realidad no se trata de un solo sujeto (o actor) económico, sino de varios (pequeños patronos -y unos más capitalizados que otros, por añadidura-, trabajadores no remunerados, asalariado, cuentapropistas) (Unda 1995, 109).

La Encuesta Nacional de Empleos, Desempleos y Subempleo – ENEMDU no presenta mayor problematización en sus definiciones, lo que se ha recogido hasta aquí, es lo que muestra en su metodología. Es necesario aclarar, nuevamente, que el interés analítico de esta investigación no se centra en los resultados estadísticos que la encuesta en cuestión pueda brindar, pues, como se ha señalado ya, desde lo que se ha argumentado hasta aquí, su enfoque no permite realizar una lectura adecuada de la situación laboral en el país o al menos de nuestro grupo de interés, es decir, los vendedores ambulantes.

Por otro lado, es necesario también analizar otra de las definiciones de importancia para el presente estudio, ya que hace referencia al grupo de estudio en cuestión, es decir, al trabajo ambulante. Es casi ineludible detenerse en otro de los conceptos mayormente utilizados por la política pública del Municipio de Quito, para organizar, a través de ordenanzas, el trabajo ambulante en las calles, este es el concepto del “trabajo autónomo”, definido en su reglamento metropolitano Nro. 0280, de la siguiente manera:

Trabajo autónomo es toda actividad comercial que consiste en la compra o venta lícita de productos o artículos y prestación de servicios que se desarrollen en los espacios públicos; o, en la transportación pública. (Agencia de coordinación distrital del comercio 2015).

Es necesario problematizar esta definición; la de trabajo autónomo, ya que es una de las herramientas de control político e ideológico para quienes realizan actividades como la venta

de artículos o productos de consumo inmediato de forma ambulante. En un primer momento, se busca precisar algunas de las connotaciones que encierra el concepto de “trabajadores autónomos” propuesto en la ordenanza municipal.

Resulta novedoso, en principio, la concepción de la palabra “autónomo”, ya que, en este caso, encierra en sí misma un carácter de cierta soberanía, libertad y hasta se podría entender que hace alusión a la emancipación laboral. Incluso si se amplía su definición, de acuerdo a lo que la ordenanza dictamina en su conceptualización, se llega a notar un “deseo propio” cuando, en varios de sus pasajes, esta se refiere de la siguiente manera, por ejemplo: “Las disposiciones de la presente ordenanza son aplicadas a las trabajadoras y trabajadores autónomos que ejerzan, o **quieran ejercer** (las negrillas es nuestra), actividades de comercio autónomo en el espacio público del territorio del Distrito Metropolitano de Quito” (Consejo Metropolitano de Quito 2009).

La Ordenanza Metropolitana 0280. muestra una problematización de sus definiciones por lo cual es difícil realizar un balance más agudo de postura, y por ello, se asume que deliberadamente toman el concepto de “trabajo autónomo” como parte de las relaciones laborales de los vendedores ambulantes; relaciones que, para el Municipio de Quito, necesita ser regulada y para ello, se realiza una clasificación basada en las actividades de comercio y servicio en bienes de uso público que a continuación se apunta:

1. **Trabajadores autónomos fijos:** se encuentran en espacios de uso público fijos, ubicados en una jurisdicción administrativa zonal delimitada con una calle principal y una secundaria.
2. **Trabajadores autónomos semifijos:** laboran en una jurisdicción administrativa zonal en un radio de acción determinado y por un tiempo establecido.
3. **Trabajadores autónomos ambulantes:** son aquellos que se desplazan por todo el distrito.
4. **Trabajadores autónomos ocasionales/temporales:** laboran en sitios específicos como ferias y espectáculos públicos.
5. **Trabajadores autónomos en transportación pública:** realizan sus actividades de comercio al interior de las unidades de transporte público (Ulloa y Suarez 2020).

De esta instancia y sus definiciones, se identifica que, para la ordenanza en cuestión, el “trabajo autónomo” está implícitamente vinculado a las nociones del trabajo ambulante y, en consecuencia, a lo que tradicionalmente se conoce hasta ahora como trabajadores “informales”. No obstante, la agrupación resulta confusa, ya que podría abarcar grandes grupos y organizaciones laborales sin mayor distinción entre las actividades.

Investigaciones como, por ejemplo: “La realidad del mercado informal de Quito en tiempos de pandemia COVID-19, 2020” (Miranda, Zambrano, Castellanos y Zatzabal 2021) o “Una mirada al empleo informal en Quito” (Ulloa y Suárez 2020), son una muestra clara de la utilización de estas combinaciones conceptuales entre: trabajo ambulante, trabajo autónomo e “informalidad”, ambas sin mayor problematización, diferenciación o especificación de las relaciones laborales de estos grupos. Además, investigaciones como las citadas dan cuenta de cómo prima el enfoque binario de la “informalidad” en los estudios relacionados con el trabajo, a nivel nacional.

La clasificación de los “trabajadores autónomos” realizada en la ordenanza municipal 0280, tampoco realiza mayor especificación de la que hasta aquí se ha citado, por lo cual se presta a confusiones en la comprensión del ser de la informalidad vista en Antunes (2012) y su propuesta de una fenomenología de la informalidad. Las diferencias que intenta dar la ordenanza cada uno de los grupos no es claro, incluso olvida el tipo de actividades que realiza cada grupo y por tanto las relaciones de producción que podrían acarrear cada una de ella.

En los anteriores pasajes de esta investigación, se puede notar que tanto De la Garza (2013) como Antunes (2012), se han acercado al denominado “trabajo autónomo”; para ambos autores esta es una forma de trabajo vinculada a las formas de trabajo familiares, comunitarias, donde la fuerza de trabajo es usada por cuenta propia. Comprender estas primeras nociones llevan a pensar en distintas economías que subyacen al límite de las economías tradicionales y dominantes. Dinámicas económicas que comúnmente están atravesadas por lógicas andinas o comunitarias, “con prácticas económicas, sociales y festivas locales, que dan cuenta del denso mundo de economías familiares y redes de compadrazgos en los Andes” (Tassi, Arbona, Giovanna y Carmona 2012, 95). Estas definiciones, ayudan a comprender además las múltiples formas de trabajo y economías que surgen desde la marginalidad y de la subalternidad, entre las cuales parecería estar ubicado el trabajo autónomo.

Ahora bien, respecto a la autonomía, esto no quiere decir que sean economías anticapitalistas (Tassi, Arbona, Giovanna y Carmona 2012), como señala Antunes (2012, 50) “Este género de trabajadores informales contribuye a que se haga efectiva la circulación y el consumo de mercancías producidas por empresas capitalistas”. Incluso, retomando ideas de Bennholdt-Thomsen (1981) y Pérez (1991) se podría afirmar que estas formas de trabajo son parte de la nueva organización del trabajo, en una notoria inclinación hacia la precarización. En ese sentido, la autonomía es relativa, pues como busca demostrar en los siguientes capítulos, la

venta ambulante de artículos de consumo masivo, es una forma de evitar cualquier compromiso contractual con el trabajador, transfiriéndoles a estos la responsabilidad de la reproducción de la fuerza de trabajo; “La fuerza de trabajo gastada se paga a través del producto y no directamente, en forma de salario” (Bennholdt-Thomsen y Garrido 1981, 1533).

Se entiende, entonces, que la condición de la autonomía de estos trabajadores, recae en la posibilidad que habilitar los propios recursos y los de sus familias (que por lo general son escasos), ante la precariedad a la que son condenados por la organización económica actual. Con estos recursos: el ingenio, la improvisación, la deuda y la fuerza de trabajo, estas personas conseguirán producir los medios de subsistencia mínimos para sostener la vida.

La autonomía laboral desde la lectura de Antunes (2012), Vejar (2017) y (Denning 2011) ubica como primera condición el uso de las propias fuerzas de trabajo que, en muchos casos, son realizados desde la marginalidad y la subalternidad de las economías dominantes. Sin embargo, como lo advierte Cueva (1988) y Unda (1995) no se puede confundir estas dinámicas de subsistencias con otros tipos de enfoques como el emprendurismo o pensar que estos sean unos visionarios de la economía, como se los muestra en las ordenanzas municipales que norman actividades como el trabajo ambulante.

Por otro lado, es importante alimentar esta discusión con los elementos planteados por Thomsen-Bennholdt (1981), quien pone en cuestión aquellas ideas de soberanía y de que las personas y colectivos marginales están por fuera del sistema y que accionan desde ahí con cierta “autonomía”. Para Thomsen-Bennholdt (1981) y Pérez (1991) los grupos marginales tienen una función en la organización del capital; “son incorporados marginalmente a la producción capitalista (Pérez 1991, 16)”. En ese sentido, la autonomía de estas poblaciones es polémica, ya que, en gran parte de sus circunstancias, siguen dependiendo y contribuyendo con la organización de determinado proceso productivo y de mercado.

Una vez realizado estos planteamientos, se sostiene que, utilizar algunos de los argumentos planteados para comprender de mejor manera al grupo objetivo, al cual se sostiene que es adecuado denominarlo “trabajo ambulante” y entendiendo, por esto, a un tipo de trabajo no asalariado, que implica, en muchas ocasiones, un trabajo colectivo y familiar, que transgrede el espacio clásico del trabajo y sus relaciones contractuales, y que además es realizado desde los límites sociales, culturales, políticos del capitalismo, por las poblaciones más marginales.

1.10. Migración y marginalidad laboral

Procurando definir y delimitar aún más el grupo de estudio de esta investigación, resulta importante detenerse en otro de los aspectos que caracteriza de alguna manera al trabajo ambulante en los últimos tiempos, es decir, la migración. La migración como fenómeno social ha estado vinculado en varias ocasiones a análisis y representaciones del “desarrollo” desde los años setenta sobre todo por las largas y sostenidas dinámicas migratorias en América Latina (Herrera 2014); y que están profundamente relacionadas con el ámbito del trabajo. A continuación, se propone algunas ideas para comprender esta vinculación y, sobre todo, para entender las condiciones que en la actualidad tienen las poblaciones migrantes; condiciones que se vuelven importantes al momento de optar por uno u otro tipo de trabajo.

Para comprender algunos de los rasgos del fenómeno migratorio actual, hay que comprender algunas de las decisiones tomadas ante la crisis capitalista de los años setenta, ya que estas dejaron una fuerte tendencia hacia “la reducción del proletariado industrial, fabril, tradicional, manual *estable y especializado*, heredado de la era de la industria verticalizada” (Antunes 2005, 94). Esto último se debe a que el desarrollo de la tecnología y la introducción de maquinaria automatizada, provocando la desvinculación masiva de empleados industriales (Pellegino 1995), orillando a una buena parte de ellos, a situaciones de precariedad y, con ello, el deterioro en el nivel de vida.

Para Espinosa (2013), estos cambios son consecuencia de un proceso de neoliberalización de la producción y del trabajo, aplicado en las décadas de los ochenta y noventa: “De este modo, el crecimiento de la desigualdad social en prácticamente todos los países fue la norma” (Espinosa 2013, 55). Lo que provoca, entre otras situaciones, económicas, políticas y sociales, una relación de permanente movilización de las poblaciones. Como señala Pellegino (1995, 180), “la integración económica de los países tiende, más que a reducir, a incrementar las presiones migratorias”, ya que provocaba grandes desplazamientos poblacionales hacia los territorios de mayor inversión.

Es necesario por ello, comprender que los movimientos migratorios no ocurren en abstracto, pues estos se corresponden con momentos históricamente concretos de la organización económica, política, jurídica, social, pero, además, a las características de sus culturas e individuos (Roldán 2011). En muchas ocasiones, los movimientos migratorios estuvieron sujetos a la creación de mercados laborales a nivel global y cada uno respondía a una situación específica. Los contextos internacionales marcados por fuertes asimetrías e interdependencias globales, han sido el impulso y estímulo para la movilidad de las personas (Castles 2013; Martínez & Vono 2005).

Al utilizar nuevas tecnologías de transporte y control se tornó posible dividir y desplazar fuera del país (outsourcing) las distintas etapas de la producción y así construir cadenas globales de producción, al tiempo que se conservaba el control y las ganancias dentro de las corporaciones multinacionales, todavía con sede, en gran medida, en Estados Unidos y en otros países altamente desarrollados (Castles 2013, 23).

Tanto Castles (2013) como Roldán (2011) y otros autores, concuerdan con que el auge de la migración laboral moderno se dio a partir de los años ochenta, coincidiendo con la conformación de mercados internacionales, la expansión de un determinado sistema de relaciones sociales en el mundo (Herrera 2014) y la frustrada industrialización en América Latina (Vásconez 2018). Para estos autores, los flujos migratorios respondían a las necesidades laborales de los países del centro capitalista, como, Europa y Estados Unidos:

Los gobiernos de los Estados capitalistas centrales en Europa occidental y Estados Unidos promovían la inmigración para contar con fuerza de trabajo en los empleos que rechazaban los trabajadores locales y para reducir la presión al aumento de salarios (Castles 2013, 16).

Este proceso de “migración laboral internacional”, como lo denomina Roldán (2011), están marcadas, además, por las condiciones de vida y crisis que se vivía en la región latinoamericana: “un conjunto de factores vinculados al lugar de origen del migrante, casi todos ellos negativos: sobrepoblación, pobreza, escasez de tierra, salarios” (Roldán 2011, 450), en contraste con lo que se ofrece en los lugares de destino: empleo, salarios altos, educación, salud, entre otros servicios sociales.

Para Castles (2013, 23), esto ocurre debido a que las economías postindustriales “necesitaban grandes cantidades de trabajadores de escasa capacitación para atender las necesidades de las élites”; en concreto, trabajadores de servicios que desempeñaran actividades, como, por ejemplo: trabajo de la construcción, jardinería, trabajo doméstico, personal de cuidados personales, limpiadores, cocineros, entre otras funciones que las fuerzas laborales locales no estaban dispuestas a asumir, ya que estos tenían buenas oportunidades educativas y rechazaban el trabajo de escasa capacitación (Castles 2013).

Pellegino (1995) afirma, por su lado, que las políticas de ajustes económico, tanto a nivel estructural y regional, provocó la expansión del trabajo precario, así como de la informalidad, el autoempleo y al trabajo por cuenta propia. Para Antunes (2005, 95), “estos puestos de trabajo eran ocupados primordialmente por los inmigrantes”. Y ésta última afirmación se debe a que se comprende que las nuevas formas de acumulación y la intensificación del sistema productivo solo es posible, entre otras cosas, con “la utilización del trabajo de los inmigrantes

y la expansión de los niveles del trabajo [...] bajo condiciones criminales” (Antunes 2005, 185). Con la precarización y flexibilización del trabajo se ven obligados a realizar horas extras, aceptar horarios flexibles, para cumplir con las demandas patronales y en muchas ocasiones a un ritmo de trabajo sobrehumano para poder cumplir metas de producción (Useche 2002). Si bien señala Pellegino (1995, 185) que, “La tendencia de la migración internacional difiere según las distancias, las configuraciones geopolíticas y las cronologías que adoptaron los ritmos del crecimiento económico y de la población en los diversos países y regiones”, por otro lado, en América Latina, se instauró una cultura emigratoria desde los años setenta, de que las formas de prosperar están fuera de las fronteras (Vignoli 2004), es decir, migrando, movilizándose hasta los países de mayor desarrollo capitalistas.

Los movimientos migratorios han sido diversos en el caso de Latinoamérica, y aunque pueden estar marcados por la distancia y el costo de un viaje, como lo afirma Pellegino (1995), es verdad también que “suele apelarse a una expresión genérica: las condiciones de vida” (Vignoli 2004, 20), cuyo punto central son las “crudas” realidades de la mayoría de personas de esta región (Narotzky 2020). Un ejemplo de las diferentes tendencias migratorias que han existido a nivel regional es lo que ha ocurrido en los últimos años, entre otros tantos casos, con el éxodo venezolano. Fenómeno migratorio que ha tenido un fuerte impacto en Ecuador en varios ámbitos, pero sobre todo en el trabajo:

Si bien en un inicio los venezolanos salieron de sus fronteras hacia países como España y Estados Unidos, en los últimos años han sido los países de la costa del Pacífico suramericano los que más han recibido a dicha población. Colombia, Perú y Ecuador son los principales destinos de los venezolanos migrantes, pero también son países de tránsito hacia otros como Argentina y Chile (Ramírez, Linares y Useche 2019, 2).

Acosta, Blouin y Freier (2019) muestran al menos tres etapas de la emigración venezolana: Una primera fase, a inicio de los años 2000, estaría marcada por la migración principalmente de personas de las clases medias-altas y empresarios. Las causas estarían relacionadas con las tensiones políticas y la nacionalización de varias industrias en Venezuela. Entre sus principales destinos estarían Estados Unidos y Europa. En una segunda fase, en el 2012, “coincidió con el *boom* de las materias primas latinoamericanas” (Acosta, Blouin y Freier 2019, 4), aquí, los perfiles de quienes migraban fueron más diversos, incluidas las clases populares y clases medias (Ramírez, Linares y Useche 2019) y aunque los principales destinos aún seguían siendo Estados Unidos y Europa, varias personas se establecerían en países vecinos como Colombia, Ecuador, Panamá, entre otro. Una tercera fase se caracteriza

por una fuerte crisis social que perdura hasta el 2019, y que incluía la falta de medicina y alimentos. Esto provocaría una “migración desesperada”, donde varias personas y familias enteras; de distintos extractos sociales, nivel educativo y profesión, se desplazarán a varios partes del mundo.

Según datos de la Comunidad Andina - CAN (2020), el 60% de los 5 millones de ciudadanos venezolanos se encuentran dispersos en países como: Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú. Siendo aproximadamente 362 millones de personas venezolanas las que se encuentran en Ecuador (CAN 2020), y donde unos de los principales atractivos para esta migración es el dólar (Ramírez, Linares y Useche 2019); razón por la cual muchos se quedan a trabajar en este país.

No obstante, las dificultades para regularizar la documentación de los migrantes venezolanos son muchas. En Ecuador, las políticas migratorias han tenido cambios a partir de esta estampida migratoria: la libre movilidad y facilidades de residencia para la migración intrarregional amparada en el concepto de ciudadanía suramericana cambió en los últimos años. (Ramírez, Linares y Useche 2019). Lo que ha llevado a que muchas de las personas que se dediquen a actividades de comercio informal o a trabajar en áreas no relacionadas con su formación profesional.

Conclusiones

A lo largo de este capítulo se han expuesto algunos de los conceptos con los que frecuentemente son relacionados las y los trabajadores ambulantes de la calle, donde la acepción más universal, ha sido el del “trabajador informal” que, como se ha visto, es propuesta por las organizaciones internacionales del trabajo, basada en el enfoque desarrollista. Concepto que podría abarcar un sin número de relaciones sociales en torno al trabajo, pero que poco o nada dice de las relaciones concretas que viven los trabajadores marginales y populares dedicados al ambulante.

Lo que se ha buscado, es mostrar los fundamentos técnicos del enfoque de trabajo formal e informal, pero también las pretensiones ideológicas que esta acarrea; la construcción de una moral del trabajo que juzga lo formal como aquello que es deseado por los trabajadores y lo informal como todo lo que incumple las leyes, lo no válido, lo rechazable. Estas nociones tienen consecuencias políticas en quienes solo cuentan con la posibilidad de conectar con el mercado laboral por medio de este tipo de labores que se generan desde la marginalidad y la vulnerabilidad social de estas personas. Quizá, una de las implicaciones más evidente es la

persecución y hostigamiento que sufren estas personas por parte de la autoridad nacionales y metropolitanas.

Así mismo, se ha planteado algunas de las ideas respecto al concepto de “trabajo autónomo”, otro de los conceptos difundido, sobre todo, en la política pública municipal. Por un lado, se ha mostrado sus debilidades conceptuales en la planificación y operatividad de una política pública dedicada a la regulación de las actividades de comercio en las calles y, por otro lado, se ha ampliado la discusión de este concepto con especial énfasis en la autonomía relacionada con este tipo de actividad comercial. Por último, la definición del trabajo autónomo, lleva en sí misma, una disputa ideológica, como lo han hecho notar Cueva (1988) y Unda (1995), ya que ha sido utilizado por las corrientes empresariales y mercantiles para promover una serie de actividades económicas, casi siempre a pequeña escala, reforzando el discurso del emprendurismo, el crecimiento personal y el señalamiento de los nuevos visionarios de la economía.

Con todo un debate abierto al respecto, y con todos los elementos de los conceptos que a lo largo de este capítulo se han explicado, se plantea que el “trabajo ambulante”, es la denominación adecuada para definir actividades de autoempleo que consisten en la venta ambulante en las calles, de artículos de consumo inmediato. Esta denominación posibilitaría pensar de manera ampliada uno de los tantos modos de ser de la “informalidad”, como lo es la venta ambulante, tanto en términos sociales, políticos, económicos, culturales como psicológicos.

Por otro lado, al ser este tipo de trabajo uno de los más frecuentes en los sectores populares y marginales de la sociedad, hay que tomar en cuenta que estos sectores están hoy en día conformados por la población migrante. Como ya se ha planteado, los flujos migratorios, sobre todo el venezolano, han tenido un fuerte impacto en el Ecuador; y, frente a la imposibilidad de que esta población se regularice en el país, se ven desprovistos de varios derechos, entre ellos, el derecho al trabajo. Tener en cuenta el contexto migrante es importante cuando se intenta abordar y analizar las actividades de trabajo para la subsistencia. Tanto la comprensión del trabajo ambulante y las características de la migración (sobre todo venezolana), permite acercarse, de algún modo, a un “ser” social mucho más concreto; y uno de los tantos modos de “ser” de la informalidad.

En la organización social del trabajo moderno, las poblaciones migrantes han sido sometidas a varias condiciones de marginalidad social. Como se demostrará en los siguientes capítulos, muchos de ellos se encuentran desprovistos de la posibilidad de vender su fuerza de trabajo,

más, sin embargo, son conectados bajo distintas lógicas al mercado local, formas donde resalta mucho el autoempleo, el parentesco, las redes vecinales y la organización familiar para el trabajo.

Capítulo 2. Migración y marginalidad laboral: un acercamiento a las dinámicas de vida de los trabajadores ambulante migrantes del centro histórico de Quito.

Para lograr cumplir con los objetivos planteados para esta investigación, se propone realizar un acercamiento empírico a un grupo de trabajadores ambulantes, exclusivamente masculino y migrante. Esto con la intención de precisar, por un lado, las relaciones de producción y trabajo que se genera en la venta ambulante de calle y, por otro, las relaciones de género y concretamente las de masculinidad, por las que atraviesan estas personas.

Por medio de un primer informante clave, y usando el método de “muestreo de bola de nieve”, se realiza el contacto directo con varios hombres dedicados a este tipo de actividades en el centro histórico de Quito. De esa manera se logra articular un grupo de hombres, de un total de ocho personas, al cual se aplica entrevistas semiestructuradas, se organiza un grupo focal y se realiza la observación participativa durante tres meses, con el objetivo de rastrear aquellas dinámicas sociales y cotidianas de interés para este estudio.

Es necesario mencionar que, en un primer momento, se contemplaba conformar un grupo de hombres de distintas nacionales, incluyendo a los trabajadores locales: ecuatorianos, colombianos, cubanos y venezolanos, sin embargo, esto ha resultado complicado, sobre todo con los trabajadores ambulantes ecuatorianos; el recelo, la desconfianza y la duda que estos tienen de la gente extraña a su cotidianidad, a su círculo social y familiar (completamente legítimas), es algo que ha impedido construir relaciones de confianza con los vendedores locales. No obstante, quienes se han visto más accesible a esta investigación, son los vendedores ambulantes extranjeros que en su mayoría son migrantes venezolanos y colombianos. De ahí que se haya puesto énfasis en el capítulo anterior, en la comprensión de los fenómenos migratorios y, entre otras cosas, la inserción laboral de estas poblaciones y su participación en la economía de ecuatoriana.

A continuación, se desarrollan los principales hallazgos etnográficos del acercamiento a un grupo de ocho hombres migrantes, que desde su llegada a Ecuador se han dedicado al trabajo de venta ambulante de artículos de consumo inmediato en varios puntos del centro histórico de Quito. Por medio de técnicas participativas y de observación se busca reconstruir la memoria de su viaje hasta Ecuador, en relación con las expectativas y realidades que deja su tránsito migratorio, así como también las dinámicas relacionales que les rodea en el día a día.

2.1. Hombres migrantes: trabajo, fuerza y miedo

La llegada masiva de migrantes a Ecuador tiene consecuencias directas en su población; los efectos directos se reflejan en la economía, demografía, mercado laboral, vivienda, transporte, servicios básicos y servicios sociales (Fierro 2021). Depende, además, del tiempo de permanencia y llegada al país (Ramírez, Linares y Useche 2019), esto debido a que en los últimos gobiernos han existido periodos de mayor o menor accesibilidad para su acogida, por ejemplo: programas sociales de vinculación laboral para extranjeros, facilidades para realizar solicitudes de residencia y visado, entre otros. Contextos que son determinantes en el estatus social de varias de estas personas que buscan mejores condiciones de vida para ellos y sus familias.

Tanto Ramírez, Linares y Useche (2019) y Fierro (2021), coinciden en que, desde los años 2017 y 2018, hubo una masiva afluencia migratoria venezolana hacia Ecuador. Años en que los flujos migratorios se caracterizaban por tener a personas de diferentes estratos sociales: clase medias y altas, incluso de los estratos sociales más bajos y marginales. Todos huyendo de una crisis social y económica que hasta la actualidad no ha podido ser controlada por el Estado venezolano (Ramírez, Linares y Useche 2019).

Los años en que hubo una mayor afluencia migrante venezolana según, Ramírez, Linares y Useche (2019) y Fierro (2021), coinciden con la llegada de un grupo de hombres venezolanos con quienes se logra construir un grupo de trabajo, con el fin de poder conocer a profundidad de las dinámicas sociales en las que se ven inmiscuidos. Por medio de trabajos grupales, entrevistas semiestructuradas y la observación de sus actividades cotidianas, se busca adentrarse en el modo de “ser” de los trabajadores ambulantes migrantes, del centro histórico de Quito.

2.2. El grupo: hombres migrantes

Joel es el primer informante, un hombre de 47 años de edad y de nacionalidad venezolana. Migró a Ecuador con sus dos hijos hace ya cuatro años (2018). Actualmente, se dedica al comercio de aguas y energizantes en el centro histórico de Quito. Aunque ha buscado otras posibilidades de ingresos desde su llegada al país, no ha logrado conectarse con el sector petrolero, que es el área donde se ha profesionalizado y trabajado la mayor parte de su vida en su país de origen.

Gracias a él y su disposición a colaborar con esta investigación, se logra realizar el contacto un número aproximado de quince trabajadores ambulantes de distintas nacionalidades y edades, sin embargo, el cuidado y el recelo por dar información de sus actividades (que

socialmente son vistas como “ilegales” o “informales”), ha impedido que sea posible estrechar lazos de colaboración y confianza con todos estos hombres. Muchos de los extranjeros dedicados a la venta ambulante temen que la información que puedan compartir les comprometa con las instituciones migratorias o municipales, por otro lado, los trabajadores ambulantes locales: ecuatorianos, desconfían; se muestran poco accesibles y esquivos a cualquier tipo de relación que se quiera entablar con ellos.

A pesar de estos inconvenientes, ocho hombres aceptaron compartir sus experiencias migratorias, laborales, familiares y de vida, y es con ellos con quienes se logra realizar un acercamiento importante a lo largo de tres meses: de febrero hasta mayo de 2022. Este grupo de organiza de la siguiente manera: siete son de nacionalidad venezolana y uno de nacionalidad colombiana. Todos ellos dedicados a la venta ambulante; se los presenta a continuación, según el orden de aparición en esta investigación.

William, un hombre de 77 años de edad, llegó a Ecuador hace 4 años (en el 2018). Desde su llegada se ha dedicado a la venta de esferos, fosforeras y tabacos. Cree que su edad ha sido uno de los principales obstáculos para conectar con algún trabajo relacionado con la ingeniería petrolera, que es el sector donde se ha desenvuelto como trabajador, durante casi toda su vida en Venezuela, su país de origen.

Brayan, joven de 27 años de edad y nacionalidad colombiana. Lleva apenas un año en el país (desde 2021). Después de buscar alternativas de trabajo en Brasil, Bolivia y Perú, piensa radicarse en Ecuador, donde vive con su pareja de 25 años de edad y su hijo de 5. Él se dedica a la venta de caramelos, en distintos puntos de la ciudad, aunque últimamente su trabajo se ha concentrado en el centro histórico de Quito. Pese a que ha buscado trabajo, principalmente en mecánica, que es en el área que se ha especializado, no ha tenido mayor éxito.

Carlos, de 43 años de edad, lleva cinco años en Ecuador (desde 2017), país a donde primero llegó su hijastro de 21 años de edad. Se dedica a la venta de camisetas (franelas), en la calle Chile del centro histórico de Quito; trabajo con el que se sostiene él, sus hijos, su esposa y su madre. Todos de nacionalidad venezolana. Trabajó durante dieciséis años en el aeropuerto de Caracas y sus conocimientos están ligados a la atención al cliente, por lo que se le ha hecho difícil conseguir un trabajo similar y se ha visto en la necesidad de dedicarse a la venta ambulante.

William A. joven de 29 años de edad, oriundo de Venezuela. Lleva un año en el país y desde su llegada se ha dedicado a la venta ambulante de energizantes y aguas embotelladas en el

centro histórico de Quito, su principal zona son los semáforos de la calle Chile: de occidente a oriente. Su familia, su expareja e hija de dos años de edad, se encuentra en Colombia. Piensa en los próximos días viajar a Perú, donde espera tener mejores oportunidades para su vida y poder enviar dinero a su hija.

Jesús, un hombre de 35 años de edad, llegó a Ecuador hace ocho meses (en el 2021) en compañía de su hijo de 14 años, ambos vienen de Venezuela. Desde su llegada al país, este hombre se ha dedicado a la venta ambulante de agua embotellada, tabacos, paraguas, incluso ropa que pudo obtener a consignación. En su país realizó oficios de atención al cliente y panadería, sin embargo, en Ecuador no ha logrado conectar laboralmente con ninguna de esas ramas.

Fernando, con 31 años de edad, llegó a Ecuador hace cuatro años (2018). Vive al sur de la ciudad, junto con su esposa y su hija de apenas 1 año de edad. Ha ejercido diferentes oficios como la barbería, atención al cliente y en la actualidad se dedica a la venta de micas de vidrio para teléfonos y todo lo relacionado a la tecnología celular. Su lugar de trabajo se encuentra en el centro histórico de Quito, específicamente en las calles Chile y Cuenca.

Edison, hombre de 21 años de edad, lleva cinco años en Ecuador (desde 2016). Actualmente, vive con sus padres, su hija y su pareja, todos venezolanos. Desde que llegó al país se dedicó a trabajar en restaurantes y cafeterías, sin embargo, desde el inicio de la pandemia y la emergencia sanitaria derivada de la COVID-19, se quedó desempleado. Desde entonces se ha dedicado a la venta ambulante de tecnología para celulares: micas, cargadores, estuches, entre otros productos.

Con este grupo de hombres se realiza, entre otras actividades, el trabajo grupal por medio de la técnica de “grupo focal”, donde se plantea la intención de conocer el viaje que ha hecho cada uno de ellos hasta llegar a su destino actual, Ecuador. Esto con la intención de percibir las emociones y sensaciones que comprende tomar la decisión de migrar:

Foto 2.1 Taller grupo focal, 2022



Fuente: Foto del autor (2022, febrero 24)

Aquí, nociones como el miedo, la incertidumbre, el trabajo, el desempleo, la ilegalidad, son vividas de diferentes maneras por cada uno de estos hombres. Reconocer los afectos que marcaron sus viajes es reconocer el ámbito de las emociones que, justamente por ser hombres, se les han sido prohibidos y/o negadas.

Por otro lado, se ha señalado anteriormente, este ejercicio está relacionado profundamente con las condiciones y expectativa de vida de las personas. La búsqueda de mejores oportunidades salariales y de vida marcan notoriamente las motivaciones de estos hombres migrantes. Muchos de ellos esperan que en Ecuador puedan valorar sus conocimientos en distintos oficios y así lograr conseguir mejores condiciones de vida por medio de la venta de su fuerza de trabajo. Como señala Ramírez, Linares y Useche (2019) una economía dolarizada resulta atractiva para quienes un salario mínimo representa 1'800 bolívares, lo que equivale a 7,50 dólares. Situación que provoca que muchas personas profesionales o no, se encuentren en una sobrevivencia extrema en Venezuela, razón por la que deciden migrar.

Esta última afirmación se refleja en el grupo de trabajo, como, por ejemplo, Joel y William, los más adultos del grupo, estudiaron carreras técnicas de electricidad y han trabajado por años, antes de salir de Venezuela, en el sector petrolero. Ambos lograron ser supervisores en sus antiguos trabajos y llegaron a Ecuador con la confianza en que se puedan vincular a esa misma rama productiva, hasta hoy sin mayor éxito.

El caso de Edison, Fernando, Brayan y William A. es muy similar. Ellos terminaron los estudios de bachillerato y llegaron a cursar institutos tecnológicos y de especialización en sus países de origen. Desarrollaron habilidades en el ámbito de la guardianía, la mecánica y electrónica, sin embargo, esos oficios y conocimientos no les ha garantizado la posibilidad de un trabajo en sus países.

Por otro lado, Jesús y Carlos, después de terminar el colegio, trabajaron en el sector de atención al cliente, sin desarrollar algún oficio especializado; lo que es una dificultad aún mayor al momento de buscar un empleo. Estas, entre otras situaciones como el “boicot en suministros de artículos de primera necesidad, embargo comercial y sanciones internacionales promovidos por la oposición y los Estados Unidos, ha dado como resultado la aceleración de los flujos migratorios” (Ramírez, Linares y Useche 2019, 6).

2.3. El viaje: ilusión y miedo³

Como se ha señalado anteriormente, uno de los propósitos de esta investigación es precisar las relaciones de masculinidad que viven estos hombres migrantes. En ese sentido, y siguiendo la ruta que ellos han atravesado desde su país hasta su lugar de destino; es claro, en un primer momento, que la decisión de migrar acarrea muchas responsabilidades para ellos, mismas que producen sensaciones contradictoras como la ilusión y el miedo, aunque ellos no las puedan identificar con total claridad y conciencia de ello.

Para profundizar más sobre aquello, se propuso un trabajo grupal sobre las memorias de su tránsito migratorio, desde su lugar de origen hasta Ecuador. Esto con el fin de conocer sus propósitos por el cual migraron, pero, además, para comprender de manera directa o indirecta, aquellas emociones, sensaciones y sentimiento que deja en ellos el viaje.

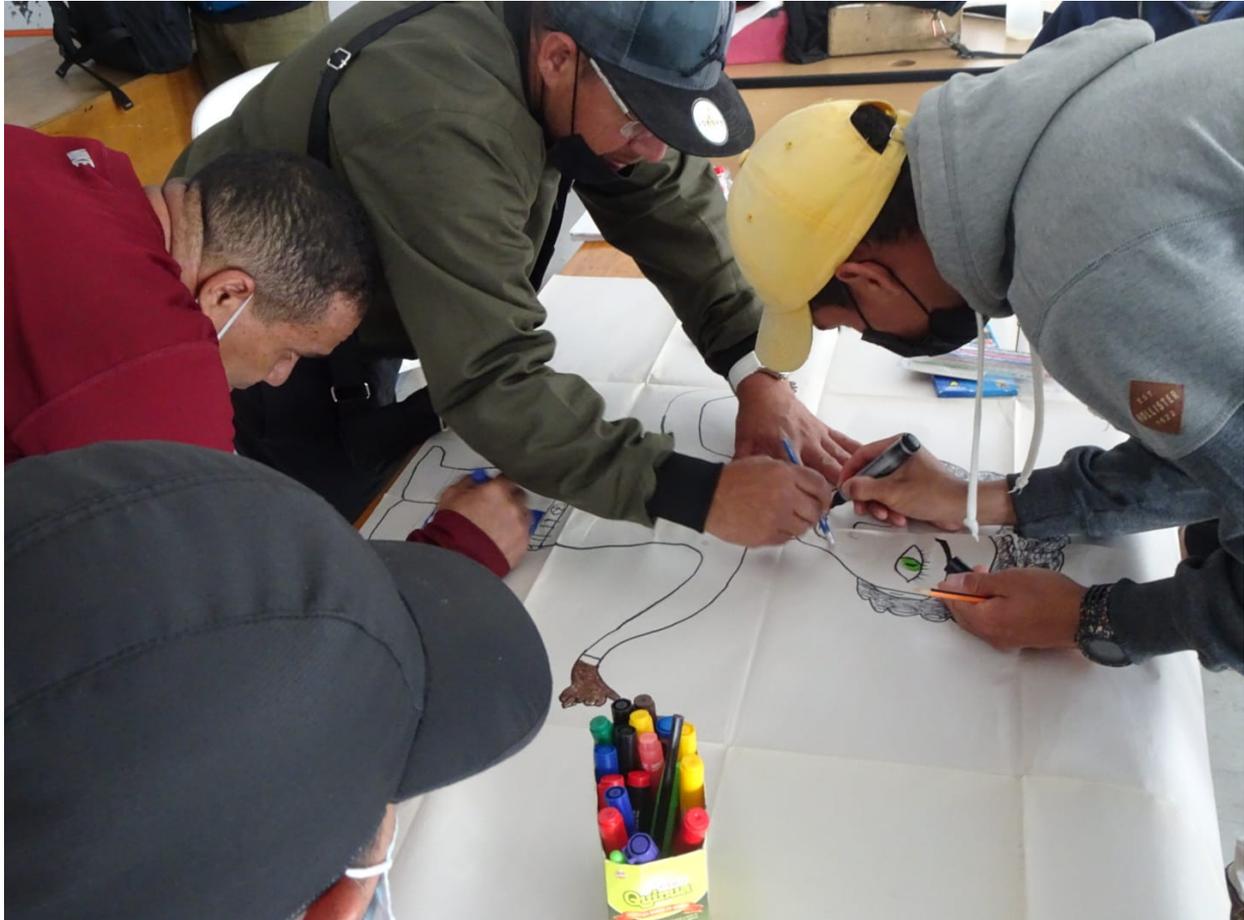
Este ejercicio colectivo se organizó en dos momentos. El primero donde identificaron todas las ideas y nociones que ellos tienen en torno a los hombres. El segundo momento, fue reconocer que estas emociones e ideas de la hombría y la masculinidad estuvieron presentes indistintamente en sus viajes y en las diferentes actividades que realizan en sus trabajos.

2.3.1. Primer momento: Siluetas

³ Pese a la insistencia en la convocatoria para reunir a los 8 hombres, solo 6 de ellos participaron en este taller colectivo; los otros dos, William A. y Brayan, no lograron acompañarnos por dedicar este tiempo a sus actividades cotidianas relacionadas con sus trabajos.

En un primer momento, dibujaron colectivamente una silueta masculina, donde cada uno de estos hombres colaboró activamente. Después pasaron a describir sobre la silueta masculina con las siguientes características:

Foto 2.2. Taller grupo focal, 2022



Fuente: Foto del autor (2022, febrero 24)

“Responsabilidad, perseverante, fuerza, proteger a la familia, testosterona, fe y amor, trabajador, preocupación” (Grupo focal, 24 de febrero de 2022).

Cuando se insiste y ahonda un poco más en aquellas primeras nociones del “ser hombre”, ellos reconocen que ese hombre también siente:

Foto 2.3. Taller grupo focal, 2022



Fuente: Foto del autor (2022, febrero 24)

“Miedo, temor, dolor, responsabilidad, crianza, respeto, perseverancia y un ser detallista (amoroso)” (Grupo focal, 24 de febrero de 2022).

Entre otras cosas, es lo que para ellos significa el “ser hombre”. El ejercicio muestra que emociones como el dolor lo ubican en el pecho de la silueta, pero además en sus extremidades: brazos, manos y piernas. Lo mismo ocurre con actividades como el trabajo, vinculado especialmente a las manos y las piernas, debido al tipo de actividades económicas que ellos realizan: el trabajo ambulante.

Por otro lado, la crianza es otra de la característica que llama la atención en este ejercicio, ya que ellos lo vinculan con la posibilidad de cuidar de la familia: “físicamente y mentalmente” dicen Fernando y Edison. Es decir, su rol en la crianza de sus hijos está presente en el sacrificio de su cuerpo: manos y piernas, partes fundamentales para realizar la venta ambulante. Es decir, un aspecto moral como hombres es el proteger y criar a sus hijos materialmente, cumpliendo con un rol más relacionado con la manutención económica como se verá más adelante.

2.3.2. Segundo momento: Los mapas

Para este momento, se usan mapas de América Latina en pliegos, donde cada uno de los hombres muestre la ruta que tomaron hasta llegar a Ecuador y, en concreto, hasta Quito. Seguido de esto, se les propone que cada uno de ellos apunte las emociones que han tenido y recuerdan durante el viaje y, ubicándolas en cada uno de sus mapas, hablen un poco de ellas.

En su mayoría, el viaje hasta la primera frontera: Venezuela - Colombia, duró entre 6 a 12 horas. El paso hasta la segunda frontera fue distinto en cada uno, ya que algunos viajaron directo hasta el límite de Colombia - Ecuador, durante otras 36 horas más, mientras que otros se detuvieron por meses en distintas partes de Colombia, para poder trabajar y conseguir dinero para el resto de su viaje.

Cada uno de ellos participa activa y relajadamente; comentan de dónde vienen (país), y de qué departamento (provincia), son provenientes. La mesa de trabajo de pronto se convierte en un espacio de reconocimiento y aprendizaje mutuo. Mientras colorean sus mapas, se interrogan uno al otro, se ríen, comparten bromas entre ellos; repitiendo refranes y expresiones de su país. Aunque sus caminos comienzan en distintos puntos de su país, en la medida que estos avanzan, los caminos se vuelven comunes hasta el punto de llegada. Para mucho de ellos fue nuevo y hasta extraño pensar sobre su viaje desde una perspectiva emocional.

Foto 2.4. Taller grupo focal, 2022



Fuente: Foto del autor (2022, febrero 24)

En la mesa de trabajo reconocían abiertamente que sentían curiosidad, expectativas, incertidumbre, pero había sentimientos que no eran fáciles de reconocer para ellos. Para profundizar el ejercicio se van realizando algunas preguntas: ¿Sintieron miedo? ¿por qué? ¿Dónde? logrando así que cada uno reconociera su propio miedo y frustración que significaba su viaje. Carlos, por ejemplo, que había comentado en un primer momento que su viaje “fue un viaje normal” reconoció después que salir de su país le produjo sensaciones como: tristeza y nostalgia.

Durante la conversación colectiva, poco a poco, se pudo notar que el miedo se vuelve común cuando estos hombres y sus familias llegan a la primera frontera: Venezuela - Colombia. Como se mencionaba, el paso por este nuevo país es distinto para cada uno. Jesús demora 3 meses en cruzar Colombia, ya que necesitaba trabajar para mantenerse a él y su hijo. Otros hombres transitaron por este país en bus y unos con más carencias que otros: Joel, por ejemplo, recuerda que cuando estaba en Colombia tenía mucha hambre y miedo (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Fernando: Yo sentí miedo en el paso de las fronteras. Cuando crucé la frontera entre Venezuela y Colombia por tantas cosas que uno ve en las fronteras. Yo sentía miedo y tristeza, por dejar todo lo que uno tiene atrás, a mí misma familia: madre, padre, hermanos, los amigos.

Joel: Cuando salí de Anzoátegui, sentía tristeza y nostalgia. Ya en el camino sentía expectativa. Al pasar la frontera de Colombia tenía miedo. En Colombia sentía sueño, hambre y preocupación. Cuando llegué a Ecuador sentía alegría, mucha alegría y esperanza.

William: De Tachira a Cucuta, sentía curiosidad y ansiedad. Creo que esas emociones fueron las que marcaron el viaje hasta llegar a Quito.

Jesús: Yo vine caminando y trabajando, me hice tres meses. En la frontera con Colombia me sentí con miedo, pero perseverante, porque todo no era como lo imaginé. Lo mismo pasó en la frontera con Ecuador, llegué con miedo, pero lo superé, pero igual es fuerte.

Carlos: Yo sentí alegría e incertidumbre. Aunque he viajado para otros lados en avión. Sentía incertidumbre de ver todo lo que está pasando en ese momento, gente pasando necesidad, que el cambio de moneda, tener que verte para la comida.

Edison: Yo llegué caminando, es cansado. El viaje fue exitoso, pero me faltaba la comida. Sentía miedo, cansancio y tristeza, esas son las tres características de mi viaje. Tenía miedo de Colombia, allá es complicado dormir en la calle. Tristeza porque estaba arrepentido de haber venido, porque estaba pasando cansancio (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Se realiza una primera presentación de los mapas de cada uno y en la primera ronda de socialización muchos solo reconocieron las emociones “positivas” de sus viajes (por decirlo de algún modo). Pese a esto, en sus apuntes individuales se puede constatar que había otras emociones que decidieron no compartirlas en el trabajo colectivo. Sensaciones y emociones como el miedo a ser robado, tristeza por dejar la familia, frustración por pasar hambre y terror, entre otras, y así mismo encuentra otras emociones que están relacionadas con su propio tránsito migratorio: xenofobia, maltratos, rechazo, discriminación.

En reiteradas ocasiones, estos hombres van reconociendo directa o indirectamente una condición subordinada y marginal en sus vidas, relacionado mayormente con la imposibilidad de, como hombres, poder cumplir o llenar las expectativas de una vida digna para ellos y sus familias.

2.4. La llegada: competencia laboral y xenofobia

Para estos hombres, llegar a Ecuador no significó lo que ellos esperaban. “Es duro”, dicen, refiriéndose a la convivencia y al conseguir un empleo. En suma, se les ha hecho difícil habitar un espacio donde la migración ha sido asociada con frecuencia a la delincuencia y la competencia laboral.

Mientras el trabajo grupal continuaba, cada uno de ellos comparte la experiencia de su llegada a Quito. Comentan que han tenido que lidiar con la xenofobia y la hostilidad que hay en Ecuador con los extranjeros latinos (Grupo focal, 24 de febrero 2022):

Jesús: Cuando llegué dure tres días después conseguí un trabajito en un restaurant, allá, en la plaza grande más adelantico y yo pregunté “están buscando pa trabajar” y me dice “pase pase pase, trabaje” pasé y me hizo trabajar hasta las ocho de la noche y después me quería dar un dólar y después que él pagaba cinco dólares el día de 12 horas. Yo le dije que no. No era lo que yo me había imaginado, a veces te tratan mal las personas que son de aquí (Ecuador).

Edison: Apenas llegué me puse a trabajar en una heladería, y trabajé casi tres años para mi jefa, hasta que llegó la pandemia. De ahí me puse a buscar la platita de ambulante, vendiendo cargadores y me aconsejaron de vender micas para celulares y aquí me encuentro, vendiendo micas todavía.

Fernando: Yo venía pensando en trabajar en seguridad, pero acá piden un curso y para hacer el curso tienes que tener cédula y visa. Yo vine pensando en eso, pero cuando supe del curso se me bajaron los ánimos. Nunca en mi vida había trabajado en la venta ambulante, aquí fue donde aprendí eso. Yo llegué aquí y comencé a vender presto barba.

Joel: Llegué a buscar trabajo en las empresas (como soldador), pero como no tengo los papeles como la visa se me ha complicado. Uno que es extranjero, si no tiene papeles es más difícil.

Williams: Yo vine porque mi experiencia es petrolera, y en Esmeralda hay una refinería. Fui a Esmeraldas a ver si encontraba trabajo en la refinería. Por eso elegí estar en Ecuador, pero no lo encontré y me puse a vender cajas de fósforos, fosforeras y aguas.

Carlos: Cuando yo llegué comencé a vender tabacos y gelatinas. No había trabajado así antes. Y así fui, poco a poco. Llegué sin nada, acostumbrado a los bolívares, no al dólar. José Manuel (su hijastro) nos ayudó, él llegó primero. Él trabajaba también de vendedor ambulante de galletas y aguas (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

La llegada de estos hombres a Ecuador está relacionada directamente con el trabajo. Todos, antes de dedicarse a la venta ambulante, barajaron la opción de buscar trabajos relacionados con lo que habían estudiado o en otros oficios, pero no fue la venta ambulante su primera opción. En otro momento, durante una entrevista personal a Brayan y William A, nos comparten sus experiencias respecto a su llegada a Ecuador (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

William A: Busque trabajo de electricista, pero no me ha salido nada. Me falta los papeles, me piden pasaporte o una visa; cuestiones que no he podido sacar porque no me ha ido bien.

Brayan: Apenas llegando busque trabajo de todo, busque en mecánicas, que es lo que más sé, pero no es fácil. No me ha llamado nadie. miedo (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Los fragmentos de los relatos aquí citados, se corresponde con lo que ya se ha planteado anteriormente, Cueva (1988) advertía que las personas no se toman las plazas y las calles de manera arbitraria o casual, sin antes haber barajado complejos cálculos económicos y analizado los factores sociales y políticos. En ese sentido hay que reconocer que existe comunidades migrantes, y no solo venezolanas, que han creado toda una “cultura de informalidad” que ve en el trabajo ambulante una opción más para ganarse la vida.

Por otro lado, el relato de Carlos, da cuenta de que hay una presencia considerable de las denominadas comunidades virtuales (Ramírez, Linares y Useche 2019) que, en muchas ocasiones, son determinantes para tomar la decisión de migrar y hacia dónde hacerlo:

En estas comunidades virtuales, abundan ofertas laborales, especialmente como vendedores en tiendas y locales comerciales, que son vistas por los migrantes como una oportunidad de comenzar a ganar dinero para establecerse en el país destino, aunque no se corresponda con su formación profesional. Sin embargo, al llegar y comenzar a trabajar, se encuentran con

situaciones desfavorables como despidos muy tempranos, exigencias no acordadas al principio, incremento no remunerado de las horas de trabajo, reducción injustificada del salario o, incluso, incumplimiento en el pago. (Ramírez, Linares y Useche 2019, 21).

Todos esos escenarios nombrados por Ramírez, Linares y Useche (2019), son parte del relato de los hombres del grupo en cuestión. William A, Carlos, Fernando afirman que su motivación por viajar y migrar también fue impulsada por las redes sociales y la comunicación de amigos y familiares que compartían información de ofertas laborales en Ecuador. Sin embargo, cuando llegaron se han encontrado con escenarios muy diferentes a los que imaginaron al comenzar sus viajes, como, por ejemplo: los salarios injustos, el nulo reconocimiento de sus capacidades, muchas horas de trabajo y exigencias no acordadas, son entre otras cosas, el tipo de relaciones laborales a las que ven expuestos por su condición de migrantes.

Al respecto, a continuación, se citan dos de los relatos compartidos por Jesús y Joel en una entrevista personal:

Jesús: Por ejemplo, acá yo me puedo gastar diez dolaritos, eso en plata allá, en Colombia, son cuarenta mil pesos y allá pagan veinte mil pesos. Pagan menos. Pero porque vendo ambulante. Porque cuando llegué conseguí un trabajito en un restaurant que se llama Montesori, allá, de la plaza grande más adelantico y yo pregunté “¿están buscando pa trabajar?” y me dice “pase, trabajé” pasé y me hizo trabajar hasta las 8 de la noche y después que me quería dar un dólar y después que él pagaba 5 dólares el día de 12 horas. Yo le dije que no. Me pagó ese día los 5 dólares porque yo tenía que pagar una habitación y me dijo “de aquí vuelve mañana”, yo le dijo “no”, porque eso es una explotación. Él me decía “los venezolanos conmigo se hacen rico, yo les pago 150 dólares mensuales” y le digo “señora, pero eso alcanza ni para un alquiler”. Yo pregunté el alquiler en ese tiempo, antes de poder alquilar: 110 dólares y eso (la paga) no alcanza pa nada. Me puse a buscar trabajo. Pregunte a una persona que cómo se vendía el agua, me dijo, “compre una paquita y eso la vendes, ahí se le gana 5 dolaritos”. Y me puse a trabajar vendiendo agua. Ahí mismo, a los cinco días que llegué empecé a vender agua porque tenía solo los 5 dólares que me pagaron por trabajar en ese restaurant y yo los invertí en agua (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

Del mismo modo, Joel, en una entrevista personal, cuenta como ha sido su historial del trabajo en Ecuador, señala lo siguiente:

Joel: Tú sabes, este trabajo es durísimo, es cansado. A veces, si encuentro un trabajito extra por ahí, prefiero tomarlo; a veces me llaman para que les ayude a soldar o el dueño de casa me pide que le ayude a pintar un cuarto y esas cosas. Yo tomo ese

trabajo, a veces se demoran un poquito en pagar, pero sé que es una plata segura y que en cualquier momento me la van a pagar. Siempre espero que salga algo más que las ventas (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

El caso de Fernando es similar a estos dos relatos:

Fernando: Yo conseguí trabajo en una barbaría, pero era muy poco lo que me conseguía ahí, la dueña se quedaba con el 50% de cada turno que yo hacía. Le peleé por un poco más y como vio que yo trabajaba bien se dio el 60%. Pero igual, eso no me alcanzaba, porque yo tenía que comprar la comida al diario, todos los días y ella me pagaba cada dos semanas o al mes. Y ahí, a la puerta de su local me puse a vender las micas para celulares y hasta ahora estoy con ese producto. A esto se le saca uno poco más (se refiere a la ganancia de su producto) (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

Para Antunes (2012, 53) “el ejemplo de los inmigrantes quizás sea aquel en el que esa tendencia a la precarización del trabajo es más exacerbada”. Es decir, el caso de estos hombres, ilustra el panorama tendente hacia la precarización estructural y global del trabajo. Situación que, como señala Antunes (2012), existe una clara intencionalidad en la ampliación de los más distintos y diversos modos de ser de la informalidad que busca la potenciación de la plusvalía.

Este tipo de relaciones tendentes a la precarización de la vida de estos hombres, son a las que se ven expuestos casi siempre, pues como ha sugerido comprender Bennholdt-Thomsen (1981, 1530), este tipo de trabajo de oficios como: ayudantes de cocina, meseros, pintores, soldadores, son actividades fortuitas, basadas en la “prestación de servicios en el ámbito privado, de trabajo asalariado esporádico y constantemente cambiante”, actividades que son combinadas con otras actividades de autoempleo como la venta ambulante en las calles.

Así mismo, en estos relatos se nota con claridad un contraste con aquel discurso creado en relación con la migración venezolana, por ejemplo, Fierro (2021, 7) señala que existe la idea de que “los venezolanos aceptarían trabajos por menos salarios de lo que recibiría un trabajador nacional”. Discurso que han calado mucho sobre todo en los estratos sociales medios y bajos, debido a que la interacción con personas venezolanas (mismo lugar de residencia, de consumo y de ocio) es más frecuente en estos espacios, que en los estratos más altos.

A continuación, se muestra la experiencia de algunos de los hombres que participan en esta investigación, respecto a los tratos relacionados con su actividad de venta ambulante en las calles con fuertes señas de competitividad y exclusión:

Jesús: Te dicen “chucha de tu madre”, hay unos vendedores que tienen sus puestos fijos y uno está ahí, vendiendo a lado y mandan sacando. Dicen que ese espacio es de ellos que los llegue (que no le quieren cerca).

Carlos: Por lo menos con mi mercadería, ellos se molestan. Los que están a los lados, lo de los negocios. Y yo me muevo porque lamentablemente ellos pagan sus impuestos y claro, uno tiene que caminar, no le hago el cuento, pero tampoco voy a ponerme a discutir porque a veces ellos tienen razón. Claro, dependiendo lo que me digan. Si ellos me ofenden, yo les ofendo. Si ellos me tratan de buena manera, yo les trato igual. Si me vienen con maltrato verbal, respondo.

Edison: Hay acoso laboral, maltrato laboral. Te quedan viendo para que no te quedes parado y ¿qué le toca hacer a uno? Moverse.

Fernando: La gente siempre te dice cosas. Pero los policías metropolitanos son los más groseros, ellos saben decirte “lárgate a tu país”.

Esto se evidencia cuando se les pregunta respecto a los sentimientos y emociones que provocar en ellos sus trabajos (Grupo focal, 24 de febrero 2022) :

Jesús: Tengo emoción, salgo siempre muy positivo, pero siento miedo, miedo a que me quiten la mercadería. Siento cansancio, la xenofobia y humillación también.

Edison: En un día de trabajo yo me siento contento y preocupado. Con alegría, pero con miedo. Se siente mucho la xenofobia hacia el venezolano.

Fernando: Tengo emoción, de que me vaya bien, pero a la vez miedo de que lleguen los municipales y me quiten la mercadería.

Joel: El trabajar me da satisfacción, emoción y alegría, sobre todo cuando conversamos con los compañeros de trabajo, pero también preocupación de la ganancia y de las multas (multas por parte de las autoridades migratorias o municipales).

Williams: Las sensaciones que me da el trabajo es de presión, de estar alerta, miedo y también satisfacción.

Carlos: Cuando salgo a trabajar me siento alegre, contento, pero también preocupación, miedo de los metropolitanos que me quitan la mercancía, hay que estar atento. También se siente la xenofobia.

El discurso de la competencia laboral contribuye con las ideas xenófobas, así como el de la inseguridad, discurso que para Fierro (2021) se ha instalado en el sentido común bajo una lógica estigmatizadora bajo dos premisas:

- a) La gran mayoría de migrantes venezolanos son delincuentes. Frases en apariencia exculpatorias –“no vamos a decir que todos son malos, pero la verdad es que entre ellos hay mucho delincuente...”– en realidad afirman lo que niegan. Lo sustantivo viene tras la conjunción adversativa ‘pero’. La exculpación de que no todos los venezolanos son malos se convierte, en la práctica, en que en efecto todos lo son.
- b) Los actos delictivos supuestamente cometidos por venezolanos conllevarían mayor dosis de violencia que los perpetrados por la población local. En el imaginario colectivo, Venezuela es un país sin ley, plagado de bandas armadas, violento y convulso. En lo simbólico, el venezolano aparece como alguien acostumbrado a matar. El asesinato forma parte del ritual delictivo. Sería casi algo consuetudinario, sin mayores implicaciones morales (Fierro 2021, 11).

Todos los hombres del grupo de trabajo, ya sea en el trabajo grupal como en las entrevistas personales, reconocen que han sido relacionados con la delincuencia. Para Fernando, la Policía Metropolitana realiza operativos contra los vendedores ambulantes sobre la lógica de limpieza de la ciudad y para evitar robos y asaltos. Situación que es manejada por las autoridades por medio de la persecución, el embargo de la mercadería y las multas migratorias. De ahí que el miedo a estas formas represivas utilizadas por parte de la autoridad local sea común en todos estos hombres.

Tanto el ejercicio grupal como las entrevistas personales ayudan a precisar las emociones y sentimientos que ha provocado el migrar, en este grupo de hombres. El miedo, la frustración, son aspectos comunes y constantes en sus vidas, así como la xenofobia y la discriminación, dejándolos en situaciones de desprestigio, marginalidad y de desprotección social y comunitaria.

2.5. El trabajo ambulante: de la fuera al miedo

Fierro (2021) señala que, según los relatos de competencia laboral y seguridad, construidos en torno a la migración venezolana, los únicos beneficiados son los grandes empresarios. Pues, estos se benefician de poder contratar mano de obra barata y, en algunos casos, con mayores conocimientos y capacidades que los trabajadores nacionales, situación que beneficia a los grandes grupos económicos:

Estos grandes empresarios actuarían en connivencia con los gobernantes, quienes habrían permitido la entrada masiva de venezolanos, sea de forma legal o no, para satisfacer los intereses de las oligarquías (dentro de un concepto antipolítico donde gobernantes y

empresarios serían en realidad una misma clase, confundiéndose los unos con los otros).
(Fierro 2021, 12)

Anteriormente se ha hecho apuntes de la notable tendencia hacia la informalización del trabajo por medio de grandes cambios en la organización social del trabajo; por ejemplo, “la expansión de nuevos modos de extracción del plustrabajo” (Antunes 2012, 48), y la “la transgresión del espacio de trabajo” (Vejar 2017, 36). Estas condiciones del trabajo moderno son, entre otras cosas, los que permite la normalización de la contratación a corto plazo y la poca estabilidad laboral, a lo que le sigue, la insuficiencia de los niveles de ingreso, la rotación de mano de obra, e incluso la separación del espacio de producción.

La hipótesis planteada por Fierro (2021) y los aspectos de cambio mencionados por Antunes (2012) y Vejar (2017) son evidente en las relaciones laborales que han entablado la mayoría de hombres a los que se entrevistó. En su mayoría todos poseen conocimientos especializados, sobre todo en el área de ingenierías: eléctricas y mecánicas, así como en el ámbito de los servicios. Sin embargo, su condición de migrante y su irregularidad migratoria, los orillan a construir relaciones laborales subordinadas, mismas que están condicionadas por el mal trato, la mala paga, la inestabilidad y la falta de compromisos contractuales por parte de las personas que los contratan.

Un ejemplo de esto, son los casos de Jesús, Joel y Fernando, en relación con los trabajos que han buscado o que, discontinuamente, buscan para generar ingresos económicos adicionales al de la venta ambulante. Todos los empleos a los que puedan vincularse están marcados por el poco reconocimiento de su fuerza de trabajo, además, están combinados con su principal actividad, es decir, la venta ambulante de productos como: el agua embotellada, energizantes, tabacos, paraguas, micas de teléfonos y todo lo relacionado con la tecnología celular.

Productos que por lo general son de venta y consumo inmediato.

Todos los hombres que conforman este grupo de observación, han buscado empleos donde puedan poner a disposición y servicio sus oficios, conocimiento y especialidades que han aprendido y perfeccionado, a lo largo de sus vidas. En la mayoría de casos, no han logrado encontrar trabajos más que esporádicos y mal pagados: el ejemplo más evidente es el de Jesús, quien, apenas llegado a Quito con su hijo, encontró trabajo en un restaurant del centro histórico, donde fue contratado (verbalmente), para cumplir las labores de mesero y ayudante de cocina. Su jornada comprendía un total 12 horas al día, por una paga de \$5 dólares diarios. Renunció. Él comenta: “yo no voy a regalarles mi trabajo”. No fue más a aquel lugar donde

trabajo por un día y se decidió por salir a vender aguas, tabacos y paraguas de manera rotativa y deambulante por el centro histórico de Quito.

Al parecer, la depreciación de la fuerza de trabajo migrantes, originada en gran parte por los imaginarios y discursos de la competencia laboral y la delincuencia, se antepone a la opción de la venta ambulante. Se nota, entonces, otra coincidencia de lo planteado por Bennholdt-Thomsen (1981), respecto a que en muchas ocasiones la venta ambulante surge como una opción de autoempleo o empleo casero; opción que se debería reconocer, que surge a partir de la exclusión del mercado de trabajo y, en consecuencia, de los medios de vida.

Las dinámicas de autoempleo pueden ser entendidas, además, desde las lógicas de abastecimiento y consignación que manejan los mayoristas comerciantes de ropas, textiles, tecnologías, agua embotellada, energizantes, confitería, y demás artículos diseñados exclusivamente para que sean mercantilizados por medio de la venta ambulante, entre los cuales destacan los mayoristas “chinos”. No es un dato menor que estos mayoristas funcionen con el método de “mercadería a consignación”, mismo que resulta de fácil acceso, al menos para este grupo de hombres, puesto que el capital con el que cuentan para poder realizar una inversión es muy limitado.

Aquí es necesario realizar algunas precisiones, el grupo de observación trabaja principalmente con dos mayoristas (los más comunes dentro del comercio ambulante): por un lado, están los mayoristas locales, entre los cuales se puede incluir a supermercados como el Tía y Mi Comisariato, y también a grandes tiendas de venta al por mayor, todas éstas cumpliendo un papel de intermediarios entre el fabricante y el vendedor y que frecuentemente se dedican a la venta al por mayor de confites, aguas, energizantes, derivados textiles y tecnologías. Por otro lado, Están los mayoristas “chinos”, quienes se dedican a la venta de plásticos en todas sus formas, por ejemplo, carteras, paraguas, pitos, ponchos de agua, banderas, entre otros. Estos últimos cumplen funciones de abastecimiento de productos inmediatos según la necesidad de cada uno de los vendedores ambulantes.

La venta del tabaco es una dinámica diferente, pues este producto muchas veces entra al país “de contrabando”, y los comerciantes mayoristas en este caso son igualmente vendedores en la calle; por lo general ubicados en la Mejía, a las afueras del Centro Comercial Hermano Miguel de El Tejar. Este sector provee a la mayoría vendedores ambulantes de Centro Histórico de Quito en este producto, además son los más acosados por la fuerza pública y las autoridades debido a la legalidad de sus productos.

Entre los primeros mayoristas citados hay que diferencias entre aquellos estructurados como supermercados y aquellos que se les identifican como “vendedores mayoristas”, ambos con estrategias de venta a consignación diferentes pero que tienen un mismo sentido, el de absorber la fuerza de trabajo marginal y especialmente migrante.

Tanto Joel como William A. que se dedican a la venta de bebidas como agua embotellada y energizantes, relatan que existe apertura por parte de la empresa mayorista para dar los productos a consignación:

Entrevistador: ¿Dónde compra sus productos?

Joel: Yo compro mis productos en los micro-mercados del centro: en el Mi Comisariato en el Tía, en la micro, la distribuidora (mayorista) del V220. Sale más económico. El agua lo compro acá en el centro. El Gatorade y V220 en la distribuidora. No compro todos los productos en el mismo lugar, voy donde esté el producto más económico y más accesible. La distribuidora tiene promociones del energizante y a veces te dan a consignación, entonces toca aprovechar (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

Por su lado, William A. describe lo siguiente:

Entrevistador: ¿Dónde compra sus productos?

William A: Yo compro mis productos en “el recreo”, por detrás, en el barrio. Ahí hay una micro (mayorista). Voy diariamente, no estoy invirtiendo realmente, porque me dan a consignación y voy y cancelo diariamente. Tengo que cancelar, depende, si vendo poco, \$18,75 o, si no, \$37,50 en el mejor de los casos; por sesenta botellas diarias que cargo. Son de distintos productos. Primero me dan y luego pago. Esta micro le compra a una empresa más grande y ellos nos revenden a nosotros (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

Entrevistador: ¿Has pensado en contactar a la empresa grande?

William A: Es muy difícil contactar a la empresa, porque para poder trabajar directo con la empresa hay que hacer muchas compras grandes. Para que te dejen a menos precios y tú puedas negociar (es decir, venderlas) (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

Lo mismo ocurre con Carlos, que comercializa camisetas (franelas, como ellos lo llaman):

Entrevistador: ¿Dónde compra sus productos?

Carlos: Cuando yo llegué aquí, comencé vendiendo agua, tabaco, gelatina y ahora, actualmente, estoy vendiendo camisetas, y así poco a poco. Ya voy para los dos años. Ahorita le estoy comprando a una señora aquí en el mercado Ipiales, en el Hermano Miguel, en El Tejar. Le compro a ella al por mayor. Yo invierto \$42 dólares por una docena, y cuando no

está buena la venta la señora me presta y yo le pago más tarde. Si no le pago, luego no puedo sacar nada, ni comprado (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

El caso de Jesús es quizá aún más evidente del método de venta a consignación de los mayoristas textiles y de ropas, a propósito de la confiscación que tuvo de su mercadería por parte de la Policía Metropolitana, comparte lo siguiente:

Jesús: El agua la compro en la confitería, frente a la plaza de San Francisco, en una confitería que está ahí. El paraguas lo compro ahí donde los chinos. A \$9 la media docena, en el paraguas no se le gana mucho, pero si no vende (los otros productos), en algo le ayuda. Hoy me quitaron 2 cajetillas de tabacos, que es \$2,50 dólares. Dos veces me han confiscado, esta de hoy y en diciembre, ahí si me dejaron pelando (en diciembre). Yo estaba vendiendo una mercancía de ropa de una señora que me dio para vender, me toco pagarla. Ella me dio una ropa y unas colchas navideñas, en lo que yo venda, me van dando (pagando), y me quitaron todo. Tuve que pagarle casi \$93 dólares. Me dormí, no los vi cuando llegaron (refiriéndose a la policía metropolitana): tú estás parado aquí y pasan con una moto primero y llega otra y lo jala a uno, como si fueran rateros, o están todos aquí y llega la moto rapidito y te quitan y le pasan al de la moto y la moto se la lleva. Ahora la señora me dio una ropita y camas para perros, eso ando vendiendo, por ahora (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

En el caso de Edison y Fernando, que se dedican al comercio de tecnología, es diferente, así como el caso de Williams y Brayan, quien se dedica a la venta de confitería y fosforeras. En estos casos la venta de los productos es directa, sin ningún tipo de consignación, pero con un producto que solo se lo consigue en la venta al por mayor, más no en cantidades pequeñas.

Otra de las situaciones a considerar en el trabajo de Jesús, y de otros como William y Bryan, es las facilidades que existen para comprar a los “mayoristas chinos”, que comúnmente ofrecen variedad de productos derivados del plástico y de consumo inmediato, como, por ejemplo: paraguas, macetas, novedades en general. Estos mayoristas, aunque no trabajan a consignación con los trabajadores ambulantes del centro histórico, tienen productos novedosos para el público en general y a bajo costo. Lo que hace que muchos vendedores cambien de productos constantemente o, si fuera el caso, sean más versátiles en su inversión.

Aquí quizá es bueno retomar la idea planteada por Palermo y Salazar (2016, 54), respecto a que “el capital requiere que los poseedores de la fuerza de trabajo provean y entreguen una mercancía con las cualidades y en las cantidades requeridas por las necesidades de la acumulación”. En ese sentido, los mayoristas e intermediarios buscarán todas las formas y modos posibles para que la circulación de determinados productos se lleve a cabo.

Así, el trabajador migrante encuentra en distintas áreas o ramas de comercio de la venta ambulante, sus principales oportunidades de trabajo, percibiendo ingresos económicos cada vez más exiguos, lo que Bennholdt-Thomsen (1981) denominaría como “producción de subsistencia”. Situación que es más frecuente “en el caso de las pequeñas empresas que, al final, son las que más recurren a los inmigrantes. A ellos, por lo general, les tocan las tareas más duras, peligrosas e insalubres” (Antunes 2012, 54).

Todo esto ocurre junto a situaciones como la imposibilidad de poder vender su fuerza de trabajo, el pago injusto a su trabajo cuando son “contratados”, la xenofobia y discriminación, relaciones circulantes entre sí, provocando la marginalidad de la población migrante. El trabajo de venta ambulante en las calles está rodeado de varios riesgos y quizá los más importantes que se pueda señalar es la persecución migratoria y la confiscación de la mercadería. Situación que produce en ellos mucho miedo e impotencia. Como se ha demostrado anteriormente, el trabajo que este grupo hombres realiza está condicionado por el rechazo, la xenofobia, situaciones que llevan a un miedo constante a este grupo.

2.6. Condiciones laborales: nosotros estamos aquí siempre, llueva o haga sol

Durante el periodo de observación y entrevistas a este grupo de hombres, se pudo percibir varias de las condiciones a las que está sujeta la venta ambulante en las calles. Esto es explícito no solo hablando con ellos respecto a sus horarios de trabajo, días de trabajo, lugar del trabajo y otros hábitos como el descanso, la renovación de energías y de la fuerza de trabajo, sino que además es palpable en el acompañamiento día a día. Aunque el producto que venda cada uno sea diferente, todos han coincidido que ellos trabajan como mínimo 8 horas al día y 7 días a la semana. No obstante, ellos reconocen, como es el caso de Edison, que “hay días como los miércoles, que esto es botado, no hay nadie”. Refiriéndose al espacio del centro histórico. En esos días, ellos “libran”, es decir, deciden ir más tarde a sus puestos de trabajo o simplemente descansar.

El descanso muchas veces está condicionado por los resultados de las ventas de los días de fines de semana: “son los días donde más se activan las ventas”, comenta Edison. En lo que coincide con Joel: “Los fines de semana hay que aprovechar, porque esto (refiriéndose al centro histórico) está lleno de gente, no más que tienes que estar atento de los municipales”

Aunque cada uno de estos hombres maneja un horario de trabajo propio, la extensión de la jornada llega a ser similar entre todos, aunque variable. Según la información compartida en las entrevistas, se podría concluir que un promedio de horas de trabajo de estos hombres está

entre las 8 horas como mínimo y las 12 horas por día, como el máximo de tiempo trabajable. Esto sin contar las actividades que complementan la jornada, principalmente el abastecimiento y la movilización hacia sus lugares de venta.

Esta labor, la venta ambulante, al salir de la organización clásica del trabajo que comúnmente comprende la organización de un número de personas en un mismo lugar como: la fábrica, una institución privada o pública, etc. Exponen a este grupo de hombres a situaciones que hacen más difíciles sus actividades y desmejoran su calidad de vida. Sol y lluvia los acompañan día a día y esto toma su importancia propia cuando se habla de los límites del cuerpo de estos hombres y sus enfermedades. Muchos reconocen que padecen de dolores de cabeza continuos por su trabajo. En el caso de Joel y Jesús, creen que su gastritis se ha agravado por su trabajo. Todos reconocen un agotamiento excesivo: dolor en sus brazos y pies, en sus piernas, columna vertebral; especialmente en la zona lumbar debido a los bultos que cargan durante largos lapsos de tiempo.

por varias horas con un bulto o caja llena de mercancías, por ello ha optado por organizar sus ventas dentro de 8 horas al día, con cantidades pequeñas de mercadería y productos que exijan una menor movilidad: esferos, fosforeras y tabacos. Todo esto en la zona de El Tejar en las mañanas y en las tardes en el parque El Ejido; zona que, además, se encuentra menos vigilada por la policía metropolitana y nacional, lo que de alguna manera lo aleja de posibles conflictos y decomisos, por parte de las autoridades reguladoras del espacio público.

Por otro lado, los más jóvenes de este grupo se dedican a comercializar sus productos de manera más dinámica y por jornadas más extensas: entre 10 a 12 horas. Aunque algunos se concentren en zonas específicas, siempre recorren y circulan mucho más el espacio del centro histórico, en relación con William. Pero esto de alguna manera los expone a un desgaste físico que ellos no lo reconocen de manera inmediata, al menos los más jóvenes como Fernando, Edison e incluso Carlos. Los casos de Joel y Jesús son distintos ya que, ambos tienen problemas de gastritis avanzada, lo que de alguna manera les afecta en el ritmo y rendimiento en su trabajo; aunque esa no es una razón para que ellos tengan mucho más cuidado de sus cuerpos y hábitos, sobre todo de las comidas.

Es imposible obviar los cuerpos y su construcción histórica y social, cuando se intenta acercarse a las condiciones de trabajo de estas personas. Pues, el trabajo en tanto es uno de los regímenes que organiza a la sociedad, pero también a los cuerpos, generando sobre ellos ciertas expectativas; en el caso de los hombres se ha esperado socialmente que su trabajo esté relacionado con el uso de la fuerza, la resistencia y la competencia. El caso de este grupo de

hombres no es diferente. Como ya lo advierte Connell (2015, 88) “el trabajo manual pesado exige fuerza, resistencia, cierto grado de insensibilidad y rudeza, de solidaridad en grupo” y es justamente son estas dinámicas a las que este grupo de hombres se ven enfrentados día a día.

Durante el taller colectivo realizado con el grupo, se puede notar que todos reconocen que, como hombres, su deber es “trabajar de lo que sea para conseguir el sustento diario”. Valores como la responsabilidad, están profundamente ligados con el “ser hombres”, el trabajo y el sostenimiento de sus familias. De ahí que se sometan a jornadas de más de 10 horas de trabajo al día, sin reconocer los posibles riesgos de salud y enfermedad que pueden derivan de sus actividades.

Otro aspecto importante de sus condiciones laborales es la alimentación y renovación de energías. Edison, Jesús, Joel y Carlos, viven a los alrededores del centro histórico, por lo que se les facilita desayunar, almorzar y cenar en sus hogares. Sin embargo, casos como el de Jesús se repiten con frecuencia: por sus escasos recursos desayuna y realiza una comida en la tarde que cubra el almuerzo y cena (dos comidas al día). William y Fernando por lo general desayunan y almuerzan fuera de casa. No obstante, esto no siempre es así, muchas veces realizan dos comidas durante el día.

Edison, que vive en los alrededores del centro histórico de Quito, comparte lo siguiente:

Edison: Cuando se me hace tarde en casa, salgo rápido a trabajar y desayuno una empana y un jugo de \$1 dólar. En el almuerzo compro un mote de \$1 dólar o algo para picar y con eso aguanto hasta la noche que voy para mi casa (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

En ese sentido, resulta importante prestar atención en los productos que ellos comercian, pues, al parecer, la elección de las mercancías no solo se corresponde con las posibilidades que ellos tengan para invertir, sino que, además, responde en gran medida a las capacidades físicas que ellos puedan tener para comercializar determinado producto y la posibilidad de resistencias para jornadas largas de trabajo. El caso de William puede ayudar a ilustrar este supuesto. Al ser él un hombre de 77 años de edad (el más adulto del grupo), no cuenta con las fuerzas suficiente para caminar. Una situación un tanto distinta es la que comparte Jesús:

Jesús: Desayuno con mi hijo algo, una arepa, y dejo algo para él para que coma al medio día, que tenga algo para aguantar, y cuando llego yo a la tarde tipo 4 pm, voy llevando algo para la casa, cocino para los dos y ya con eso cubro la merienda de una vez. Como dos veces al día (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

El caso de Joel también es algo diferente,

Joel: Siempre como en la casa, como estoy cerca, vengo y me preparo algo, o la mujer (se refiere a su pareja), deja haciendo algo y eso es lo que como. No como afuera, solo cuando hay algo especial, salimos con mis hijos. Pero no es mucho (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

La marginación del sistema productivo, obliga a que los sectores más vulnerables y empobrecidos de la sociedad busquen su sustento entre las grietas de la economía capitalista, limitándoles a la mera supervivencia (Antunes 2012). La posibilidad de generar los recursos económicos por medio del trabajo está profundamente conectada con situación donde el cuerpo es sobre exigido y se lo lleva al límite.

Al respecto, se comparte un fragmento del relato de Williams:

Williams: Nosotros estamos aquí siempre, sin importar si llueve o sale el sol, todos los días... Nosotros aguantamos aquí el clima, no estamos acostumbrados a climas así, de menos 20 grados, nosotros somos de tierra caliente de 20 grados para arriba. Pero no nos queda de otra más que aguantar y seguir aquí, luchando por el sustento diario (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

Conclusiones

En este primer capítulo empírico, se busca comprender, en parte, el “modo de ser” de este grupo de trabajadores ambulantes de calle, para ello, se ha puesto énfasis en la sensibilidad y capacidad de reconocer sus propias emociones, que como se ha relato no han sido un ejercicio fácil, pues, como hombres, les ha costado reconocer aquellas sensaciones que les ha dejado su condición de ser migrantes en un país donde no consiguieron lo que esperaban.

Así mismo, se nota los discursos creados alrededor de los migrantes: competitividad laboral e inseguridad, como su relación circular y recíproca con las relaciones de explotación laboral que estos hombres se ven obligados a sostener, lo que deriva a su vez en condiciones precarias no solo para estas personas, sino que también para sus familias. Este conjunto de relaciones son las que de un modo u otro se combinan en la moderna organización laboral tendiente hacia la precarización, donde discursos como la competencia laboral justifica en muchos escenarios la desvalorización de la mano de obra de todos los trabajadores y trabajadoras, ya sean locales o migrantes.

Por otro lado, los relatos citados anteriormente hacen notar el lugar que estos hombres migrantes ocupan en la producción, es decir, una posición marginada que desvaloriza su mano

de obra, situación que resulta a su vez muy conveniente para el capital empresarial nacional. Esto afirma la tesis planteada por Fierro (2021), respecto a que los discursos de odio y discriminación hacia los migrantes solo benefician a los grandes grupos económicos, quienes con ayuda de los gobiernos y su política económica-empresarial, generan todas las condiciones necesarias para poder conseguir mano de obra barata, donde se escapa a todo tipo de responsabilidad jurídica y derechos laborales con los trabajadores.

Las formas en la que estos hombres se insertan al mercado laboral, evitan que las empresas mayoristas no entren en ningún tipo de relación laboral jurídica, lo que significa esquivar los derecho laboral y todo aquello relacionado con la renovación de la fuerza de trabajo, así como también, asumir los peligros a los que se ven expuestos los trabajadores ambulantes; siendo el mayor peligro la confiscación de sus productos, ya que es ahí donde se concentra la mayoría de los recursos económicos de estas personas. Así mismo, las condiciones de vida de estos trabajadores están vinculadas de alguna manera con el tipo de trabajo que realizan, pues como se ha mencionado ya, el trabajo es el que posibilita los medios de vida y los espacios necesarios para la renovación de la fuerza de trabajo: los espacios de descanso, recreación, de cuidado y ocio y, mientras más precarias sean las reglas de trabajo, igual de precarias serán sus condiciones.

Por último, es necesario reconocer que todas las ideas planteadas hasta aquí, llevan a confirmar que el trabajo ambulante supone determinadas relaciones de producción que van más allá de las convencionales y de las reconocidas oficialmente. Es decir, el trabajo ambulante en las calles cumple una función importante en la organización de la producción y está conectado con las cadenas de valor, lo que supone la existencia de determinadas relaciones. Se podría afirmar que el trabajo ambulante es un tipo de trabajo que es ofertado como servicio para las empresas mayoristas, pero que, a razón de su desprestigio, no cuenta con ningún tipo de garantías laborales y que conlleva grandes riesgos para quienes optan por este tipo de actividad económica. Quizá es el trabajo donde se expresa de mejor manera los nuevos modos de extracción del plusvalor y las nuevas formas de explotación laboral.

Capítulo 3. Trabajo y masculinidad: una nueva realidad de las relaciones de poder

La reestructuración del capitalismo a nivel global, a través de la teoría neoliberal, ha supuesto varios cambios económicos, políticos y social. Dichos cambios se los ha señalado ya en los anteriores capítulos, sin embargo, para cumplir con los propósitos de esta investigación, es necesario retomarlos, sobre todo aquellos que están en el ámbito relacional de las personas y que de alguna manera configuran identidades; tanto individuales como colectivas. La importancia de esto, radica en que todos los cambios económicos y sociales, impulsados por empresas, compañías transnacionales e instituciones financieras, provocan la expansión de actividades políticas, económicas y sociales, de modo tal que los sucesos, las decisiones y las actividades que se producen en una región definen significativamente en los modos de vivir de otras regiones (Burín 2007). A tal punto de influir en las vidas cotidianas, en los modos de convivir, de trabajar, de amistar, de amar, es decir, en todos los aspectos que conforman el entorno social más inmediato de las personas.

Burín (2007), por ejemplo, señala algunos de los valores que se desdibujan por efectos de la globalización, tales como el consumismo, el individualismo, la glorificación del mercado y sobre todo la mercantilización de todos los aspectos de la vida. Lo que, por otro lado, significa la alteración y la transformación de los vínculos intersubjetivos de las personas. Sin duda, estos cambios, tienen transcendencia en las vidas de los hombres que participan en esta investigación, mucho más cuando uno de los efectos del fenómeno globalizador es la deslocalización del sitio de trabajo (Burín 2007), con la intención de sacarle provecho a las rebajas fiscales y, en consecuencia, reducir todos los costos laborales posibles; creando así las condiciones para el empleo migrante.

En los relatos citados hasta el momento, se ha demostrado cómo estos hombres han sido contratados muchas veces para realizar trabajos forzosos durante jornadas extensas y con una remuneración mínima por su trabajo. Relatos como el de Jesús, Joel, Edison y Fernando son una muestra clara de cómo las empresas locales se benefician del trabajo migrante. Esto, sin duda, genera un impacto en la subjetividad de las personas involucradas, pues al no poder cumplir de manera solvente con uno de los principales roles como hombres: ser proveedores de sus familias, las relaciones de poder al interior de las familias se organizan de otra manera. De ahí que Burín (2007) señale que, los vínculos de intimidad entre los géneros, estén alterados por la organización moderna del trabajo.

Como ya se ha mencionado, una de las principales razones para migrar de los hombres de nuestro grupo es la búsqueda de mejores condiciones de vida para ellos y sus familias, idea

relacionada con el rol de la proveeduría y, por otro lado, ideas que están fuertemente vinculadas con la identidad de estas personas; la concepción respecto a sí mismos, su masculinidad y el significado de ser hombres.

Por ello, por medio de la observación y la conversación por fuera de las entrevistas formalmente planificadas, se ha explorado en aspectos más íntimos y subjetivos de cada uno de estos hombres; esto con la finalidad de conocer cómo estas personas asumen sus relaciones familiares, de pareja y de amistad. Relaciones que, entre otras cosas, no son reconocibles, ni comprensibles completamente por ellos; si bien se realizó un ejercicio durante el trabajo grupal para comprender las emociones y afectos que cada uno de ellos establece en sus relaciones, ha sido difícil profundizar en este aspecto. No obstante, en las conversaciones más informales y cotidianas, se ha notado que existe más apertura a temas más íntimos y familiares.

En este punto, es necesario explicitar que la intención durante el trabajo grupal, no fue crear un taller con enfoque de deconstrucción de las masculinidades, ni buscar generar en estos hombres “nuevas masculinidades”. Se trataba de construir un espacio donde ellos puedan detonar y reflexionar colectivamente sobre algunas de las ideas y nociones que tienen de sí mismos y de su “ser hombre”. Esto debido a que lo que se busca es precisamente es indagar en las dinámicas de masculinización que se dan en escenarios de exclusión, precarización, marginalidad y migración.

3.1. Migración, trabajo e identidad masculina

La condición de migrantes que atraviesa este grupo de hombres estando en Ecuador; un país donde los discursos que predominan en relación con los migrantes son: que estos aumentan la delincuencia y la competencia laboral desleal con los trabajadores nacionales (Fierro 2021; Ramírez, Linares y Useche 2019), provoca una serie de conflictos que modifican la vida y fuerza a adaptarse para responder a una nueva realidad (Olavarría 2008). Situación que es muy evidente en ámbito laboral de estos hombres, pues al no poder acceder a un trabajo estable, con mayores beneficios y seguridades sociales, ellos se sienten “frustrados” y “perturbados”, palabras repetidas constantemente por Edison y Carlos.

Sensaciones como el “rechazo, repudio, racismo, xenofobia, malos tratos, mala paga, abusos, inconformidad” es lo que comunican cuando se dialoga con este grupo de hombres migrantes, respecto las posibilidades de conseguir trabajo en Ecuador. Percepciones que son determinantes para que la mayoría de estas personas realicen actividades comerciales

“informales”, lo que se ha convertido, además, en una de las características más notables en la población venezolana, ya que es muy común encontrarlos “en las calles, plazas, parques y mercados vendiendo productos como golosinas, comida rápida, dulces hechos en casa, jugos o la tradicional arepa venezolana.” (Ramírez, Linares y Useche 2019).

La mayoría de los venezolanos migrantes en Ecuador, sobre todo los que han llegado en los últimos años, han tenido que olvidarse de su formación profesional (Ramírez, Linares y Useche 2019); situación que agudiza su condición de riesgo, vulnerabilidad, impotencia y frustración. A continuación, se presenta algunos de sus testimonios (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Joel: Yo pensaba encontrar algo más fino, algo mejor para mi familia y para mí. Yo trabajé por mucho tiempo en las petroleras de mi país. Me pasaba de viaje en viaje y nada me faltaba, porque era bueno hasta que el Gobierno decidió cerrar la empresa donde yo trabajaba. Después que me despidieron de la petrolera es que me dedique a vender fruta en el mercado. Ahí estuve dos años antes de venir acá. Acá no encontré trabajo en la soldadura, que es lo que más sé (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Carlos: Yo aprendí aquí esto (refiriéndose a la venta ambulante). Yo no sabía cómo era el negocio. Yo esperaba conseguir algún trabajito para ayudar a mi familia, pero nada. Pero ahí le damos. No queda de otra que buscarse los medio para conseguir algoito y traer el pan para tu casa (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Williams: A mí me dijeron que en la refinería de Esmeraldas iban a abrir una nueva sucursal, apenas llegué acá, me fui, y nada, me ignoraban. Me regresé para Quito. Acá piensan que porque uno es viejo ya no sirve, pero todo está acá en la cabeza. Los conocimientos que uno trae acá (golpea su sien), es lo que verdaderamente importa (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Fernando: Yo en Venezuela fui policía, era jefe de la guardia nacional, pero me retiré. Yo pensaba en trabajar en eso, pero llegando acá se me bajaron los ánimos por todos los papeles y cursos que pides para que le den chance a uno de trabajar en eso. Nunca en mi vida había trabajado de esto (refiriéndose a la venta ambulante), aquí es que me tocó aprender a vender (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

William A: He buscado trabajo, pero me piden papeles que puedan avalar lo que yo sé hacer, pero eso yo no tengo. Yo trabajaba independiente con mi hermano que es ingeniero. Pienso irme para Chile, porque no me ha ido tan bien aquí (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Brayan: Yo trabajaba con mi padre en la mecánica, busqué aquí trabajo de eso y me decían “ven, trabaja” y luego me decían “que no, qué gracias” y he tenido que vender caramelitos para rebuscarme unas moneditas, pero yo tengo fe, sé que voy a conseguir algoito. Mi esposa

también trabaja en esto, vendiendo caramelos, pero en el sur, en el Quicentro Sur. Con los caramelos igual, es duro, hay gente que lo menos precia a uno, que le dice “que se vaya para otro lado a buscar trabajo” (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Jesús: Ni bien llegado busque trabajo, pero acá no quiere pagar lo que uno se les trabaja, quieren que se les trabaje regalado. Una señora me enseñó como se vende las aguas y después, la señora que hace ropa me llamó para que le ayude a vender las camas de los perros acá (en la calle), ahí se le saca algo. Pero ella solo te paga lo que vendes. Acá nadie te regala nada. No más que toca estar atento de que no vengan los metropolitanos porque si me quitan esto, vuelta me tocará pagar a mí y yo de dónde voy a sacar la plata para esto. Por ahora no me queda de otra, vender estas cositas hasta tener algo más y meterme a las micas de celulares, ahí se gana algo más (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

El caso de Edison es un poco diferente, quizá pueda deberse a que es uno de los hombres del grupo que más años lleva en Ecuador. Es posible que sus condiciones respondan al año en los que él entró al país.

Edison: Yo estudié de policía nacional (en Venezuela) y antes de que me ponga a trabajar me ofrecieron la oportunidad de que salga del país, me habían dicho que acá era mejor. Cuando yo llegué acá, si había trabajo para nosotros, había mucho trabajo. Yo trabajé en una cafetería, vendía helados de conito, ahí mi jefa me puso a prueba para ver si yo era buena persona, después me pasó a un restaurant y ya viendo que yo era buen chico, me puso encargado de la cafetería. Hasta que llegó la pandemia, ahí si estropeó todo, yo me quedé algunos meses desempleado y luego volví a trabajar, pero mi jefa me dijo que no podía sostener más el negocio y que lo iba a cerrar y quebró. Desde ahí me puse a buscarme la platita trabajando de ambulante y aquí me encuentro vendiendo celulares (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

Estos relatos muestran la impotencia y el descontento ante la imposibilidad de conectar con un espacio de trabajo, dejando así como única opción el “emprender sus propios negocio” (Ramírez, Linares y Useche 2019, 21) o, en palabras de Bennholdt-Thomsen (1981), crear sus propias fuentes de “autoempleo”. Por otro lado, estos relatos y descripciones llevan a una serie de situaciones personales relacionadas de algún modo con la masculinidad y la subjetividad de estas personas.

Mientras se conversa con Joel, se puede notar que él desearía no solo cumplir con su familia, con lo económico y la manutención, sino que, además, busca un sentido a su ser hombre y su identidad masculina:

Joel: Me siento frustrado porque con la mujer (se refiere a su pareja) no logro ser detallista, pues no tengo dinero (se ríe avergonzado). Como padre no puedo responder. Una cosa es estar mal uno y otra estar con tus hijos y tu pareja. Yo siento que vendo poco y me siento mal, y cuando el día se pone bueno (respecto a las ventas), vengo a recargar el producto y salgo de nuevo, y me siento bien, como con vitalidad (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

En esta cita, el trabajo y las formas subjetivas parecen estar muy cercanas. Es por ello que, al no poder acceder a un trabajo “formal” o a su vez acceder a trabajos pero sin ninguna responsabilidad contractual por parte del contratante, con condiciones precarias y remuneraciones mínimas, se produce una contradicción subjetiva (Moyano, Castillo y Lizana 2008), que impide demostrar las habilidades personales de estos hombres, lo que en términos de género representa un cuestionamiento a su masculinidad.

Dicha contradicción subjetiva, que se origina en la imposibilidad de cumplir con uno de las principales exigencias de la masculinidad, es decir, el ser proveedor (Burín 2007, 39), provocando en todos ellos, entre otras cosas: “Desgano, desánimos, miedo, frustración, ganas de irse para otro país, presión, tristeza, desmotivación y baja moral”.

El trabajo en estos hombres no solo posibilita la existencia misma, sino que, además, su identidad masculina. Orillados a trabajo cada vez más exiguo, se interrumpe la satisfacción vital que produce el trabajo (Moyano, Castillo y Lizana 2008) en los hombres. De ahí que el trabajo en estas personas provoque “miedo, tensión y preocupación” tanto por la imposibilidad de no poder sostener la vida propia y la de sus familias, así como no poder cumplir con lo que se espera socialmente de ellos como hombres. Sin embargo, esta posición subordinada de la masculinidad en el trabajo (Connell 2015), no implica una ruptura de la organización tradicional del género. Es decir, tanto la organización familiar y la personal con la que estos hombres conviven, responden de alguna manera a los roles tradicionalmente de la masculinidad desde sus propias realidades y con sus recursos actuales. A continuación, se muestra fragmentos de los diálogos realizados con este grupo de hombres, donde se puede deducir algunas de las ideas relacionadas con la masculinidad de estas personas.

Joel: Yo cocino el desayuno y el almuerzo, luego viene mi mujer y ella hace la merienda. Mi hija también ya está trabajando, ella me ayuda con los gastos, lo malo es que sabe gastarse en sus pinturas y esas bobadas, no me gusta que haga eso. Pero ellos son jóvenes, les gusta esas cosas; irse a pasear y gastarse en algo (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Así mismo, Jesús comparte algunas ideas que se atañen a su sentido de masculinidad y protección, aunque desde un enfoque un tanto distinto al anterior relato:

Jesús: Mi hijo es muchas veces la razón para hacer lo que yo hago. Yo no quiero que el pase por lo que yo he pasado, que se ponga a trabajar. Es menor de edad. Yo soy el responsable y no me gusta que él ande por ahí vendiendo, exponiéndose a que también lo maltraten verbalmente. Yo no voy a dejar que le hagan daño, pero si le van a decir groserías entonces mejor no (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Por su lado, Fernando también hace menciones respecto a estos escenarios donde el sentido de la masculinidad, el trabajo y la organización familiar se entrelazan:

Fernando: Mi esposa me ayudaba acá, en las ventas, pero desde que tuvimos a la bebé, ella se queda en la casa y yo me venga acá a trabajar. Si me hace falta su ayuda, pero con la niña es muy difícil que venga acá. Yo tengo que moverme y verme como me las arreglo para llevar dinero para nuestras cosas y de la niña (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Brayan, que dentro de este grupo de hombres es uno de los que lleva menos tiempo en el país y quizá el que más condiciones precarias tienes, comparte lo siguiente:

Brayan: Yo estoy acá siempre, vendiendo los dulces, mi esposa también trabaja vendiendo lo mismo, pero en el sur, con la niña (su hija). Yo me quedo acá hasta las 4 pm cuando me va bien y de ahí me voy con mi hermano para la casa. Ella (su pareja), como mamá, está con el niño más tranquilo. Acá conmigo se va a poner a llorar. Es más apegada a la mamá. A veces le digo a la mamá que no salga a trabajar, que solo salgo yo, pero ella también es como yo, no le gusta estar haciendo nada en la casa, le gusta hacerse lo suyo para ayudarnos. Nos ayudamos entre los dos, con la mujer es más fácil porque la llevamos entre los dos (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Edison, que llegó en el 2016 a Ecuador, ha logrado que su familia propia y nuclear se organice de la siguiente forma:

Edison: En mi casa mi papá y yo y mi pareja actual trabajamos. Mi mamá no trabaja porque se queda cuidando a la niña (su hija), mi papá es soldador en Mercado Arenas. Pero soy yo el que responde por mi hija, los gastos y esas cosas. Mientras yo estoy acá trabajando, mi mamá se encarga de las cosas del hogar para nosotros (la familia entera). Mi hija está estudiando y le ayuda mi mamá y yo cuando tengo tiempo (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Los relatos citados hasta aquí muestran que, el trabajo en la medida que genera ingresos que permiten sostener la vida, es sinónimo de poder demostrar las habilidades y destrezas frente a los problemas y necesidades familiares. Situación que se mezcla con nociones de honor frente

a la pareja, la responsabilidad única de los hijos, el cuidado en un sentido de protección física y la estabilidad familiar en términos de que no falte lo necesario para vivir.

El resto de hombres del grupo, sobre todo de William A. y Williams, su trabajo está ligado a la supervivencia propia, ya que, al no tener familiares cercanos, su organización cotidiana, así como sus obligaciones son un tanto diferente al resto de hombres de esta investigación.

William A. por ejemplo, cuenta que tiene una hija que está con su madre en Colombia, pero que no ha tenido ningún contacto desde hace algunos meses.

William A.: Con la mamá de mi hija nos separamos hace más de un año, ella se quedó en Colombia y yo me vine para acá. No hemos hablado últimamente, no tengo su contacto. No sé nada de la niña (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

3.2. Vulnerabilidad y construcción de un nuevo hogar

Si bien el miedo y el esfuerzo por ganarse la vida son sentimientos comunes y generalizados en este grupo de hombres, hay que notar que existen diferencias entre ellos, tanto en la organización de sus familias como en las condiciones en las que viven actualmente cada uno de ellos. Quizá esto se deba a lo que ya se ha planteado anteriormente, respecto a que “los migrantes venezolanos que llegaron en los últimos dos años a Ecuador presentan características de mayor precariedad y, por ende, de mayor vulnerabilidad” (Ramírez, Linares y Useche 2019, 21).

Durante el acompañamiento que se realizó a estos hombres su pudo conocer a una parte de sus familias y sus viviendas. Hay que reconocer que las condiciones en las que viven todos, son muy precarias, sobre todo en lo que respecta a la vivienda; pues, varios arriendan “cuartos” en los que se acomodan ellos y sus familias compartiendo, en algunos casos, áreas comunales como los baños y las cocinas. Sin embargo, frente a esta generalidad, se sostiene que el nivel de precariedad es distinto, a continuación, se precisan algunos datos al respecto.

Edison, que es uno de los hombres que más tiempo lleva en el país, llegó en año 2016, desde su llegada logró conseguir empleo en el que se mantuvo por 3 años hasta iniciada la pandemia de la COVID-19. Logró que sus padres, hija y su actual pareja viajaran a Ecuador.

Actualmente viven todos juntos. Su padre y su pareja tiene trabajo en pequeñas empresas de comerciantes y él se dedica a la venta ambulante de micas y tecnología celular, producto con el que ayuda con los gastos del hogar y los de su hija. Ahorrando es como ha logrado conseguir independencia en la vivienda y el moblaje: camas, colchones, cocina, refrigerador.

Carlos llegó en 2017 con su esposa e hijo. Apoyado en la ayuda de su hijastro (que había llegado en 2016), logró conectar con la venta ambulante; comenzó vendiendo aguas y ahora se dedica a la venta de franelas (camisetas) y su pareja vende arepas con jugo en las tardes. Juntos comparten una vivienda en la que además es muy común que reciban a más familiares que van llegando al país. Con la ayuda de su hijastro y el trabajo que consiguió de mesero han logrado equipar su hogar: cocineta, refrigeradora, camas, televisión, motocicleta y carros para la venta de comida.

Joel, llega con sus dos hijos a Ecuador en el 2018. Llegó a casa de su hermana radicada acá desde 2014, quien le ayudó con la vivienda durante un tiempo. Logró arrendar un cuarto en donde se acomodan él y sus dos hijos en unos colchones y muebles que les han sido regalados y comparte los servicios higiénicos y la cocina con más personas del edificio. Para sostenerse económicamente se ha dedicado a la venta del agua y energizantes, pero desde la pandemia su principal ayuda fueron varias organizaciones y fundaciones que le ayudaron. Su hija, recién cumplida la mayoría de edad, encontró trabajo y colabora con los gastos del hogar. El hijo menor, estudia. Joel es uno de los hombres de este grupo que pide constantemente prestamos al “gota gota” o sea, al chulco, la razón por la que lo hace es que porque “no me alcanza para nada lo de las aguas”.

Williams llegó en 2018, por su edad (77 años) fue direccionado a una casa de acogida donde, además, paga un valor mínimo de \$25 mensuales para garantizar su espacio de descanso. Vende esferos y fosforeras y el ingreso que tiene de eso es mínimo. Por su edad, se le complica la movilidad de un lugar a otro, por lo que prefiere comer fuera de casa, cerca de su lugar de trabajo. Él no cuenta más que con una alfombra, una cafetera y un televisor antiguo.

Fernando y su pareja, llegan en 2018 al país, son recibidos por su cuñada, que está en Ecuador desde el 2015, que ejerce la profesión de enfermera y trabaja en el Ministerio de Salud Pública – MSP. Él y su familia: esposa e hija de un año de edad, comparten gastos con su cuñada. Debido al nacimiento de su hija, varias fundaciones le han ayudado, lo que les ha permitido ahorrar y comprar equipar su hogar. Su esposa se dedica al trabajo doméstico y él se dedica mayormente a la venta de micas para teléfonos, pero, además, realiza trabajos esporádicos en un taller de reparación de lavadoras y calefones domésticos.

William A. llegó a finales de 2020 a Ecuador. Vivió en casa de sus amigos los primeros meses y ahora alquila un cuarto al sur de Quito. Ha logrado la compra de colchones y un congelador para cuidar el producto que comercia en el Centro Histórico de Quito. Piensa en

ahorrar para que en los siguientes meses pueda viajar a Perú o Chile a conseguir mejores oportunidades.

Brayan, que tiene menos de un año, exactamente 7 meses en el país. Ha realizado todo su viaje con sus hermanos y cuñada, su pareja y su hija. Ahora viven al sur de Quito. Alterna la venta de caramelos con el oficio de cargador en el Tejar, pero, además de estos ingresos, él vende también su condición de pobreza, con la que consigue en muchas ocasiones alimento, ropa y dinero: “hay gente chévere que me ayuda y me da unas moneditas, o cogen un dulce y no me recibe el cambio o también que me dan las monedas, incluso me ha comprado la funda completa”. Ha logrado equipar su hogar con algunas cosas prestadas, aunque él reconoce que no ha realizado mayor inversión en esto.

Jesús, que llegó con su hijo hace 4 meses, con las ventas que realiza, ha logrado arrendar un cuarto con colchones y cocina en la parte sur del centro histórico. No tiene otros familiares y la ayuda que ha recibido es de otros compatriotas que ha conocido en las calles y conocen su situación. Espera ahorrar para legalizar su residencia y así poder tener mejores aspiraciones de empleo y vida.

Con lo que se apunta hasta aquí, conlleva a pensar que la masculinidad y las relaciones de poder no se organizan de manera “autónoma” o por sí solas, sino que siempre se definen en relación con algo más, como lo advierte Connell (2015, pág. 58), “las definiciones de masculinidad se encuentran íntimamente ligadas a la historia de las instituciones y de las estructuras económicas. La masculinidad no es solo una idea de alguien ni una identidad personal”. En ese sentido, quizá la identidad de estos hombres no sea solamente entendible desde aquellos valores fuertemente relacionados con la masculinidad como, por ejemplo: ser proveedor, la responsabilidad con el trabajo, la protección de sus hijos o la organización familiar bajo los roles de género tradicionales, sino que también por los contextos de desempleo masivo y el racismo que contribuyen en la conformación de las relaciones humanas y de género (Connell 2015). Esta última idea permite acercarse a organizaciones específicas de género que no solo compromete a estas personas, sino que, además, a sus familias; como se apunta más adelante, la organización familiar resulta vital, por ser parte de una estrategia para sostener la vida.

Teniendo en cuenta el contexto donde han surgido nuevas tecnologías (Connell 2015), donde los fenómenos migratorios se han agudizado (Herrera y Cabezas 2019) y la informalización del trabajo es una tendencia a nivel global (Antunes 2012), las configuraciones de género, así como las identidades que lo componen, se verán de alterar. Para Connell (2015), la

interacción del género con otras estructuras ocasiona nuevas relaciones y una de ellas es la marginación de las masculinidades de las clases dominantes y las subordinadas. Por ejemplo, la exclusión que sufren estos hombres migrantes se traduce en una subordinación de clase, pero, así mismo, en una marginación de género dentro de los mismos grupos masculinos, aunque las prácticas y los roles simbólicos adquieran otras formas.

En el caso del grupo de investigación, las muestras constantes de impotencia y frustración por no llegar a cumplir con aquellos roles que socialmente se les ha exigido a los hombres, se corrobora con la idea de marginalidad planteada por Connell (2015). Es decir, la identidad de estos hombres no solo es determinada por su práctica género, sino que también por el lugar que ocupa socialmente la mano de obra migrante en el capitalismo moderno. Sin embargo, esta marginalidad es relativa. Aunque su condición masculina frente a otros hombres o incluso al interno del grupo hombres de esta investigación y entre las diversas masculinidades, sea diferenciada y desigual, su condición masculina los ubica dentro de los beneficios de la autoridad hegemónica. Señala Connell (2015, 115) que “en general, el hombre obtiene ventajas de la subordinación de las mujeres”. Por ejemplo, muchos de estos hombres migrantes pueden respetar a sus parejas y no ser violentos e incluso asumir tareas del hogar, pero, por otro lado, están convencidos de que la mujer es la que mejor puede realizar el papel de crianza de los hijos e hijas, así como el trabajo doméstico.

3.3. Trabajo ambulante y estrategias de reproducción

El grupo hombres que forman parte de esta investigación se dedican a la venta ambulante de productos de consumo inmediato como caramelos, gelatinas, arepas, hamburguesas, o artículos relacionados con la vestimenta, el calzado, cosméticos, y tecnología celular, así también como productos de consumo personal tales como las aguas embotelladas, gaseosas, energizantes, entre otros. En su mayoría, estas personas están apoyadas por una organización específica de sus familias, ya sea hijos, padres, madres o sus parejas; quienes en muchos casos proveen también de alimentación, el abastecimiento de los productos que comercializan o el cuidado de las relaciones emocionales al interno de hogar. En ese sentido, la organización familiar se vuelve importante para el desempeño en el trabajo, no solamente por el trabajo doméstico realizado para garantizar la renovación de la fuerza de trabajo, sino que también, porque dicha organización se convierte a su vez en una estrategia de subsistencia.

Unda (1995) sostiene que estas estrategias son muy comunes en los espacios de proletarización incompleta, es decir, donde no existe un salario, razón por la que muchas familias trabajadoras se ven obligadas a generar “diversas estrategias reproductivas” (Unda,

1995, pág. 107). Pero además, estas prácticas colectivas; que en muchas ocasiones incluyen a la familia ampliada, las relaciones vecinales (Cueva, 1988), los compadrazgos o el parentesco (Unda, 1995), tanto para Unda (1995) como para Pérez (1991) forman parte de la identidad de estos actores social. Es decir, una identidad de clase, identidad en la que se ven reflejadas la mayoría de las clases populares. No obstante, estas estrategias y su organización no podrían estar abstraídas o fuera de las relaciones de género ni de las relaciones de poder que instala la autoridad hegemónica. En el grupo de observación se puede notar que algunas de las organizaciones familiares se corresponden, por ejemplo, con los espacios que se les ha asignado tradicionalmente a cada uno de los géneros: lo masculino en lo público y lo femenino en lo privado. Estas relaciones familiares en muchos casos están establecidas sobre muchos de los mitos, roles y estereotipos que se han creado en torno a los cuerpos (Connell, Masculinidades 2015), pero que dentro de las relaciones que viven este grupo de hombres son las únicas formas posibles de una organización colectiva.

Por otro lado, es posible observar a través de este grupo de hombres como las estrategias de reproducción en distintos momentos, sobrepasa o altera las formas tradicionales del género, como, por ejemplo, la disposición de los espacios domésticos es alternado por hombres y mujeres con el fin último de consolidar una estrategia de subsistencia colectiva. Es decir, aquellas actividades que comúnmente son asociadas únicamente a mujeres u hombres, son transgredidas por la necesidad de sostener la vida.

El caso de Carlos quizá es uno de los que ejemplifica lo mencionado anteriormente. Él vive con Sheyla, su pareja. Ambos tienen un hijo en común, Jesús, de apenas 11 años de edad. Los dos saben que la responsabilidad de su hijo es compartida, que tienen que velar para que nada le haga falta. Carlos comparte las siguientes palabras, con toda la claridad del caso:

Carlos: Acá las cosas las hacemos todos. Yo, no hago la cocinada, yo me meto en la fregadera (lavar los platos), eso sí. Pero en la cocinada no, eso hace ella, (señala a Sheyla). A mí no me gusta eso. A veces lo hace mi mamá, pero por lo general es ella la que hace todo lo de la comida (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

Durante las visitas, Carlos se nota muy comprometido con el cuidado de su hijo. Ayuda a Jesús a realizar sus tareas, lo ayuda con su mochila, prepara su colación y lo lleva cada día de la casa a la escuela y de la escuela a la casa. Dice Carlos que es él quien tiene la tarea de la educación de su hijo; un acuerdo implícito al que han llegado como familia. Además, para él y Sheyla es necesaria esta organización, ya que eso posibilita, a su vez, que ellos dos puedan dedicarse a las ventas. En estas circunstancias, se explicitan las relaciones de género. Se

puede ver al interior de la familia, la designación de las mujeres al espacio de la cocina realizando tareas que permitan la renovación de la fuerza de trabajo y, por otro lado, se notorio ver a un hombre comprometido con una de las unidades domésticas destinadas casi siempre a las mujeres, es decir, la crianza y educación de los hijos; ambas son tareas que representa la posibilidad de mantener a personas saludables, con estabilidad emocional, seguridad afectiva y capacidad de relacionamiento y comunicación (Carrasco 2014).

Esta organización, desde luego, pone en cuestión la marginación que sufren estos hombres dentro del mismo régimen masculino y entre los diferentes grupos masculinos, por ello se apuntado anteriormente que dicha marginalidad es siempre relativa y circunstancial. Sin embargo, no podemos dejar de señalar que, en este caso, la organización y distribución de tareas está marcada también por la imperiosa necesidad de trabajar para sostener la vida en común de esta familia. De ahí que muchos de los roles masculinos y femeninos sean alterados, combinados o sean flexibilizados en la cotidianidad de las vidas de estas personas.

Un tanto diferente es el caso de Joel. Él convive con Martha, su pareja, y su hijo, quienes llegaron hace un año a Ecuador. Ella ha logrado conseguir trabajo como empleada doméstica para un comandante de la Policía Nacional, donde por ocho horas de trabajo percibe una remuneración de 250 dólares mensuales. En casa, después de su jornada de trabajo, muchas veces resuelve también la tarea de la alimentación:

Joel: Yo colaboro en la casa, ambos nos ayudamos, pero ella (Martha) es quien más cocina, y yo siempre como en casa. A veces, yo me levanto hago el desayuno para que ella se vaya al trabajo, y luego me preparo algo al almuerzo. La merienda la hace ella. Cuando estaba mi hija en la casa ella me ayudaba con eso, preparaba algo y yo venía, comía y vuelta me iba a seguir vendiendo (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

Para Joel, aunque participe y colabore activamente en las tareas del cuidado y sostenimiento del hogar, estas actividades son propias de las mujeres. En principio, quienes deberían responder a las tareas domésticas son su pareja y su hija, sin embargo, de la familia, ellas son las únicas que han conectado con trabajos más estables, lo que les hace difícil realizar y asumir las tareas domésticas continuamente. Joel, reconoce que este tipo de tareas ayuda en la economía del hogar, ya que eso le permite a él y a su familia desayunar, almorzar y cenar en casa, por lo que está dispuesto por momentos a realizarlas y compartirlas con su familia.

La ruptura que Joel vive con su masculinidad y las mujeres de su familia, gira en torno al trabajo. Ellas han conseguido lo que él no, trabajo; y el trabajo en los hombres significa una suerte de realización (French 2000). Se observa que esto en él produce cierta neurosis

masculina, como lo denominaría Badinter (1993), debido a que esta persona no ha logrado cumplir con lo que se espera socialmente de él, es decir, ser jefe de hogar. Hay que precisar que las dos mujeres con las que conviven: su pareja y su hija, son el principal sostén de la familia, ellas asumen los gastos de arriendo y gastos de luz y agua. Lo que él (Joel) consigue por medio de su trabajo de venta de aguas es una remuneración mínima que normalmente lo utiliza para el mercado diario.

Esta crisis constante por la que pasa Joel podría ser visto como las dificultades que tiene aquellos “hombres que no son jefes de familias o que, por otras razones, no alcanzan las características que marcan la virilidad y la hombría en los sistemas de género dominantes” (Paulson 2013, 36). Esto provoca en él la falta de autocontrol y el irrespeto por parte de los demás miembros del hogar:

Joel: Mi hija apoya en la casa con los gastos, claro que es una ayuda. Pero a veces se gasta en cosas que no debe, se compra sus pinturas o sale ahí con los muchachos a pasearse en los centros comerciales (lo dice con risa vergonzosa). No sé si sea que soy machista, pero Martha pasa mucho tiempo en el celular, me da ganas de quitarle el teléfono y ver que tanto hay ahí, de decir que ya dejé esa cosa, que esté conmigo (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

Joel, sin embargo, reconoce la importancia que tiene para él y su familia el hecho de que su pareja y su hija trabajen, advierte que sin esos ingresos todos podrían estar en condiciones mucho más precarias. Así mismo, reconoce también que el apoyo de su hija es vital, en tanto ella ya puede ofertar su mano de obra, ya que cumplió la mayoría de edad y “podría defenderse sola” siendo “una carga menos en el hogar y un aporte económico para la familia”.

Hay que apuntar, además, que Joel ha trabajado en la industria petrolera de Venezuela por varios años, lugar donde, según French (2000), es muy valorada la idea de ser “hombres padres de familia”, porque para la industria esto es sinónimo de ser trabajadores más fieles y sumisos al patrón. Idea que cala en el imaginario obrero y que produce en sus relaciones íntimas, un “trueque” donde el rol de la proveeduría justifica el control a los hijos, hijas, parejas, madres y padres (French 2000). De alguna manera, este hombre no ha podido entablar este “trueque” con su familia, sobre todo con las mujeres de su hogar, cosa que desearía para sentirse más cómodo con su masculinidad, pues como señala French (2000, 38) “tener un trabajo remunerado equivalía a ser un hombre”.

El caso de Fernando y su familia es también diferente a lo que se ha visto hasta este momento. Él vive con Alejandra, con quien tienen una hija de ocho meses de edad. Ambos trabajaban

vendiendo micas en el centro histórico de Quito hasta que se embarazaron y decidieron dividir las tareas de cuidado y trabajo. Ella se hace cargo de la niña y él de conseguir el dinero suficiente para los gastos de la familia:

Fernando: Con la niña es más difícil que mi mujer venga ayudarme, además que es cansado. Entonces por eso ella queda en la casa cuidándola a mi hija y yo me ven acá a rebuscarme algo para el diario (se refiere a sus gastos diarios) (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

En términos generales, la estructura de género es muy tradicional y los roles son más explícitos: hombre proveedor y padre de familia responsable y, por otro lado, mujer que asume los cuidados de su familia en su totalidad; organización del género clásica y muy propia de América Latina (Paulson 2013).

Por un lado, esta organización de género en la familia, para Fernando, genera mucha presión y tensión hacia sí mismo; el poder sostener a su familia está atravesado por su honor como hombre y el amor a ellos, lo que le ha obligado a alternar la venta ambulante con una serie de otros trabajos: barbero, servicio al cliente, ayudante de taller mecánico. Reconoce que, cuando era ayudado por su pareja, todo era “más fácil, más sencillo y menos cansado”, lo que significa que reconoce la importancia del uso de la fuerza de trabajo de esta persona, sin embargo, se nota que ese reconocimiento es posible solo en la medida que su pareja lo ayude a trabajar, más cuando esta fuerza de trabajo se expresa en los cuidados domésticos, no es valorado de la misma forma.

Por otro lado, es notorio que esta organización familiar es posible por la ayuda que tiene esta familia por parte de la hermana de Alejandra (la cuñada de Fernando), una médica que ha logrado conseguir un puesto de trabajo en el Ministerio de Salud Pública – MSP, quien percibe un salario fijo y ayuda con los gastos de la casa que comparten con su hermana. Fernando reconoce que sin esa ayuda “ahí sí quizá le tocaría salir a vender a mi mujer y traernos para acá a la niña”. Lo que da cuenta que las relaciones de género varían en sus formas, entre otras cosas, por la condición de precariedad y situación económicas de cada familia.

La situación de Fernando en contraste con la del Joel puede dar más elementos para apreciar esta última idea respecto a la alteración de las relaciones de género por las diferentes estrategias de reproducción y subsistencias que cada una de las familias crea. En el caso de Joel se ha visto que es necesario que las personas que forman parte de hogar vendan su fuerza de trabajo, sobre todos si ya cumplen la mayoría de edad, como su hija, o están en

condiciones de vender algún servicio, como su pareja. Al no contar con ningún tipo de ayuda, esta estrategia de reproducción es vital. Lo que sucede con Fernando es diferente, la ayuda que él y su familia recibe por parte de su cuñada (hermana de su pareja), evita que tanto su pareja como su hija tengan que exponerse a largas jornadas de trabajo en condiciones no apropiadas para su hija.

Brayan y su familia, es otro de los ejemplos de lo que se ha planteado hasta aquí. Ellos, relativamente recién llegado al país, dependen enteramente del trabajo de él y el de su pareja. Tanto él como su pareja se dedican a la venta de caramelos, pero no solo es esto lo que les garantiza su subsistencia, sino que pesa mucho las formas en las que venden sus productos. Ambos, piden constantemente que se “les colabore”, lo que significa que no solo hay la posibilidad de comprar sus caramelos sino, de regalarles comida, ropa, dinero, etc.

De alguna manera promocionan su vulnerabilidad y dependen de que él y su pareja la promocionen para poder resolver la subsistencia de su familia:

Brayan: Hay mucha gente que me colabora, que no se lleva los caramelos, pero que me da un dolarito, o que me compra toda la funda en cinco dolaritos. Mi esposa hace lo mismo en los centros comerciales del Sur (entrevista a trabajador informal, 24 de febrero 2022).

Aquí es notorio como la organización de género tiene una funcionalidad para la estrategia de reproducción. Como se ha mencionado anteriormente, esta familia es una de las más precarias en comparación con el resto de nuestro grupo. En este caso, hombre y mujer se ven en la obligación a trabajar todos los días de la semana para conseguir el sustento diario. Brayan, es un hombre que vende su marginalidad para poder conseguir unas monedas que le permitan, además de proveer a su familia, cumplir simbólicamente con un rol que se le ha sido impuesto.

Aunque él reconoce lo importantes que son los ingresos de su pareja para él y su hijo: “ese ingreso que se lo gana ella en los semáforos y en los centros comerciales, lo necesitamos”, es notorio que hay relaciones asimétricas entre estas dos personas respecto a la crianza y cuidado de su hijo. Si bien la condición de Brayan y su familia es bastante precaria, al interno, las relaciones de cuidado respecto a su hijo, responde a los mitos y roles que se les han dado a las mujeres y su conexión única con la maternidad (Badinter, 1993), ya que es su pareja la que se hace cargo mayormente del hijo que tienen en común.

Cada uno de estos hombres y sus familias han optado por estrategias de reproducción diferentes, en todos los casos esta organización depende en gran parte de su situación muchas veces precaria. Esto provoca, entre otras cosas, una ruptura con todos los roles y asignaciones de género que se le ha dado a cada uno de los cuerpos, de ahí que Connell (2015) proponga que los cambios de género vienen de afuera, es decir, desde las estructuras económicas; “de la tecnología o de la dinámica de clase, la mayoría de veces” (Connell 2015, 117), sin embargo, no se podría afirmar que estos cambios en los modos de vida de estas personas representen ponga en cuestión la autoridad hegemónica de la masculinidad. Lo cual permite ver como el espacio de trabajo y el hogar se redefinen uno al otro constantemente.

Se puede reconocer de este modo a un grupo de hombres sumisos y subordinados ante el capitalismo y marginados ocasionalmente por personas de su mismo gremio, pero que siempre son beneficiados simbólicamente: prestigio y el derecho a estar por sobre otros y especialmente sus parejas o hijos, sin que eso implique necesariamente ganancias materiales, como, por ejemplo, un salario digno.

3.4. Homosocialidad: complicidad y redes de apoyo

French (2000, 33) sostiene “que el lugar de trabajo es el que, finalmente, genera la identidad, el comportamiento, las relaciones sociales y la conciencia de clase”. De ahí que el trabajo sea uno de las instituciones de mayor importancia para el estudio de las masculinidades, ya que reúne a cuerpos y relaciones más o menos estables (Connell 2015). Quizá, el grupo que se ha observado a lo largo de esta investigación es una clara muestra de estas últimas afirmaciones. En este caso en particular, dicho espacio se encuentra en una constante disputa por el vendedor ambulante de calle y por las autoridades reguladoras del espacio público. Esto conlleva a que varios trabajadores de la calle se organicen para andar en grupos, cuidándose el uno al otro; generando dinámicas de presencia colectiva en las calles.

Durante el acompañamiento a este grupo de hombres en sus actividades cotidianas, se ha podido notar que la mayoría de ellos ha concluido que el espacio de trabajo demanda mucha atención, no únicamente por lo que implica poner en práctica su conocimiento para la venta de sus productos, sino, por la atención que deben tener a las redadas y persecuciones constantes de la que estas personas son víctimas, ya sea por parte de la Policía Metropolitana o las autoridades de migratorias del país, quienes les aplican multas, sanciones, prohibiciones y hasta el decomiso de sus productos. Esta persecución por parte de las autoridades provoca que estos hombres, y muchos otros más, apelen a lo que Andrade (2001) denominaría como el repertorio disponible de saberes y significados que son percibidos como formas socialmente

apropiadas para personajes heterosexuales. Parte de ese repertorio justamente es el uso de la fuerza y la violencia muchas veces normalizada que, en este caso, resulta el único recurso que permitiría dar respuesta ante una posible redada por parte de las autoridades. Este hecho, como parte de las “experiencias cotidianas”, como las denomina Perelman (2013), provoca una experiencia unificadora en estos hombres., ya que todos han sido embargados y su mercadería muchas veces confiscadas por parte de la Policía Metropolitana, he incluso muchos de ellos tienen sanciones por la autoridad migratoria del país. Ninguno de estos ha podido recuperar las mercancías confiscadas, ni tampoco han logrado pagar las multas en migración; multa que tiene un costo de cuatrocientos dólares. Lo que, por un lado, complica su situación económica cotidiana, y por otro, complica la posibilidad de regularizarse en el país.

Este tipo de relaciones vividas en el día a día provoca, como se señalaba anteriormente, una experiencia unificadora, generando cohesión entre los trabajadores; en este caso unión de los trabajadores específicamente migrantes, para construir redes de apoyo y ayuda mutua para el cuidado en las redadas metropolitanas (Grupo focal, 24 de febrero 2022):

Joel: Aquí (en el Centro Histórico de Quito) nos conocemos todos, al menos los venezolanos. Desde el Tejar hasta La Marín. Ellos (señalando a un grupo de vendedores) saben dónde vivo y de mis hijos. Es que siempre es mejor estar unidos (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Jesús: Siempre estamos atentos, si no soy yo es él (señala con un gesto a colega vendedor). La señora de allá, ella me sabe decir “venga, venga, entre” cuando vienen los metropolitanos; ella es buena conmigo (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Fernando: Ya uno está cansado de los metropolitanos, ellos son los primeros en ser racistas, nos dice “ándate a tu país hijueputa”, nosotros les sabemos reclamar forcejear con ellos para que no nos vean que andamos solos. Yo le sé decir “Mi hija es ecuatoriana, así que si quiere que me vaya no se va a poder” (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

Carlos: ¡Uf! Ellos (los agentes metropolitanos) no entienden nada, nos toca pararnos duro para que entiendan que no estamos haciendo nada malo. Ellos me dicen “lárgate a tu país venezolano” y yo les respondo “cuando tu gente se devuelva de mi país, yo me voy”. Tenemos que siempre apoyarnos y silbarnos cuando ellos vienen (Grupo focal, 24 de febrero 2022).

El constante acoso de las autoridades desata muchas veces riñas, donde el único recurso, aunque no siempre utilizado por parte de estos trabajadores ambulantes, es el uso de la fuerza, con ellos es que logran huir de ser sancionados o de los decomisos de sus mercancías;

situación que en muchos casos exige la fuerza física para confrontar la represión y persecución cotidiana en los espacios donde trabajan.

Otra de las formas en que la masculinidad de estas personas es actuada, es en la relación entre trabajadores. La mayoría, estos hombres han reconocido que uno de los espacios que más alegría y satisfacción es el que comparten con sus amigos de trabajo. Joel, comparte su sentir al respecto “Me siento contento cuando veo a los muchachos”; por otro lado, Carlos dice lo siguiente “alegría, siento cuando converso con ellos y ahí estamos echando relajo”; así mismo, Fernando menciona que “Nos la pasamos riendo mientras buscamos vender”; y Edison “contento de verlos a los Chavelos”.

Aunque cada uno de estos hombres maneja un horario de trabajo propio, la extensión de la jornada de trabajo, llegan a ser similar entre todos; según la información compartida en las entrevistas, se podría afirmar que el promedio de horas de trabajo de estos hombres está entre las 8 y 12 horas por día, no obstante, muchos de ellos buscan lugares en común. Por ejemplo, es muy común que Joel, Carlos y Williams, los fines de semana coman juntos, compartan con sus familias. Esto genera en ellos mucha tranquilidad y son los espacios donde en gran medida se rehace su masculinidad por medio del chiste, de los apodos, de la burla del otro.

Durante una de las comidas que se compartió con el grupo entero y con algunos de los integrantes de las familias, era notorio la asignación y distribución de las tareas entre hombres y mujeres; mientras las mujeres se dedicaban a la preparación de los alimentos, ellos conversaban de los amigos en común, de las novedades de su país y otros temas que resultaban del interés de todos, incluido las mismas mujeres que desde lejos intentaban participar en la conversación. Sin embargo, los roles de quien asume las tareas de la cocina y otras cosas relacionadas con el cuidado del espacio doméstico son muy evidentes.

Conclusiones

Una nueva realidad de las relaciones de poder no debe suponer, necesariamente, que haya una ruptura con las ideas que han perdurado a lo largo de la historia de las relaciones de género. Todo lo contrario, es una configuración aún más compleja de las relaciones donde el poder o la capacidad de influir y tomar ciertas decisiones sobre otros y otras se confunde en un juego posicional.

En los relatos citados en este último capítulo se puede encontrar a un grupo de hombres marginados por la misma lógica hegemónica y autoritaria que configura su identidad, y que

entre ellos y su correspondencia con el poder existen condiciones y espacios que hacen que las relaciones de poder no sea completamente lógicas ni lineales. A momentos, el espacio del trabajo puede convertirse en un doble significante: subordinación y masculinización. Así mismo, el hogar en distintas condiciones de precariedad puede llegar a construir una organización familiar, basada en los roles y estereotipos clásicos del género, necesaria para la economía de subsistencia.

Se habla, además, de espacios de socialización masculina donde suceden las relaciones que de alguna manera moldean la subjetividad, las practicas, los sentimientos, los discursos y los comportamientos de los implicados, así como los modos de trabajar (Perelman 2013).

Socialidad que se realiza por medio de los chistes, la burla, el juego cotidiano, pero que, de la misma manera, en determinados casos y espacios, posibilita el cuidado y el apoyo mutuo entre este grupo de hombres y sus familias.

Conclusiones

A continuación, se propone algunas conclusiones de los principales hallazgos de la construcción de masculinidades de un grupo de hombres migrantes en el contexto de trabajo ambulante en las calles. Esto con el propósito de profundizar analíticamente las ideas que hasta aquí se han planteado, respecto a temas como, por ejemplo: trabajo informal, trabajo ambulante de calle, marginalidad, organización familiar y homosocialidad.

Es necesario partir de la idea planteada por Connell (2015), respecto a que la masculinidad no se define por la condición biológica de los cuerpos, sino más bien, por el mundo relacional de las personas y sus vínculos con la autoridad hegemónica. En ese sentido, la masculinidad no se define por sí misma, sino que las identidades tanto personales como grupales son mucho más comprensibles desde el entramado de relaciones de contacto (Perelman 2013), que se generan en el día a día de cada una de las personas. Por ello, se sostiene que la comprensión del trabajo ambulante y las relaciones que de esta actividad se derivan, permiten acercarse de mejor manera a las subjetividades y formas de vidas de un grupo de hombres que han migrado para buscar mejores condiciones de vida para ellos y sus familias.

Trabajo ambulante e informalidad

Analizar las prácticas de género de las personas dedicadas a la venta ambulante en las calles, conlleva aproximarse, en un primer momento, a aquellas nociones e ideas que de alguna manera han caracterizado al trabajo ambulante. De ahí que se ha abordado conceptos como el de “trabajo informal”, ya que este se ha convertido en uno de los conceptos más utilizados para explicar todas las formas de trabajo que se generan por fuera de los acuerdos y beneficios contractuales que en teoría debería garantizar el “trabajo formal”.

La importancia de este ejercicio, el de abordar el enfoque del “trabajo informal”, radica en que este, no solo pretende dar una explicación de la realidad de muchas personas dedicadas a un sin número de actividades comerciales que no obtienen los beneficios que debe garantizar el “trabajo formal”, ni realizan declaraciones fiscales, sino que, además, se convierte en un sistema clasificatorio y normativo del trabajo. Como lo reconoce Perelman (2013), dicho sistema da sentido a la vida de las personas, organiza su universo simbólico y de acción, así como también los incluye y excluye constantemente de diferentes dinámicas sociales.

Si bien es común que se asocie como parte de “la informalidad” a actividades económicas como, por ejemplo: la venta ambulante en las calles, esta actividad debe diferenciarse con claridad de las muchas otras formas que puede tener “lo informal” o “el sector informal”. Esto

posibilitaría una explicación más clara de las relaciones económicas y sociales de las personas dedicadas a esta actividad comercial, lo cual ayuda a comprender de mejor manera la construcción de identidades personales, así como las grupales. Pues, como se ha señalado en reiteradas ocasiones, “la informalidad” encierra muchas realidades que es necesario contextualizarlas y separarlas para su comprensión.

Esto último, provoca un cuestionamiento a la propuesta binaria de la “formalidad e informalidad”, enfoque que es muy utilizado en los análisis del trabajo en el país. El debate planteado en esta investigación, sugiere, además, que se proponga otra forma de analizar determinadas actividades, como, el trabajo ambulante. Por ello, se ha planteado que la denominación, quizá momentánea; pero más útil, sea la de “trabajo ambulante” o “trabajo ambulante de calle”. Denominación que posibilita comprender de mejor manera las relaciones de producción que se genera desde la marginalidad de determinada población, en este caso la migrante y la relación exclusión del mercado laboral de esta.

Ganarse la vida

Antes la imposibilidad de poder vender la fuerza de trabajo y conseguir un lugar en el mercado laboral que garantice mejores condiciones de vida para estos hombres y sus familias, la única opción de sostener la vida, es por medio del auto empleo. Este grupo de hombres migrantes a quienes han permitido el acercamiento personal, han visto en la venta ambulante la forma más legítima de ganarse la vida, en un lugar donde sufren constantemente rechazo, discriminación y marginación.

Esta marginación a la que están expuestos las poblaciones migrantes ocurre al mismo tiempo en que se construye (Perelman 2013). La tendencia global hacia la informalización del trabajo genera grandes fenómenos sociales y requiere principalmente de los movimientos migratorios en todo el mundo; como se ha apuntado, la migración venezolana está marcada por varios conflictos políticos y económicos. Mientras que, por otro lado, los países de destino de los grupos migrantes, muchas veces construyen discursos hacia estas personas señalándolos de delincuentes o de que roban el trabajo a los trabajadores nacionales. Tanto el discurso de la delincuencia y la competencia laboral, han calado en los países receptores de la migración venezolana que se ha expandido por toda la región sur de América (Fierro 2021). Lo cual ha construido una población marginada, que no cuenta con todas las posibilidades ni garantías de conseguir un empleo, acceso a la salud y una vivienda digna; conformando así, una mano de obra que está dispuesta a realizar cualquier actividad a cambio de un pago mínimo que les ayude a sostener su vida.

La integración de este grupo de hombres en el mercado laboral se da entonces, por medio de estrategias de supervivencia; que de alguna manera están vinculadas con los grandes capitales locales, más no por las formas laborales tradicionales. Estos capitales se sirven de la fuerza de trabajo empobrecida y marginada, que no tiene otra opción, más que la de vender su fuerza de trabajo por su cuenta, realizando varios oficios a la vez, sin ningún tipo de garantías ni responsabilidades con él.

Esta marginación del mercado laboral no supone una exclusión del capitalismo, todo lo contrario, están perfectamente integradas a este sistema de producción (Unda 1995). Las nuevas modalidades del trabajo están pensadas precisamente para que el empresario evite la responsabilidad de todo aquello que implica la reproducción de la fuerza de trabajo (Bennholdt-Thomsen & Garrido 1981), es decir, garantizar la salud, la educación, el descanso, la comida necesaria para la renovación de energías, etc. Por otro lado, la transgresión del espacio clásico del trabajo, es también clave para sacar el mejor rédito de las ganancias (Vejar 2017), debido a que crea nuevos modos de extracción de plusvalor (Antunes 2012), que tengan cada vez menos responsabilidades con todos lo que implica el trabajo reproductivo y el sostenimiento familiar (Bennholdt-Thomsen & Garrido 1981).

La relación entre los comerciantes mayoristas/empresarios nacionales y su relación con los trabajadores ambulantes migrantes son una muestra de cómo funcionan este tipo de relaciones mercantiles. La venta por consignación es un método muy común, sobre todo en los mayoristas de textiles y en los de aguas embotelladas o energizantes. Por medio de este método es que logran que sus productos salgan a las calles a ser comercializados, sin ningún tipo de responsabilidad o compromiso contractual con los vendedores.

Ante esta dinámica de mercado, el imperativo de ganarse la vida trabajando (sea como sea), gana. De ahí que muchos de los trabajadores migrantes, que han recibido una formación de tercer nivel y que poseen conocimientos de diferentes oficios, queden relegados a formas de trabajo como la descrita anteriormente. La informalización del trabajo avanza hacia estas formas laborales, donde los migrantes y las poblaciones más desprestigiadas de la sociedad son las primeras en convertirse en los sujetos de este tipo de relaciones de producción cada vez más precarias.

Género, trabajo y familia

Es común que la masculinidad se cuestione en la vida de los hombres (en el yo, en la persona), y no en la historia de las relaciones de producción. Sin embargo, las historias de

vida que en esta investigación se han encontrado, muestran la necesidad de re-pensar si es la masculinidad en sí misma, un problema para las relaciones de género o si son las instituciones que representan al capitalismo y el mercado, las que justifican su abuso de poder y violencia en la masculinidad. Vidas como las de estos ocho hombres, deberían ser un ejemplo para reflexionar respecto a los distintos campos del capitalismo que se encuentran relacionados con el ejercicio del poder en la construcción de las masculinidades y de las mismas relaciones de género.

La vulnerabilidad frente al mercado laboral se convierte en una realidad apremiante para estos hombres y sus familias. Frente a la necesidad de ganarse la vida se crean distintas estrategias de reproducción (Unda 1995) o producción para la subsistencia (Bennholdt-Thomsen y Garrido 1981), donde los roles se desfiguran por completo y donde las definiciones y conceptos son siempre relativos.

Ganarse la vida también tiene que ver con la cooperación y el pertenecer a un colectivo (Narotzky 2020). De esa manera es que se puede generar estrategias para gestionar recursos que no son fáciles de conseguir; aquí, las relaciones de confianza, parentesco, afecto, redes de reciprocidad son muy importantes. Se ha constatado que, en las familias que logran construir una estrategia sólida de subsistencia, sus condiciones son menos precarias, es el caso de Carlos y Brayan, por ello las relaciones humanas y la organización familiar hacen la diferencia.

Sin bien los roles de género son transgredidos en función de construir una organización que permita el sostenimiento del hogar, esto no deja de lado las confusiones de identidad que tienen los hombres de este grupo. La subordinación de estos hombres ante el mismo régimen masculino capitalista, provoca en ellos constantes crisis internas que se transforman en frustraciones, cansancio y, entre otras cosas, las ganas de regresar a su país, donde al menos podrían sentir más seguridad de ellos mismo; ya que en las condiciones que ellos viven, es casi imposible que el trabajo les genere honor y control de sus familias.

Se constata que las relaciones de género y las identidades masculinas no se definen por mis mismo, sino que responden a contextos específicos, por ello es que son cambiantes y diversas. Tiene sentido entonces el análisis de la construcción de identidad de masculinidades, desde contextos específicos como el trabajo ambulante y demás vinculaciones que permitan la explicación real acerca del sentido posicional de las relaciones de poder entre los géneros.

Referencias

- Acosta, D., Blouin, C., & Freier, L. F. 2019. *La emigración venezolana: respuestas latinoamericanas*. Madrid: Fundación Carolina.
- Agencia de coordinación distrital del comercio. 2015. *Reglamento a la ordenanza metropolitana Nro. 0280*. Quito: Agencia de coordinación distrital del comercio.
- Antunes, R. 2012. La nueva morfología del trabajo y sus principales tendencias. informalidad, infoproletariado, (in)materialidad y valor. *Sociología del Trabajo* (74): 47- 68.
- _____. 2005. *Los sentidos de trabajo*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- Arias Marín, Karla, Maldonado, Paúl y Jeaneth Torres. 2020. *Análisis del sector informal y discusiones sobre la regulación del trabajo en plataformas digitales en el Ecuador*. Santiago: Cepal
- Badinter, Elisabeth. 1993. *XY, la identidad masculina*. Buenos Aires: Grupo editorial Norma.
- Bennholdt-Thomsen, Veronika, y Anneliese Garrido. 1981. “Marginalidad en América Latina. Una crítica de la teoría”. *Revista mexicana de sociología* 43(4): 1505 - 1546.
- Burín, Mabel. 2007. “Trabajo y pareja: impacto del desempleo y de la globalización en las relaciones entre los géneros”. En *Reflexiones sobre masculinidades y empleo*, editado por M. L. Jiménez Guzmán, & O. Tena Guerrero. 59-80. Morelos: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias UNAM.
- Comunidad Andina de Naciones (CAN). 2024. “El 60% de los venezolanos migrantes se encuentran en la Comunidad Andina”. *Secretaría General de la Comunidad Andina*. <https://www.comunidadandina.org/notas-de-prensa/el-60-de-los-venezolanos-migrantes-se-encuentran-en-paises-de-la-comunidad-andina/>
- Cabanas, Edgar y Eva Illouz. 2019. *Happycracia*. Colombia: Planeta Colombia S.A.
- Carrasco, Cristina. 2014. “La economía feminista: ruptura teórica y propuesta política”. En *Con voz propia: la economía feminista como apuesta teórica y política*, editado por Cristina Carrasco Bengoa. 25-48. Madrid: Cristina Carrasco Bengoa.
- Castles, Stephen. 2013. “Migración, trabajo y derechos precarios: perspectivas histórica y actual”. *Migración y desarrollo* 11(20): 8 - 42.
- Connell, Raewyn. 2015. *Masculinidades*. México: UNAM.
- Connolly, Priscilla. 2015. “Dos décadas de sector informal”. *Revistas del departamento de sociología* 5(12):1 - 15.
- Consejo Metropolitano de Quito. 2009. *Ordenanza metropolitana No. 0280 para el desarrollo integral y regulación de las actividades de comercio y prestación de servicios de las trabajadoras y trabajadores autónomos del distrito metropolitano de Quito*. Quito: Consejo Metropolitano de Quito.
- Cueva, Agustín. 1988. *Las democracias restringidas de américa latina*. Quito: Planeta del Ecuador S.A.
- De la Garza, Enrique. 2017. “¿Qué es el trabajo no clásico?”. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo* 21 (36): 5 - 44.
- _____. 2017. “Crítica del Concepto de Informalidad y la Propuesta del Trabajo no Clásico”. *Revista Trabajo* (14): 51 - 70.
- _____. 2013. “Trabajo no clásico y flexibilidad”. *Caderno CHD* 26 (68): 315 - 330.

- _____. 2000. *Subjetividad, Cultura y Estructura*. Iztapalapa: Universidad Autónoma Metropolitana - Delegación Iztapalapa DCSH/UAM-I, División de Ciencias Sociales y Humanidades.
- _____. 2009. "Hacia un concepto amplio de trabajo". En *El mundo del trabajo en América Latina*. 111-136. Buenos Aires: CLACSO.
- Denning, Michael. 2011. "Vida sin salario". *New left review* (66): 77-94.
- Espinosa, Mario. 2013. "Neoliberalismo en América Latina: una interpretación desde la ideología en Žižek". *Sociológica* 28 (79): 51 - 78.
- Federici, S. 2010. *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficante de Sueños.
- Fierro, Alejandro. 2021. *Imaginario colectivo y sentidos comunes en Latinoamérica en torno a la emigración venezolana*. Quito: Rosa Luxemburg Stiftung
- French, William. 2000. "Masculinidades y la clase obrera en el distrito de Hidalgo, Chihuahua". *Nueva Antropología* (57): 33 - 41.
- Gómez, María. A. y David Restrepo. 2013. "El trabajo precario, una realidad distante del trabajo decente". *Katharsis* (15): 173 - 194.
- Harvey, David. 2015. *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal, S. A.
- Heller, Agnes. 1977. *La sociología de la vida cotidiana*. Budapest: El Subamericano.
- Herrera, Gioconda. 2014. *El vínculo entre migración y desarrollo a debate: miradas desde Ecuador y América Latina*. Quito: FLACSO.
- Herrera, Gioconda y Gabriela Cabezas. 2019. "Ecuador: de la recepción a la disuasión. Políticas frente a la población venezolana y experiencia migratoria 2015-2018". En *Crisis y migración de población venezolana. Entre la desprotección y la seguridad jurídica en Latinoamérica*, coordinado por Lucia Gandini, Fernando Lozano y Victoria Prieto. 125-156. México: UNAM.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos. 2014. *Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo y Subempleo ENEMDU*. Quito: Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- Kingman, Eduardo. 2008. *La ciudad y los otros*. Quito: FLACSO.
- Lukács, Gyorgy. 1985. *Historia y conciencia de clase*. Barcelona: Ediciones Orbis, S.A.
- Márquez Covarrubias, Humberto. 2010. *La gran crisis del capitalismo neoliberal*. *Andamios* 13 (7): 57 - 84.
- Martínez, J., & Vono, D. 2005. "Geografía migratoria intrarregional de América Latina y el Caribe al comienzo del siglo XXI". *Revista de Geografía Norte Grande* (34): 39 - 53.
- Marx., Karl. 2007. *Elementos fundamentales para una crítica a la economía política 1857 - 1858*. México: Siglo XXI.
- _____. 2001. *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. S.l.: Espartaco.
<https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/manuscritos/>
- Marx, Karl y Federico Engels. 1845. *La ideología alemana*. Barcelona: Ediciones Grijalbo.
- Miranda, Andrés, Zambrano, Bernardo, Castellanos, Esther y Katheryn Zatizabal. 2021. "La realidad del mercado informal de Quito en tiempos de pandemia COVID-19, 2020". *Revista Publicando* 8(30):47 - 55.

- Moyano, E., Castillo, R., & Lizana, J. 2008. "Trabajo informal: motivos, bienestar subjetivo, salud, y felicidad en vendedores ambulantes". *Psicología em estudio, Maringá* 13 (4): 693 - 701.
- Narotzky, Susana y Besnier Niko. 2020. "Crisis, valor y esperanza: repensar la economía". *Cuadernos de Antropología Social* (51): 23-48.
- Olavarría, José. 2008. "Globalización, género y masculinidades". *Nueva sociedad* (218): 72-86.
- Olmedo, Pamela. 2018. *El empleo en el Ecuador - Una mirada a la situación y perspectivas para el mercado laboral actual*. Ecuador: Friedrich Ebert Stiftung.
- Organización Internacional del Trabajo. (s.f.). "Modelo de proyección de empleo para Colombia". Recuperado el 15 de junio de 2021, de <https://www.ilo.org>: <https://www.oitcinterfor.org/taxonomy/term/3366>
- Palermo, Hernán, y Salazar, Carlos. 2016. "Trabajo, disciplina y masculinidades: un análisis comparado entre dos industrias extractivas de Argentina y México". *Nueva antropología* vol.29 no.85, 53 - 74.
- Paulson, Susan. 2013. *Masculinidades en movimiento*. Buenos Aires: Teseo.
- Pellegrino, Adela. 1995. "La migración internacional en América Latina". *Notas de población* 62 (391):117-309.
- Perelman, Mariano. 2013. "Trabajar en los trenes. La venta ambulante en la ciudad de Buenos Aires". *Horizontes Antropológicos* 19 (39): 179-204.
- Pérez, Juan Pablo. 1991. *Informalidad urbana en américa latina: enfoques, problemáticas e interrogantes*. Guatemala: Nueva sociedad.
- Ramírez, Jacques, Linares, Yoharlis y Emilio Useche. 2019. "(Geo)políticas migratorias, inserción laboral y xenofobia: migrantes venezolanos en Ecuador". En *Después de la llegada. Realidades de la migración venezolana*, coordinado por Cecile Blouin. 1-29. Lima: Themis-PUCP.
- Roldán, Genoveva. 2011. "Las migraciones laborales internacionales y algunos de sus mitos". En *Mercados de trabajo y migración internacional*, editado por Ana María Aragonés. 437 - 468. México: Universidad Autónoma de México.
- Saraví, G. 1996. "Marginalidad e informalidad: aportaciones y dificultades de la perspectiva de la informalidad". *Estudios sociológicos* (41): 435 - 452.
- Segato, Rita. 2010. *Las estructuras elementales de la violencia*. Buenos Aires: Prometeo
- Tassi, N., Arbona, F., Giovanna, R., & Carmona, A. 2012. "El desborde económico popular en Bolivia. Comerciantes Aymaras en el mundo global". *Nueva Sociedad* (241): 93-105.
- Unda, M. 1995. "Cristales empañados ¿Son los "informales" un nuevo sujeto?". En *Más allá de la informalidad*, editado por José Luis Coraggio. Quito: Ciudad de Centro de Investigaciones.
- Ulloa, Camila y Estefanía Suárez. 2020. *Una mirada al empleo informal en Quito*. Quito: Grupo Faro.
- Useche, María Cristina. 2002. "La organización del trabajo en el marco de la globalización". *Revista Gaceta laboral* 8 (1): 67 - 78.

Vásconez, José Emilio. 2018. “Política neoliberal en América Latina e inversión en asociaciones público-privadas para infraestructura”. *Revistas del Centro Andino de Estudios Internacionales* (18): 97 - 123.

Vejar, Dasten, J. 2017. “Precariedad laboral en América Latina: contribuciones a un modelo para armar”. *Revistas de Colombiana de Sociología*. 40(2): 27 - 45.

Vignoli, J. R. 2004. Migración interna en América Latina y el Caribe: estudio regional del período 1980-2000. Población y desarrollo serie 50, 144.